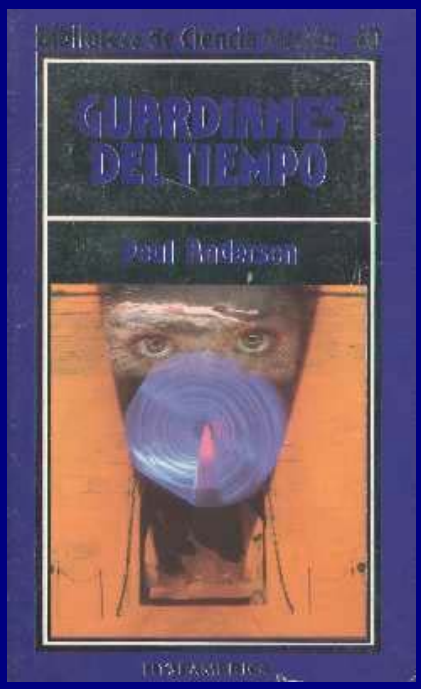
GUARDIANES DEL TIEMPO



Poul Anderson

Título original: Guardians of Time
Traducción: Manuel de la Escalera
© 1960 Poul Anderson
© 1985 Hyspamérica ediciones
Corrientes 1437 - Buenos Aires
I.S.B.N: 84-7634-431-7
Edición digital: Moyano virtual
R6 10/02

ÍNDICE

Guardianes del Tiempo (Time Patrol, 1955)
Valiente para Ser Rey (Brave to Be a King, 1959)
El unico juego entre los hombres (The Only Game in Town, 1960)
Delenda Est (Delenda Est, 1955)

GUARDIANES DEL TIEMPO

1

SE NECESITAN hombres de 21 a 40 años, preferibles solteros, militares o técnicos experimentados, buen aspecto, para trabajo muy bien pagado, con viajes al extranjero. Preséntense en la Compañía de Estudios de Ingeniería, 305 E, núm. 45, de 9 a 12 y de 2 a 6.

El trabajo es, como usted comprende, un tanto inusitado - dijo Gordon - y confidencial. ¿Puedo contar con su discreción?

- Normalmente, si - repuso Manse Everard -. Claro que depende de la clase de secreto.

Gordon sonrió con una curiosa sonrisa, una curvatura de labios que no se parecía a ninguna otra que Everard hubiese visto. Hablaba fácil y fluidamente el americano común, y vestía un traje corriente, pero había en su porte un aire extranjero, que consistía en algo más que en la tez morena, las mejillas imberbes y la incongruencia de unos ojos mongólicos sobre una nariz caucásica. Era difícil de clasificar.

- No somos espías, si es eso lo que está pensando - aclaró.

Everard hizo un guiño.

- Lo siento. Le ruego que no piense que me he vuelto tan histérico como el resto del país. Nunca he tenido acceso a datos confidenciales de ninguna clase. Pero usted ha hablado de trabajos ultramarinos y, tal como están las cosas, me gustaría conservar mi pasaporte.

Era un hombre grande, de pétreos hombros y cara un tanto estropeada bajo los cabellos cortos y negros. Su documentación estaba extendida ante él: licencia absoluta, informes de su trabajo en varios destinos como ingeniero mecánico... Gordon los había ojeado a la ligera.

La oficina era corriente: un bufete, un par de sillas, un archivador y una puerta que daba a las habitaciones interiores. Una ventana abierta sobre el estrepitoso tráfico de Nueva York que se percibía seis pisos más abajo.

- Espíritu independiente - murmuró -. Me gusta eso. ¡Vienen tantos adulando como si estuvieran dispuestos a agradecer un puntapié! Naturalmente, con su preparación, usted no está todavía desesperanzado. Puede aún obtener trabajo... Creo que la palabra es... contrato aleatorio.

- Me interesó el anuncio - explicó Everard -. He trabajado en el extranjero, como puede usted ver, y volvería allá con gusto. Pero, francamente, no tengo aún la más leve idea de lo que hace su equipo.

- Hacemos muchísimas cosas - aclaró Gordon -. Pero... veamos; ha estado usted en la guerra. Francia, Alemania...

Everard pestañeó; sus papeles contenían la mención de una serie de medallas, mas hubiera jurado que su interlocutor no había tenido tiempo de leerlos. Gordon prosiguió:

-¿Le importaría agarrar los mandos que hay en los brazos de su silla? Gracias. Ahora, ¿cómo reacciona usted ante el peligro físico?

Everard se irguió.

- Óigame, eso. - dijo.

- No importa.

Y los ojos de Gordon se fijaron en un instrumento que tenía sobre la mesa, que no era sino una caja con unas agujas indicadoras y un par de cuadrantes. Preguntó luego:

- ¿Cuál es su criterio en cuestiones de política internacional?

- Pues, teniendo en cuenta...

- Comunismo... Fascismo... Feminismo... ¿Sus ambiciones personales?... No tiene que responder si no quiere.

- ¿Qué diablos es todo esto? - estalló Everard.

- Un amago de prueba psicológica. Olvídelo. No me interesan sus opiniones políticas, salvo en cuanto reflejen su orientación emocional básica.

Y Gordon se echó atrás, entrelazando los dedos. Luego siguió:

- Hasta el momento, son muy prometedoras. Pues bien: el trabajo que estamos haciendo es totalmente confidencial. Estamos... Bueno..., planeando dar una sorpresa a nuestros competidores - y se rió por lo bajo -. Puede, si quiere, denunciarme al F.B.I., que, por lo demás, ya ha investigado sobre esto. Tenemos una patente inmaculada. Descubrirá usted que realizamos verdaderas operaciones universales, financieras y técnicas. Pero hay otro aspecto de la cuestión, que es el que nos hace buscar hombres. Le abonaré cien dólares si va a esa habitación de atrás y se somete a una serie de pruebas. Todo ello durará unas tres horas. Si no las supera, se acabó. Si lo hace, firmaremos con usted, le contaremos los hechos y empezaremos a adiestrarle. ¿Conformes?

Everard vacilaba. Teñía la sensación de ser engañado. En aquella empresa había algo más que una oficina y un extranjero cortés. Se aventuró:

- Firmaré con ustedes *después* que me cuente los hechos.

- Como quiera - aceptó míster Gordon -. De acuerdo. Las pruebas dirán si le admitimos o no, ya lo sabe. Usamos algunas técnicas muy adelantadas (lo cual, por lo menos, resultó enteramente cierto).

Everard ya sabía algo de psicología moderna: encefalógrafos, pruebas de asociación, perfil de Minnesota..., pero no reconoció ninguna de las enfundadas máquinas que silbaron y parpadearon ante él. Las preguntas que el ayudante técnico le dirigía resultaban completamente anodinas. El ayudante era un hombre de piel blanca, completamente calvo, de edad indefinible, duro acento y rostro inexpresivo. Pero ¿qué significaba el casco de metal que le cubría la cabeza? ¿Para qué servían los alambres que de él arrancaban?

Echó furtivas ojeadas a los cuadrantes métricos, pero las letras y números de ellos no se parecían a nada de lo que había visto. No eran ingleses, franceses, rusos, griegos, chinos ni nada que correspondiese al año de gracia de 1954. Quizá ya empezaba a darse cuenta de la cosa.

Un curioso autoconocimiento se despertó en él durante el desarrollo de las pruebas. Manson Emmert Everard, de treinta años de edad, antes lugarteniente de ingenieros militares del Ejército de los EE.UU., con experiencia de planeamiento y ejecución de obras en América, Suecia, Arabia..., soltero aún, aunque a veces le acometían anhelosos pensamientos acerca del matrimonio; sin novia actualmente ni lazos estrechos de clase alguna, un poco bibliófilo, empedernido jugador de póquer, aficionado a los botes de vela, caballos y rifles; montañero y pescador en sus vacaciones...

Sabía todo eso de sí mismo, claro está, pero solo fragmentariamente. Era extraña aquella súbita sensación íntima de ser un organismo complejo; esa comprensión de que cada una de sus facetas era solo una parte de su carácter total.

Salió de la prueba agotado y chorreando sudor. Gordon le ofreció un cigarrillo y ojeó unas cuartillas escritas en clave. De cuando en cuando murmuraba una frase:

- Zeth - 20 cortical... Aquí, valoración indiferenciada..., reacción psíquica a las antitoxinas..., debilidad en la coordinación central.

Se observaba en su acento la satisfacción delatada por una pronunciación de las vocales, desconocida para Everard, que, no obstante, poseía amplia experiencia de los diversos modos de estropear el idioma inglés.

Pasó media hora larga antes que Gordon levantara la cabeza. Everard estaba intranquilo, levemente irritado por aquella conducta altiva, pero el interés le mantenía inmóvil en su asiento.

Gordon exhibió una dentadura blanquísima, al hacer una mueca de amplia satisfacción, y habló:

- ¡Ah, por fin! ¿Sabe usted que he tenido que rechazar a veintidós candidatos? Pero usted sirve. Definitivamente, usted sirve.

- ¿Para qué?

Y Everard, al decir esto, se echó hacia adelante, sintiendo que su pulso se aceleraba.

- Para la Patrulla. Va a ser una especie de policía.

- ¿Sí? ¿Dónde?

- Por doquier. Y en todo momento. Prepárese; va a tener peleas. Mire usted: nuestra compañía, aunque bastante legal, es solo un frente de batalla y una fuente de ingresos. Nuestra verdadera ocupación es patrullar el tiempo.

2

La Academia estaba en el Oeste americano y en el período Oligoceno; una edad cálida de selvas y herbazales, cuando los reptiles antecesores del hombre habían esquivado la senda de los grandes mamíferos gigantescos. Había sido erigida hacía miles de años y se mantendría durante medio millón más el tiempo suficiente para adiestrar a tantos hombres como necesitara la Patrulla, y luego sería cuidadosamente demolida hasta que no quedara ni rastro de ella. Más tarde vendría el período glacial, aparecería el hombre, y en el año 19352 después de Jesucristo (7841 del Triunfo Morenniano) los humanos hallarían el modo de viajar a través del tiempo, volverían al período Oligoceno y reedificarían la Academia.

Esta estaba formada por largos y achaparrados edificios, de curvas suaves y varios colores, diseminados por el césped, entre enormes árboles. Más allá, colinas y arboledas parecían precipitarse en un gran río de aguas oscuras, en cuyas orillas podían oírse, por la noche, los bramidos de los mastodontes y el lejano maullar del megaterio de dientes como sables.

Everard salió de la lanzadera del tiempo - una grande y disforme caja de metal -, y, al hacerlo, notó que se le secaba la garganta. Experimentaba, como el primer día de su entrada en el Ejército, hacía doce años (o quince o veinte millones de años después, a elegir) soledad, desesperanza y deseo de hallar una disculpa honrosa para volverse a casa. Era un pobre consuelo ver a las demás lanzaderas arrojar un total aproximado de otros cincuenta jóvenes, de uno u otro sexo. Los reclutas se movían lentamente juntos, formando un grupo desmañado.

Al principio no hablaron; permanecieron mirándose a la cara unos a otros. Everard reconoció, entre las vestiduras que llevaban, un cuello Hoover y una zamarra de punto; los estilos de peinado e indumentaria eran de 1954 en adelante. ¿De dónde procedería aquella chica de los ceñidos calzones policromos, los labios pintados de verde y el cabello amarillo, fantásticamente peinado?

Un hombre de unos veinticinco años se detuvo ante él; era evidentemente un inglés, a juzgar por su raído traje de lana y su rostro largo y delgado. Parecía ocultar una cruel amargura bajo su cortés apariencia.

- ¡Hola! - saludó Everard, y luego añadió -: Podríamos presentarnos.

Dijo su nombre y procedencia, a lo que el otro replicó, tímidamente:

- Charles Whitcomb. Londres, 1947. Acababan de desmovilizarme de la R.A.F., y esto parecía una buena probabilidad. Ahora me pregunto si...

- Puede serlo - repuso Everard, pensando en el salario -. ¡Mil quinientos al año, para empezar! Pero ¿cómo cuentan los años? Tal vez de acuerdo con el sentido individual de la duración.

Un hombre venía en dirección a ellos. Era un tipo joven y delgado, que vestía un ajustadísimo uniforme gris y una capa azul oscuro que parecía brillar como si llevara cosidas estrellas. Su cara era agradable, sonriente, y les habló con afabilidad:

- ¡Hola! ¡Bien venidos a la Academia! Supongo que todos conocen el inglés.

Everard se fijó en un hombre envuelto en los maltratados restos de un uniforme alemán, en otro tipo hindú y en algunos otros que, probablemente, acudirían de diversos países extranjeros.

- Usaremos el inglés hasta que hayan aprendido el Temporal todos ustedes.

El hombre los contemplaba tranquilamente, con las manos en las caderas. Prosiguió:

- Me llamo Dard Kelm. Nací en (déjenme recordar) el año 9573 de la Era Cristiana, pero me he especializado en el período de ustedes, que consideraremos entre 1850 y 1975, aunque todos ustedes pertenecen a los años intermedios. Soy oficialmente, para ustedes, el Muro de las Lamentaciones, si algo marcha mal. Este lugar se gobierna por reglas distintas a las que, probablemente, imaginan: no formamos a nuestros hombres en masa, por lo que la minuciosa disciplina de un aula o un ejército no es necesaria aquí. Cada uno de ustedes recibirá instrucción particular y también general. No castigamos las faltas de aplicación, ya que las pruebas que han sufrido nos dan la seguridad de que no ha de haberlas, y de que es mínima la posibilidad de faltas en el trabajo. Cada uno de ustedes tiene un elevado coeficiente de madurez respecto a su específica formación cultural. Sin embargo, la variación que ha de introducirse en sus aptitudes hasta desarrollarlas a satisfacción significa, en su caso, la necesidad de ser guiados personalmente.

Aquí se observan pocas formalidades, salvo la cortesía usual. Tendrán oportunidades de diversión y de estudio. No se espera de ustedes más de lo que puedan dar. He de añadir que la caza y la pesca son en estos sitios abundantes, y (si vuelan unos centenares de kilómetros) llegan a ser fantásticas. Ahora, si no tienen preguntas que formular, hagan el favor de seguirme y los instalaré.

Dard Kelm le mostró los muebles de una habitación *sui generis.* Eran de la clase que cabría esperar en el año 2000: no estorbaban y se amoldaban perfectamente a sus fines: refrigeradoras, pantallas de proyección que podían utilizar los materiales de una extensa colección de discos y películas destinados al adiestramiento. Nada demasiado adelantado, en resumen. Todos los cadetes tenían su propia estancia en el edificio de «dormitorios»; las comidas se hacían en un refectorio común, pero se podía conseguir comer en privado. Everard sintió que su tensión intensa cedía.

Se celebró un banquete de bienvenida. Los manjares eran los corrientes, pero no así las silenciosas máquinas rodantes que los servían. Hubo vino, cerveza y un amplio suministro de tabaco. Quizá habían mezclado algo al alimento, porque Everard acabó por sentirse tan eufórico como los demás. Terminó interpretando al piano un *boogie-woogie,* mientras media docena de personas atronaban el aire intentando cantar.

Solo Charles Whitcomb se mantuvo aparte. Bebía melancólico en su vaso, aislado en un rincón. Dard Kelm era hombre de tacto y no intentó forzarle a unírseles.

Everard decidió que aquello iba gustándole. Pero el trabajo, la organización y la finalidad continuaban siendo un misterio para todos.

- El viaje a través del tiempo - empezó Kelm en el salón de lectura - se descubrió cuando se iniciaba la Gran Herejía Corita; ya estudiarán después los detalles, pero tienen mi palabra de que aquel fue un período turbulento en que la rivalidad comercial y genética se resolvía a zarpazos y dentelladas entre gigantescas camarillas. Entonces algo sucedió, y los Gobiernos se vieron lanzados a una guerra galáctica. El efecto tiempo fue casual producto de una investigación que buscaba medios para el transporte instantáneo, y, como algunos de ustedes comprenderán, requiere, para su demostración matemática, una serie infinita de funciones discontinuas, como ocurría en los viajes del pasado. No voy

a entrar en su teoría (ya se la explicarán en las clases de Física), sino, simplemente, afirmaré que supone el concepto de unas relaciones de valor infinito, en un continuo de *4n* dimensiones, en el que u es el número total de partículas que existen en el Universo.

- Naturalmente, el grupo que descubrió esto, los Nueve, se dio cuenta de las posibilidades que ello encerraba, y que no solo eran comerciales (tráfico, minería y otras empresas, que pueden imaginar fácilmente), sino que procuraban la probabilidad de asestar un golpe de muerte a sus enemigos. Ya comprenden: el tiempo es variable; se puede cambiar el pasado...

- ¿Puedo hacer una observación? Saltó la muchacha de 1972 Elizabeth Gray, que en su época había sido una joven y destacada autoridad en Física.

- Claro - dijo cortésmente Kelm.

- Creo que está usted describiendo una situación lógicamente imposible. Concedo la posibilidad de viajar en el tiempo, puesto que estamos aquí; pero un hecho no puede, a la vez, *haber y no haber* ocurrido. Eso es contradictorio en sí mismo.

- Solo si usted insiste en una lógica no valorada de acuerdo con el Aleph-sub-Aleph - repuso Kelm -. Pero aquí lo que sucede es algo como esto: supongamos que vuelvo atrás el tiempo y evito que su padre de usted conozca a su madre. Entonces, no habría usted nacido. Esa parte de la Historia Universal sería distinta, aunque yo conservara memoria del estado *original* del asunto.

- ¿Y si hiciese lo propio con usted mismo? ¿Dejaría de existir?

- No, porque pertenecería va a la sección de la Historia anterior a mi propia intervención. Apliquémoslo a usted misma. Si usted retrocediera, supongamos, a 1946, y trabajase para evitar el matrimonio de sus padres, en 1947, pese a ello usted habría existido en ese año; no podría salir de la existencia, puesto que había influido en los sucesos. Y lo mismo se aplicaría si usted hubiese existido, en 1946, una milésima de segundo antes de disparar un tiro contra el hombre que, de no producirse tal hecho, hubiera sido su padre.

- Pero entonces - protestó ella - ¡yo existiría sin origen! ¡Tendría vida y memoria... y todo, aunque *nada* lo hubiese producido!

- ¿Y por qué no? - opuso Kelm, encogiéndose de hombros -. Insiste usted en que la ley de causalidad, o, mejor dicho, la 4e conservación de la energía, supone solo funciones continuas. Hoy día, la discontinuidad es totalmente posible.

Se echó a reír y se apoyó en el atril, añadiendo:

- ¡Claro que hay imposibilidades! Usted no puede ser su propia madre, debido a la genética pura. Si retrocediendo en el tiempo se casara con el que había de ser su padre, ninguno de sus hijos sería usted misma, porque todos ellos tendrían solo la mitad de sus cromosomas.

Y aclarándose la garganta, prosiguió:

- No nos salgamos del tema. Aprenderán los detalles en otras clases. Estoy únicamente dándoles una noción general. Prosigamos: los Nueve vieron la posibilidad de retroceder en el tiempo y evitar que sus enemigos de siempre les tomaran la delantera, y aun impedir que naciesen. Mas entonces surgieron los Danelianos.

Por primera vez, su tono intrascendente y semihumorístico desapareció, quedando absorto, como un hombre que está en presencia de lo incognoscible. Siguió:

- Los Danelianos son parte del Futuro, nuestro Futuro (más de un millón de años después de mí); época en que el hombre habrá evolucionado, llegando a ser algo... indescriptible. Nunca, probablemente, verán ustedes a un Daneliano, y si lo vieran... les... produciría, sin duda, un choque terrible. No son malignos... ni benignos... Están tan lejos de cuanto podemos conocer o sentir como nosotros de los seres insectívoros antepasados nuestros. No es bueno enfrentar cara a cara una cosa como esa. Se ocupan nada más que de defender su propia existencia. El viaje por el tiempo era ya cosa antigua cuando aparecieron; había habido incontables oportunidades para que retoñaran la

estupidez, la ambición y la locura, y trastornaran la Historia de cabo a rabo. No deseaban impedir los viajes (que, al fin, eran parte del complejo que nos había llevado hasta ellos), sino regularlos. Se evitó que los Nueve llevaran a cabo sus planes y se creó la Patrulla, para vigilar los callejones extraviados del Tiempo. Trabajará cada uno de ustedes, principalmente, en su Era propia, a menos que se gradúe para actuar intertemporalmente. Vivirán ustedes su vida ordinaria con sus familiares, amigos, etcétera, como es corriente. La parte de su vida privada tendrá las satisfacciones de la buena paga, protección, vacaciones ocasionales en sitios interesantísimos y un trabajo de suma importancia. Pero han de estar siempre alerta. A veces trabajarán ayudando a los viajeros del Tiempo que se vean envueltos en dificultades de este o aquel orden. Otras, se los empleará en misiones de aprehensión de los que habrían de ser en el futuro conquistadores políticos, militares o económicos. En ciertos casos, la Patrulla aceptará los hechos consumados y se ocupará en contrarrestar las influencias que, en períodos posteriores, pudieran desviar a la Historia del cauce anhelado. ¡Les deseo suene a todos ustedes!

La primera parte de la instrucción fue física y psicológica. Everard no había comprobado cómo la vida que hasta entonces llevara le había disminuido en cuerpo y espíritu, haciéndole solo la mitad del hombre que podía ser. Se le hizo duro, pero al final tuvo la alegría de sentir el poder de sus músculos, totalmente controlados; el aumento de intensidad en las emociones al disciplinarías, la rapidez y precisión de un pensamiento consciente.

Llegó un momento de su formación en que se halló totalmente en condiciones de no revelar nada sobre la Patrulla a nadie no autorizado para saberlo, aunque en ello le fuera la vida; le era simplemente tan imposible hacerlo como le sería saltar a la Luna. También aprendió a conocer los recovecos de su personalidad pública en el siglo XX.

El temporal, idioma artificial con el que los Patrulleros de todos los siglos podían comunicarse sin que les entendieran los extraños, era un milagro de expresividad lógicamente organizada.

Creía saber algo sobre la lucha, pero tuvo que aprender las estratagemas y el uso de las armas de cincuenta mil años antes; recorrer todo el camino que va desde el arma de la Edad del Bronce hasta el último explosivo cíclico capaz de aniquilar un continente. Mientras actuase en su propia era, su arsenal sería reducido; pero en caso de ser llamado a otros períodos, raras veces se le consentiría un flagrante anacronismo.

Le hacían estudiar historia, ciencia, arte y filosofía de cada país y época; se le adiestraba en minuciosos detalles sobre dialectos y maneras. Esto último solo para el período 1850-1975; si tenía que actuar en otro cualquiera, recibiría instrucción especial por medio de un acondicionador hipnótico. Eran estas máquinas las que hacían posible el adiestramiento en tres meses.

Aprendió también la organización de la Patrulla. Arriba, en cabeza, estaba el misterio, que era la civilización daneliana, pero tenían poco contacto con ella. La Patrulla estaba organizada medio militarmente, con grados, aunque sin formalidades. La Historia se dividía para su estudio en medios sociales, con una oficina principal situada en una ciudad importante (seleccionada por períodos de veinte años), y disfrazadas estas actividades por medio de otras ostensibles-comerciales, por ejemplo - y con sucursales. En esta época había tres de ellas: el mundo occidental, con su cuartel general, en Londres; Rusia, en Moscú; Asia, en Peiping; todas de la época 1890-1910, ya que la ocultación era más fácil que en décadas posteriores, en las que se montaron pequeñas oficinas, como la de Gordon. Un agente ordinario vivía en su propia época, y a menudo con una verdadera ocupación. Las comunicaciones se efectuaban por medio de diminutas *cajas-robots* o por correo, mediante contactos que, automáticamente, extraían estos mensajes de un montón de cartas.

La organización total era algo tan vasto que no le resultaba aún posible abarcar el hecho íntegramente. Había dado con un hecho tan nuevo y excitante que llenaba todos los estratos de su conciencia.

Sus instructores eran amigables, dispuestos a la charla. El maduro veterano que le enseñaba a manejar las naves espaciales había luchado en la guerra marciana del año 3890. Decía:

- Muchachos: aprenden ustedes bastante rápidamente, aunque es un infierno esto de enseñar a gentes de una época preindustrial. A algunos hemos tenido que renunciar a enseñarles hasta los rudimentos. Hubo aquí una vez un romano, de los tiempos de Cesar, al que no le cabía en la cabeza que no podía tratarse a una máquina como a un caballo. Y a los babilonios tuvimos que presentarles el viaje a través del tiempo como si fuera esa historia de una batalla entre dioses. No entraba de otro modo en su visión del mundo.

- Y a nosotros, ¿qué historia nos está colocando? - preguntó Withcomb.

El hombre del espacio le miró fijamente y repuso:

- La verdad..., hasta donde ustedes pueden comprenderla.

- ¿Y cómo asumió usted este cargo?

- ¡Oh!... Me dispararon desde Júpiter. No quedó mucho de mí. Me recogieron, me hicieron un cuerpo nuevo, y, como nadie de mi mundo quedaba vivo y a mí se me daba por muerto, no tenía objeto el volver a la patria. No es divertido vivir bajo la férula del Cuerpo de Guías; por eso acepté un puesto aquí. Buena gente, vida fácil y licencia por un montón de Eras.

Y el hombre del espacio gruñó:

- ¡Esperen a ver el período decadente del Tercer matriarcado! ¡No saben lo divertido que es!

Everard no dijo nada. Estaba demasiado absorto por el espectáculo del giro de la enorme Tierra entre los demás astros.

Hizo amistades entre sus camaradas. Era un grupo que congeniaba, como es natural, por ser del mismo tipo; todos los escogidos para Patrulleros eran audaces e inteligentes. Hubo, incluso, un par de noviazgos, pues el matrimonio era enteramente posible y la pareja podía escoger el año que le conviniera para establecer su hogar. A él mismo le gustaban las chicas, pero no perdió el juicio.

Por extraño que parezca, fue con el silencioso Withcomb con quien trabó más estrecha amistad; había algo atrayente en aquel inglés tan culto, tan verdadero buen camarada y también algo despistado. Un día, cabalgaban ambos; Everard llevaba un rifle con la esperanza de cazar uno de aquellos mastodontes que había visto. Los dos vestían el uniforme de la Academia: traje gris claro, fresco y sedoso, bajo el cálido sol amarillo.

- Me admiro de que nos permitan cazar - observó el americano -. Supongamos que mato a un megaterio cuyo destino era devorar a un insectívoro prehumano. ¿No cambiaría esto el futuro?

- No - replicó el inglés, más adelantado en el estudio de la teoría del viaje en el tiempo - . Mire: es como si el continuo fuera parecido a una red de bandas de caucho. No es fácil torcerla; su tendencia es siempre retornar a su ¡hum! primitiva forma. Un insectívoro aislado no cuenta; es el total conjunto genético de la especie el que conduce hasta el hombre. Análogamente, si yo mato una res de la Edad Media, no eliminaré a todos sus ulteriores descendientes, sino que estos permanecerán inmutables, como sus mismos genes, a despecho de proceder de distinto progenitor, ya que, en tan largo período de tiempo, *todos* los hombres y las reses son descendientes, respectivamente, de *todos* los primitivos hombres y reses. Compensación, ¿comprende? En algún punto de la línea, otro antepasado suministra los genes que usted creyó haber eliminado.

- Razonando así, supongamos que retrocedo en el tiempo para evitar el asesinato de Lincoln. A menos que tomase minuciosísimas precauciones, habría probablemente ocurrido que algún otro disparase y se culpara a Booth, de todos modos.

- Esa elasticidad del tiempo es la razón de que se permita el viaje a través de él. Si usted quiere cambiar las cosas, tiene que ir derecho a ellas y trabajar con ahínco, generalmente.

Torció el gesto y prosiguió:

- ¡Adoctrinamiento! Se nos dice, una y otra vez, que si interferimos sin que se nos ordene, habrá un castigo para nosotros. No se me permite volver atrás y matar a ese rubiucho bastardo de Hitler en la cuna. Debo dejarle crecer, como lo hizo; desencadenar la guerra y matar a mi novia.

Everard cabalgó en silencio durante un rato. Solo oyó el crujido de la silla de cuero y el susurro de la alta hierba.

- Lo siento - dijo al *fin* -. ¿Quiere usted hablar de ello?

- Sí; aunque no hay mucho que contar. Ella servía en la W.A.A.F.; se llamaba Mary Nelson; íbamos a casarnos después de la guerra. Le cogió en Londres el 17 de noviembre del 44. Nunca olvidaré esa fecha. La mataron las bombas. Había salido a visitar a una vecina que vivía en Streatham, pues se hallaba de permiso, ¿comprende?, viviendo con su madre. La casa aquella fue derruida; la suya propia no sufrió ni un arañazo.

Las mejillas de Whitcomb estaban lívidas. Miraba ante él vagamente. Pero siguió, hablando para sí mismo:

- Va a resultar extraordinariamente duro... no retroceder unos años para verla por última vez... Solo verla nuevamente... No, no me atrevo...

Everard le puso una mano en el hombro, y ambos siguieron cabalgando en silencio.

En la clase progresaba cada uno a su ritmo, pero a un razonable término medio de marcha; así, pues, se graduaron todos juntos en una breve ceremonia, seguida de una gran fiesta en la que se concertaron muchas citas sensibleras para ulteriores reuniones. Después, cada uno regresó al mismo año de que había salido, al mismo día y a la misma hora. Everard aceptó la enhorabuena de Gordon, recibió una lista de agentes de su tiempo (algunos de los cuales desempeñaban puestos en sitios tales como las oficinas de información militar) y regresó a sus habitaciones. Más tarde pudo encontrar trabajo especialmente dispuesto para él, pero que - aunque a efectos del impuesto sobre la renta se denominaba «Consultor especial de la Compañía de Estudios de Ingeniería» - consistía tan solo en leer diariamente una docena de papeles, descifrando las indicaciones para un viaje en el tiempo (que le habían enseñado a interpretar) y en mantenerse dispuesto para una llamada.

Y entonces le llegó su primera tarea.

3

Despertaba una sensación especial leer los titulares de los periódicos y saber, poco más o menos, lo que iba a ocurrir. Aquel sistema, si quitaba crudeza a las impresiones, las hacía más tristes, porque se vivía una Era trágica. Everard llegó a compartir el deseo de Withcomb: retroceder y cambiar la Historia. Pero, naturalmente, el hombre es harto limitado; no puede mejorarse a si mismo, excepto raras veces; la mayoría de ellos lo echaría todo a perder. Aunque, volviendo atrás, se suprimiese a Hitler y a los jefes japoneses 37 soviéticos, quizá alguien más solapado ocuparía su lugar. Tal vez se renunciase al uso de la energía atómica, y acaso el espléndido Renacimiento en Venus no llegase a ocurrir. ¡El diablo que lo supiera!

Miró por la ventana. Brillaban luces en un cielo pálido; en la calle pululaban los automóviles y una apresurada multitud anónima; no podía distinguir desde allí las torres de Manhattan, aunque sabía que se alzaban, arrogantes, hacia las nubes. Y todo ello le

parecía barrido por un torbellino que, procedente del pacífico paisaje prehumano donde había estado él, fluía hacia un inimaginable futuro Daneliano.

¡Cuántos billones de criaturas humanas vivían, reían, lloraban, trabajaban, esperaban y morían en su corriente!

Bueno... Suspiró, llenó la pipa y se volvió de espaldas. Un largo paseo no había calmado su inquietud; la mente y el cuerpo estaban impacientes por hacer algo. Pero ya era tarde y...

Se dirigió a su biblioteca y tomó un volumen al azar. Era una colección de relatos victorianos y eduardianos. Empezó a leer.

Una frase leída al acaso le llamó la atención. Era algo referente a una tragedia en Addleton y al singular contenido de una antigua tumba bretona. Nada más. ¡Hum!

¿Un viaje a través del tiempo? Sonrió para sus adentros.

Aún...

«No - pensó -. Eso es descabellado. »

No haría ningún daño el comprobar. El incidente se daba como ocurrido en el año 1894, en Inglaterra. Podía buscar la noticia en las columnas del *Times.* No tenía que hacer otra cosa. Probablemente era por eso por lo que le sorprendió tanto la noticia de aquel libro; por ello, su mente, nerviosa de aburrimiento, quería husmear en todo rincón admisible.

Cuando se abrió la biblioteca pública, ya estaba él esperando. El relato estaba allí; con fecha de 25 de junio de 1894 y días siguientes. Addleton era un pueblo de Kent, notable tan solo por una finca de estilo gótico perteneciente a lord Wyndham y por una tumba bretona de época ignorada.

El aristócrata, arqueólogo entusiasta, había hecho excavaciones en dicha tumba, asociado con cierto James Rotherhithe, un experto del Museo Botánico, que resultó ser pariente suyo. Lord Wyndham había descubierto una cámara funeraria, más bien mísera; unos pocos utensilios casi mohosos, y carcomidos huesos de hombres y de caballos.

Había también un arca en bastante buen estado, que contenía lingotes de un metal desconocido, que se suponía que era una aleación de plata o plomo. Cayó el lord mortalmente enfermo, con síntomas de un envenenamiento fatal; Rotherhithe, que apenas había mirado el arca, no fue afectado, y este indicio circunstancial sugirió la idea de que había suministrado a su noble pariente una dosis de algún misterioso brebaje asiático. Scotland Yard detuvo al hombre cuando, el día 25, murió el lord. La familia Rotherhithe contrató los servicios de un conocido detective privado, quien pudo demostrar por medio de hábiles razonamientos, seguidos de pruebas con animales, que el acusado era inocente y que una «emanación mortal» procedente del arca había sido la que causó la muerte. Arca y contenido fueron arrojados al canal. Enhorabuenas por doquier y todo se desvaneció en un final dichoso.

Everard permaneció sentado en la larga y silenciosa estancia. El relato no decía más. Pero era altamente sugestivo, por lo menos.

- ¿Por qué, pues, la Patrulla victoriana no había husmeado en el asunto? ¿O acaso lo había hecho?

Claro que no publicarían nunca los resultados. Era mejor enviar un memorándum.

Cuando volvió a su habitación tomó una de las pequeñas cajas mensajeras que le habían dado, escribió un informe y lo colocó dentro de la caja para enviarlo al puesto de control de la oficina de Londres en 25 de junio de 1894. Cuando, por último, pulsó el botón que hacía el envío, la caja se desvaneció a sus ojos con un leve murmullo del aire a su partida.

A los pocos minutos, regresó. La abrió Everard y sacó de ella una hoja limpiamente mecanografiada (pues por aquel entonces se había inventado ya la máquina de escribir); la deletreó con la rapidez que le habían enseñado. Decía:

«Muy señor mío: Respondiendo a la suya de 6 de septiembre de 1954, le acusamos recibo y elogiamos su diligencia. En efecto, el asunto no ha hecho sino comenzar, pero estamos muy ocupados actualmente en evitar el asesinato de S.M., así como con la cuestión balcánica, el comercio de opio (1890-22.370) con China, etc. Mientras no podamos arreglar estos asuntos y volver al motivo de esta carta, interesa no despertar curiosidades que surgirían al estar en dos sitios a la vez, lo que podría ser notado. Por ello, apreciaríamos mucho que usted y otro calificado agente inglés vinieran en nuestra ayuda. Salvo noticia en contrario, los esperaremos en el 14 B de Oíl Osborne Road, el 26 de junio de 1894, a las doce de la noche. Créame, señor, su más humilde affmo. y obediente servidor.

J. *Mainwethering.»*

A esto seguía la indicación de las coordenadas espacio-temporales, un poco incoherentes tras tanta floritura.

Everard llamó a Gordon, obtuvo su conformidad y pidió un saltatiempos en el almacén de la Compañía. Luego envió una nota a Charlie Withcomb, que inmediatamente replicó, «¡Seguro!», y salió a recoger su vehículo.

Este recordaba un poco a las motocicletas, pero sin ruedas ni manillar. Tenía dos asientos y una unidad de propulsión antigravitatoria. Everard puso los cuadrantes para la Era de Withcomb, pulsó el botón principal y se halló en otro almacén. Estaba en Londres, en 1947. Permaneció sentado un momento recordando que, en aquellas fechas, él mismo, siete años más joven, aún estudiaba en los Estados Unidos. Después, Withcomb ocupó el sitio del conductor y estrechó la mano a Everard.

- ¡Me alegra verte de nuevo, muchacho! exclamó, y en su cara macilenta se encendió la sonrisa, curiosamente encantadora, que Everard había llegado a conocer tan bien -. Conque lo de Victoria ,¿eh?

- ¡Justo y cabal! ¡Anda, arranca! - y Everard se volvió a sentar. Poco después se encontraban de nuevo en otra oficina muy particular.

Miraron parpadeando en torno suyo. Hacía un efecto inesperado e imponente el mobiliario de roble, la gruesa alfombra, los flameantes reverberos de gas... Ya podía usarse la luz eléctrica, pero la importante casa Dalhousie & Roberts era conservadora y sólida. El propio Mainwethering se levantó de su asiento para saludarles. Era un hombre grande y pomposo, con pobladas patillas y monóculo. Pero tenía aspecto forzudo y un acento de Oxford tan cerrado que Everard apenas podía entenderle.

- Bien venidos, caballeros. Han tenido un excelente viaje, ¿no? ¡Oh, sí!... Lo siento. Ustedes, caballeros, son nuevos en el negocio. Un poco desconcertante, al principio. Me acuerdo lo que me chocó una visita que hice al siglo XXI. Aquello no era inglés, en absoluto. Sin embargo, solo es una *res naturae,* otra faceta del siempre sorprendente Universo. Deben excusar mi falta de hospitalidad, pero en este instante estamos tremendamente ocupados. Un fanático alemán que en 1817 aprendió d secreto del viaje en el tiempo de labios de un incauto antropólogo, robó una máquina y ha venido a Londres a asesinar a la reina. Tenemos una labor del demonio para descubrirle.

- ¿Y lo lograrán ustedes? - preguntó Whitcomb.

- ¡Oh, sí! Pero es un trabajo del diablo, caballeros, y aún más porque debemos operar secretamente. Me gustaría contratar a un investigador privado, pero el único disponible ahora es demasiado listo. Opera sobre la base de que, cuando se ha eliminado lo imposible, cualquiera que sea lo que quede, aunque parezca improbable, debe ser la verdad. Y el viaje por el tiempo no debe de parecerle demasiado improbable.

- Apostaré - replicó Everard - que es el mismo hombre que trabaja en el caso Addleton o que lo hará mañana. No importa; sabemos que probará la inocencia de Rotherhithe. Lo importante es que he estado husmeando en los antiguos tiempos bretones.

- Sajones, dirás - corrigió Withcomb, que había comprobado los datos por su cuenta -. Mucha gente confunde a los bretones con los sajones.

- Casi tanto como a los sajones con los de Jutlandia - arguyó, suavemente, Mainwethering -.

Kent fue invadido por Jutlandia, creo... ¡Ah! ¡Hum! Aquí están los papeles. Y fondos y vestidos..., todo preparado. A veces pienso que ustedes, los agentes del campo de batalla, no se dan cuenta del trabajo que nos toca hacer en las oficinas, hasta para la menor operación. ¡Ah, perdón! ¿Tienes ustedes plan de campaña?

- Sí - repuso Everard, empezando a despojarse de sus ropas del siglo XX -. Eso creo. Ambos conocemos bastante la Era Victoriana para salir con nuestro empeño. Yo, desde luego, seguiré como americano; ya veo que lo ha consignado usted en mis papeles.

Mainwethering parecía melancólico. Explicó:

- Si el incidente de la tumba dio lugar a una famosa obra literaria, vamos a tener aquí una lluvia de memorándums. El de ustedes fue el primero. Luego han llegado otros dos: uno de 1920 y otro de 1960. ¡Dios mío, cuánto desearía que me asignaran un *robot* secretario!

Everard luchaba con el embarazoso vestido. Le estaba bastante bien, pues sus medidas constaban en los ficheros de la oficina, pero hasta entonces no había apreciado la relativa comodidad de sus propias ropas. ¡Maldito chaleco aquel!

- Creo - dijo - que este asunto puede ser totalmente inofensivo, y, en realidad, así debió de ser, puesto que estamos aquí. ¿Eh?

- Así parece - replicó Mainwethering -. Mas supongamos que ustedes dos, caballeros, retornan a los tiempos de los jutlandeses y encuentran al merodeador. Pero fracasan al cogerlo. Quizá dispara antes que ustedes y quizá acecha a los que enviamos después. Entonces sigue adelante con su plan de hacer la revolución industrial o lo que sea que intente. La Historia cambia. Si ustedes, volviendo aquí antes de producirse tal cambio, vuelven como cadáveres, es como si no hubiésemos estado nunca juntos; como si esta conversación no se hubiera producido. Como dice Horacio...

- ¡No importa! - rió Whitcomb -. Investigaremos la tumba primero, y luego volveremos acá a ver qué conviene hacer.

Se inclinó para empezar a transferir su equipo de una maleta del siglo XX a un mamotreto gladstoniano de paño florido. Llevaba un par de pistolas, unos cuantos aparatos de Física y Química, no inventados aún en su tiempo, y una diminuta radioemisora para comunicar con la oficina en caso de emergencia.

Mainwethering consultó su guía de ferrocarriles Bradshau, y propuso.

- Pueden ustedes tomar el tren de las ocho y veintiocho; estarán en Charing-Cross mañana por la mañana. Se tarda cosa de media hora en llegar de aquí a la estación.

- Bien.

Everard y Withcomb volviéronse a su vehículo y desaparecieron. Mainwethering suspiró, bostezó, dejó instrucciones a su dependiente y se fue a casa.

A las siete y cuarenta y cinco ya estaba allí otra vez el dependiente, cuando volvió el *saltador.*

4

Aquella era la primera vez que Everard percibía la realidad del viaje en el tiempo. Ya lo había apreciado mentalmente y su impresión fue honda, pero para los sentidos resultaba nada más que exótica. Ahora, recorriendo un Londres para él desconocido, en un simón (no una trampa anacrónica para turistas, sino un vehículo polvoriento y maltratado), aspirando un aire que contenía más humo que el de una ciudad del siglo XX (aunque no de gasolina), viendo las multitudes (caballeros de levita y sombrero de copa, mugrientos peones, mujeres con faldas largas, y no simulados, sino personas reales que hablaban, sudaban y reían, atendiendo a sus ocupaciones), se convenció de que verdaderamente

estaba *allí.* En tal momento, su madre aún no había nacido; sus abuelos eran dos jóvenes parejas que acababan de someterse al yugo: Grover Cleveland era presidente de los Estados Unidos, y Victoria, reina de Inglaterra; Kipling escribía sus obras, y las últimas revueltas indias en América aún no habían surgido. Para él, la impresión fue como un golpe en la cabeza. Withcomb lo tomó con más calma; pero sus ojos no se cansaban de contemplar la gloria de Inglaterra.

- Empiezo a comprender - murmuraba -. Nunca ha habido acuerdo sobre si esta época fue un período de innatural y asfixiante aglomeración y brutalidad ligeramente disimulada, o, por el contrario, la última flor de la civilización occidental antes que empezase a granar. Solo el ver a este pueblo me hace comprender que era todo lo bueno y lo malo que han dicho de él, porque su vida no era la que pudiese ocurrirle a un individuo aislado, sino a millones de vidas individuales.

- Seguro - admitió Everard -. Eso debe de ser cierto en todos los siglos.

El tren les fue casi familiar; no difería mucho de los vagones empleados por los ferrocarriles ingleses en 1954, lo que dio pie a Withcomb para una serie de observaciones sardónicas acerca de lo inviolable de las tradiciones. En un par de horas los dejó en una soñolienta estación pueblerina, entre jardines de flores esmeradamente cultivadas.

Allí tomaron una calesa para que los llevara a la hacienda de Wyndham.

Un guardia municipal cortés les admitió tras unas cortas preguntas. Los dos se hacían pasar por arqueólogos; Everard, de América, y Withcomb, de Australia, ansiosos de entrevistarse con lord Wyndham e impresionados por su trágico fin. Mainwethering, que parecía tener tentáculos por doquier, les había dado cartas de presentación procedentes de una bien conocida autoridad del Museo Británico. El inspector de Scotland Yard les permitió examinar la sepultura, diciendo: «El caso está resuelto, caballeros; no hay más pistas, aunque mi colega no está conforme!... ¡Bah, bah!»

El detective particular sonrió agriamente y los vigiló con atención cuando se aproximaron al montón de tierra; era un hombre alto, delgado, de facciones aguileñas y al que acompañaba un individuo fornido, bigotudo y cojo, que parecía ser una especie de amanuense.

La sepultura era larga y profunda, cubierta de hierba, salvo en un lugar en que un profundo surco marcaba la entrada de la cámara mortuoria, cuyas paredes habían estado cubiertas de troncos groseramente escuadrados, y que hacía mucho tiempo empezaron a deshacerse; fragmentos de lo que fue madera yacían aún en el polvo.

- Los periódicos mencionaban algo sobre una barquilla de metal. ¿Podríamos echarle una ojeada?

El inspector asintió, complaciente, y los llevó a un anexo del edificio, donde estaban depositados sobre una mesa los hallazgos del comandante.

Excepto la caja, lo demás eran solo fragmentos de metal mohoso y huesos averiados.

- ¡Hum! - dijo Withcomb; y echó una mirada reflexiva a la lisa y desnuda superficie de la reducida arca, donde relucía con azulado reflejo alguna aleación indestructible aún no conocida, y añadió -: Muy inusitado. No tiene nada de primitiva. Casi se pensaría que ha sido hecha a máquina.

Everard se aproximó a ella con cautela. Tenía una idea bastante clara de lo que pudiese contener, y toda precaución era natural en un ciudadano de la llamada Era Atómica respecto a tales asuntos. Sacó un contador de su maletín y lo aproximó al artefacto; la aguja del cuadrante osciló, aunque no mucho, pero...

- ¡Interesante utensilio este! - exclamó el inspector -. ¿Puedo preguntar qué es?

- Un electroscopio experimental - mintió Everard, bajando la tapa del arca y poniendo el contador sobre ella.

¡Dios! Había allí radiactividad suficiente para matar a un hombre en un día. Una ojeada le mostró los pesados lingotes de apagado brillo antes de volver a echar la corredera.

- ¡Tengan cuidado con eso! - advirtió, trémulo -. Gracias al cielo, quienquiera que trajese tan diabólico cargamento pertenece a una Edad en que sabrán cómo cerrar el paso a las radiaciones.

El detective particular se les había acercado por detrás, silenciosamente.

Una mirada de cazador pareció observarse en sus agudas facciones.

- Así que ¿reconoce el contenido, señor? - preguntó con acento tranquilo.

- Sí, así lo creo - repuso Everard. Y recordó que Becquerel no descubriría la radiactividad hasta dos años después, y que los mismos rayos X pertenecerían al futuro todavía un año. Prosiguió -: Sucede que... en territorio indio he oído hablar de un mineral como este y decir que es venenoso.

- ¡Interesantísimo!

Y al hablar así el detective comenzó a llenar una pipa de gran cazoleta, y añadió:

- Como los vapores de mercurio, ¿no?

- Así que Rotherhithe colocó esta arca en la sepultura, ¿no? - indagó el inspector.

- ¡No sea ridículo! Tengo tres clases de pruebas decisivas de que Rotherhithe es, en absoluto, inocente. Lo que me tiene perplejo ahora es la causa del fallecimiento de su señoría. Pero ¿y si, como dice este caballero, resultara que existía un veneno mortal enterrado para escarmentar a los ladrones de tumbas? Me pregunto, sin embargo, cómo llegó hasta los viejos sajones un mineral americano. Quizá haya algo de cierto en esas teorías sobre viajes de los fenicios primitivos a través del Atlántico. He investigado un poco sobre una idea mía de que existen elementos caldeos en el lenguaje de los galeses, y esto parece confirmarla.

Everard se sentía culpable de lo que estaba haciendo con la disciplina arqueológica. Bueno; el arca iba a ser echada al canal y olvidada. El y Withcomb darían una excusa para marcharse lo antes posible.

Al regresar a Londres, cuando ya estaban solos en su departamento, el inglés sacó un mohoso pedazo de madera y explicó:

- Me eché esto al bolsillo en el túmulo. Nos ayudará a fechar el suceso. Alcánzame ese contador de radiocarbono, ¿quieres?

Metió el pedazo de madera en el aparato, giró unos mandos y leyó, en voz alta, la respuesta:

- Mil cuatrocientos treinta años, diez más o menos. El túmulo se hizo..., ¡hum! en el año 464, cuando los jutlandeses acababan de establecerse en Kent.

- Si estos lingotes resultan así de infernalmente activos después de tanto tiempo, me pregunto cómo serían en su origen - exclamó Everard -. Es difícil creer cómo puede compaginarse tanta actividad con una vida tan larga; pero más tarde, en el futuro, se harán descubrimientos sobre el átomo y su empleo que, en este período mío, ni se sueñan.

Cuando volvieron de informar a Mainwethering se entretuvieron haciendo visitas y recorridos, mientras aquel enviaba mensajes a través del tiempo y activaba la gran máquina que era la Patrulla.

A Everard le interesaba el Londres victoriano, le atraía a pesar de ser sucio y pobre. Withcomb captó una mirada abstraída en sus ojos y le oyó decir:

- ¡Me gustaría haber vivido aquí!

- ¿Sí? - le preguntó -. ¿Con la medicina y la odontología de estos tiempos?

- Y sin que cayesen bombas...

- Withcomb le miró, desconfiado.

Mainwethering lo tenía ya todo dispuesto cuando volvieron a la oficina. Allí, haciendo humear un puro, daba zancadas de uno a otro lado, con las manos a la espalda de su levita. Les leyó el informe:

- “Metal” ha sido identificado con gran probabilidad. Combustible isotópico, aproximadamente siglo XXX. Comprobación revela que un mercader del Imperio mg

estuvo visitando, el año 2987, para permutar sus materias primas por síntrope, secreto que se había perdido en el Interregno. Naturalmente, tomó precauciones: se hizo pasar por un comerciante del Sistema Saturnino, pero desapareció, no obstante, como así mismo su lanzadera del tiempo. Cabe suponer que alguien, en el año 2987, descubrió su identidad y lo asesinó para robarle su máquina. La Patrulla fue informada, pero no encontró ni rastro de aquella. Finalmente, fue recobrada, de la Inglaterra del siglo XV, por dos patrulleros llamados..., ¡hum! Everard y Withcomb. »

- Si ya hemos triunfado, ¿por qué molestarnos más? - gruñó el americano.

Mainwethering pareció disgustado. Protestó:

- Pero ¡querido camarada, no han triunfado aún! La tarea está todavía sin terminar, según su sentido de la duración y el mío. Y, por favor, no tenga el éxito por logrado, simplemente porque la Historia habla de él. El Tiempo no es rígido; el hombre tiene libre albedrío. Si usted fracasa, la Historia cambiará y no registrará nunca su triunfo, ni yo le habré hablado de él. Eso es indudablemente lo que sucedió (si puedo decir «sucedió») en los pocos casos en que la Patrulla ha tenido un fallo. Tales cosas se están investigando aún, y si logra el triunfo, la Historia cambiará y *siempre* habrá habido éxito. *Tempus non nascitur, fit,* si puedo permitirme una ligera parodia.

- De acuerdo; no hacía más que bromear - se disculpó Everard -. Dejemos eso. *Tempus fugit.*

Y añadió una *g* de más, con premeditación maliciosa. Mainwethering dio un respingo.

Resultó que incluso la Patrulla sabía poco sobre el oscuro período en que los romanos habían abandonado Inglaterra, la civilización anglorromana se cuarteaba y los ingleses progresaban. Esto nunca había parecido tener importancia. La oficina de Londres para el año 1000 envió cuanto material poseía, además de una serie de vestidos que pudo recoger. Everard y Withcomb pasaron una hora inconscientes bajo la influencia del instructor hipnótico, para despertar hablando correcta y fácilmente el latín y varios dialectos sajones y jutlandeses, y con un conocimiento muy amplio de las costumbres.

Los vestidos eran engorrosos: pantalones, camisas y chaquetas de lana burda; capas de cuero y una interminable colección de encajes y cordones. Grandes pelucas de lino cubrirían sus modernos cortes de pelo; un afeitado minucioso pasaría inadvertido, aun en el siglo V. Withcomb llevaba un hacha, Everard, una espada; pero ambos confiaban más en las diminutas pistolas paralizadoras del siglo XXVI que llevaban ocultas bajo sus ropas. No les habían dado armaduras, pero el saltatiempos llevaba en una alforja un par de sólidos cascos de motorista, que no llamarían mucho la atención en una época de utensilios hechos en casa, y serían mucho más fuertes y cómodos que los verdaderos yelmos.

También los habían provisto de una merienda de viaje y un par de jarros de buena cerveza victoriana.

- ¡Excelente! - aprobó Mainwethering; y sacando un reloj de bolsillo, lo consultó -. Espero su vuelta a... ¿Les parece bien las cuatro? Tendré a mano unos guardias por si traen ustedes algún prisionero, y luego iremos a tomar el té.

Les estrechó la mano y termino:

- ¡Buena caza!

Everard montó en el saltatiempos y puso los controles en el año 464, en la tumba de Addleton y en una medianoche de verano. Luego dio marcha.

5

Había luna llena. El terreno aparecía enorme y solitario en una oscuridad selvática que ocultaba el horizonte. En algún lugar aullaba un lobo. El túmulo estaba aún allí; habían llegado tarde.

Elevándose por medio del mecanismo antigravitatorio, otearon a través del oscuro bosque. Había un caserío a algo más de un kilómetro de la tumba; una cerca de troncos rodeaba un puñado de pequeñas edificaciones en torno a un corral.

Bañado por la luz de la luna aquello estaba muy tranquilo.

- Campos cultivados - observó Withcomb con voz apagada -. Los jutlandeses y sajones eran, principalmente, agricultores, ya lo sabes, y vinieron aquí buscando tierras. Puedes imaginar que los ingleses fueron expulsados de este terreno hace algunos años.

- Lo primero que hay que hacer - repuso Everard - es informarnos acerca de esta tumba. ¿Retrocedemos unos años más para localizar el momento en que fue construida? No; lo más seguro será investigar ahora, un poco más tarde, cuando haya pasado toda excitación. Puede ser mañana por la mañana.

Withcomb asintió y Everard hizo bajar el saltatiempo, escondiéndolo entre la maleza. Luego durmieron cinco horas.

Al despertar, el sol brillaba al Nordeste, el rocío relucía en las altas hierbas y los pájaros formaban una estrepitosa baraúnda.

Descendiendo de él, los agentes hicieron remontar su vehículo a fantástica velocidad, revoloteando a quince kilómetros del suelo, y luego lo hicieron regresar por medio de un diminuto transmisor de radio oculto en sus cascos.

Se aproximaron abiertamente al caserío, poniendo en fuga con la hoja de la espada y del hacha a los perros de aspecto salvaje que se les acercaban aullando.

Al entrar en el corral, lo encontraron sin pavimento, pero enteramente alfombrado de barro y estiércol. Un par de chiquillos pelirrojos y desnudos les miraron boquiabiertos, a la puerta de una cabaña de tierra y zarzas. Una muchacha que, sentada fuera, ordeñaba a una mísera vaquilla, lanzó un leve chillido; un labriego, fornido y cejudo, que alimentaba a sus cerdos, agarró una lanza.

Everard frunció la nariz; le hubiera gustado que algunos de los entusiastas del «Noble Nórdico» de aquel siglo hubieran podido ver a este ejemplar.

Un hombre de barba gris, con un hacha en la mano, apareció en la entrada del zaguán. Como todos sus contemporáneos, era varios centímetros más bajo que el promedio de los hombres del siglo XX. Los examinó con atención antes de darles los buenos días.

Everard sonrió cortésmente al decir:

- Me llamo Ufga Hundigsson y este es mi hermano Knubbi. Ambos somos mercaderes de Jutlandia y venimos aquí para comerciar en Canterbury (pero le dio su nombre de entonces: Cantwara-byrig). Vagando desde el sitio en que está fondeado nuestro barco, nos extraviamos, y tras caminar desorientados toda la noche, hallamos su casa.

- Me llamó Wulfnoth, hijo de Aelfred - dijo el labriego -. Entren y desayunen con nosotros.

El zaguán era grande, sombrío y humoso, lleno de una multitud charlatana: los hijos de Wulfnoth, las esposas e hijos de estos; los rústicos que les servían y sus esposas, hijos y nietos. El desayuno consistió en grandes escudillas de madera llenas de carne a medio guisar, acompañadas de vasos de cuerno colmados de amarga cerveza. No era difícil entablar conversación allí; aquella gente era tan habladora como en otra época lo fueron los siervos aislados. Lo difícil era inventar relatos verosímiles de lo que ocurría en Jutlandia. Una o dos veces, Wulfnoth, que no era tonto, les pilló en renuncio, pero Everard aseveró con firmeza:

- Ha oído usted noticias falsas. Las noticias toman extrañas formas cuando cruzan el mar.

Quedó sorprendido viendo cuánta relación había aún entre las viejas comarcas, pero las conversaciones acerca del tiempo y las cosechas no diferían mucho de las que él oyera, en el siglo XX, en el Oeste Medio. Solo más tarde pudo deslizar alguna pregunta acerca de la tumba. Wulfnoth enarcó las cejas y su rolliza y desdentada esposa hizo un ademán de conjuro hacia un tosco ídolo de madera.

- No es bueno hablar de esas cosas - murmuró el jutlandés -. Quisiera que el brujo no estuviera sepultado en mis tierras. Pero era amigo de mi padre, que murió el año pasado, y nunca quiso consentir en otro arreglo.

- ¿Brujo? - y Withcomb abrió bien los oídos -. ¿Qué cuento ese?

- Bueno; también usted puede saberlo - gruñó Wulfnoth -. Era un extranjero, llamado Stane, que apareció en Canterbury hará unos seis años. Debía de proceder de muy lejos, pues no hablaba la lengua inglesa ni la bretona, pero fue acogido por el rey Hengisto y enseguida las aprendió. Hizo al rey excelentes aunque extraños regalos, y como era hombre hábil, el rey confió en él cada día más. Nadie osaba enojarle, porque poseía una vara que lanzaba rayos; se le había visto hendir las rocas, y una vez, en una batalla con los bretones, abrasó a los enemigos. Hay quienes le creen Wotan, pero no podía serlo puesto que murió.

- Oh, claro! - admitió Everard, sintiendo la comezón de la ansiedad -. ¿Y qué hizo mientras vivió?

- Dio al rey sabios consejos. Opinaba que nosotros, los de Kent, debíamos dejar de combatir a los bretones y considerarlos para siempre parientes nuestros, procedentes de la vieja patria; que más bien deberíamos concertar paces con los nativos. Su criterio era que con nuestra fuerza y su civilización romana podíamos, juntos, constituir un poderoso reino. Tal vez tenía razón, aunque yo, por mi parte, le veo poco provecho a todos esos libros y baños, para no hablar de ese sobrenatural Dios crucificado que tienen. Bien; como quiera que sea, le asesinaron unos desconocidos hará tres años y lo enterraron aquí, previos sacrificios y con algunas cosas de su propiedad que sus enemigos no le habían quitado. Le hacemos una ofrenda dos veces al año, y puedo decir que su espíritu no nos ha hecho ningún mal. No obstante, me siento algo inquieto cerca de él.

- Tres años, ¿eh? - suspiró Withcomb -. Claro.

Les costó una hora larga la despedida y Wulfnoth insistió en darles un muchacho para que les guiara hacia el río.

Everard, a quien no le agradaba andar tanto, gruñó e hizo bajar su vehículo. Al montar en él, junto con Withcomb, dijo gravemente al muchacho, que los miraba con ojos desorbitados:

- Sabe que has hospedado a Wotan y a Thor, los cuales velarán en adelante por tu pueblo y lo guardarán de mal.

Luego retrocedió tres años en el tiempo.

- Ahora viene lo más difícil - dijo, oteando el caserío, entre la noche. El túmulo aún estaba allí, pero el viejo brujo estaba vivo -. Es bastante fácil inventar un cuento de hadas para un niño, pero hemos de extraer su moraleja respecto a un pueblo grande y rudo para el cual nuestro hombre es la mano derecha del rey. Y además tiene un rayo destructor.

- Aparentemente, triunfamos o triunfaremos - dijo Withcomb.

- ¡Quia! Si fracasamos, Wulfnoth contará de nosotros otra historia dentro de tres años. Probablemente ese extranjero está aquí, y puede matarnos dos veces, con lo que Inglaterra, llevada de las Edades Oscuras a una civilización neoclásica, no llegará a evolucionar en nada que se parezca a 1894. Me pregunto qué juego es el del extranjero...

Elevó el aparato y lo lanzó en dirección a Canterbury. Un viento nocturno le daba en la cara. El caserío relucía cerca, en un soto. La luna blanqueaba sobre los muros romanos medio derruidos del antiguo Durovenum, moteados de negro por las paredes más nuevas de las guaridas jutlandesas de tierra y madera. Nadie osaría entrar allí tras la puesta del sol. El desayuno de hacía dos horas - tres años en el pasada - parecía no haberse tomado nunca; y Everard emprendió la ruta hacia la ciudad por una deshecha calzada romana. Por allí se hacía un animado tráfico, principalmente de granjeros que llevaban al mercado sus chirriantes carretas, tiradas por bueyes. Una pareja de guardias, de cruel aspecto, les daban el alto y les preguntaban sus propósitos. Esta vez eran agentes de un comerciante de Thanet, enviados allí para interrogar a los aldeanos. Los rufianes les

miraban, impertinentes, hasta que Withcomb les alargó un par de monedas romanas; entonces envainaron las espadas y les permitieron pasar.

La ciudad se animaba y alborotaba en torno a ellos, pero de nuevo el olor de una pista impresionó a Everard. Entre los bulliciosos jutlandeses distinguía a ciertos anglo-romanos que desdeñosamente se abrían camino por la porquería y apartaban su raída túnica del contacto con aquellos salvajes. Habría sido cómico, si no fuese patético. Una posada, extraordinariamente sucia, ocupaba las ruinas, invadidas por el musgo, de lo que fue el hogar de un hombre rico.

Everard y Withcomb vieron que su dinero alcanzaba un gran valor allí, donde imperaba el cambio. Pagando varias rondas de bebidas consiguieron la información deseada. La sala de recepción del rey Hengisto estaba casi en medio del pueblo, y no era, en realidad, una sala, sino un viejo edificio, deplorablemente acondicionado bajo la dirección de Stane... «No es que nuestro bueno y valiente rey sea una marioneta..., no me interprete mal, extranjero... ; pero el mes pasado...»

Stane vivía en la casa próxima a dicha sala. Extraño personaje. Algunos decían que era un dios... Ciertamente, tenía un ojo para las muchachas...

Sí, se decía que era quien provocaba toda aquella charla de paz con los bretones. El que llegase tanto y tanto parásito cada día era para dejar a un hombre honrado sin gota de sangre.

- Claro que Stane es muy sabio, y yo no diría nunca nada contra él... Entiéndame: después de todo, puede lanzar el rayo.

- Así, pues, ¿qué hacemos? - preguntó Withcomb cuando volvían a su alojamiento -. ¿Ir a su casa y arrestarlo?

- No; dudo de que sea posible - confesó Everard, precavido -. He forjado una especie de plan, pero depende de que adivinemos lo que realmente se propone. Veamos de obtener una audiencia.

Mientras hablaba, sacó el jergón de paja que les servía de lecho y husmeó en él, para terminar diciendo:

- ¡Maldición! Lo que este período necesita no es literatura; ¡son polvos insecticidas!

La casa había sido cuidadosamente renovada; su blanco pórtico casi daba lástima, de limpio, entre la porquería que lo rodeaba. Dos guardias haraganeaban en la escalinata, vociferando, al llegar los dos agentes. Everard les largó unas monedas y una historia sobre un visitante que traía noticias de interés para el gran hechicero. Añadió:

- Dígale «El hombre de mañana». Es su santo y seña. ¿Entendido?

- No tiene sentido.

- Las contraseñas no necesitan tener sentido - replicó Everard con altivez.

El jutlandés juntó los talones y marchó, moviendo la cabeza tristemente. ¡Todas aquellas cosas nuevas!

- ¿Estás seguro de que eso es lo prudente? - preguntó Withcomb -. Ahora estará sobre aviso, ¿te das cuenta?

- También me la doy de que un V.I.P. no va a perder su tiempo charlando con un extraño. Hasta ahora no ha realizado nada permanente; ni aun se ha convertido en una leyenda durable. Pero si Hengisto hiciera una unión permanente con los bretones...

El guardia volvió, murmuró algo y los condujo escaleras arriba, cruzando el peristilo. Más allá estaba el atrium, habitación amplia, con modernas alfombras de piel curtida, solada de pedacitos de mármol y mosaicos descoloridos. Un hombre, en pie, esperaba ante un rudo lecho de madera. Al entrar ellos, levantó la mano, y Everard vio que empuñaba el delgado cañón de un aniquilador radiante del siglo XXX.

- Conserven sus manos a mi vista y no las acerquen a los costados - ordenó suavemente el hombre -. De lo contrario, tal vez tenga que despedazarlos con un rayo.

Withcomb hizo una aguda y aterrada aspiración, pero Everard se esperaba ya algo de esto. Aun así, sintió frío en el estómago.

El brujo Stane era un hombre pequeño, vestido con una hermosa túnica bordaba, que debía de proceder de alguna ciudad inglesa. Su cuerpo era delgado, su cabeza grande, y sus facciones de una fealdad más bien atrayente, bajo un mechón de cabellos negros. Un gesto de tensión contraía sus labios.

- ¡Regístrales Eadgard! - ordenó -. Saca todo cuanto lleven en sus vestiduras.

El cacheo del jutlandés fue torpe, pero encontró las armas que llevaban ocultas y las arrojó al suelo.

- Puedes marcharte - le mandó Stane.

- ¿No le ofrecen peligro, excelencia? - preguntó el soldado.

-¿Con esto en la mano? - gruñó Stane -. No; vete.

«Por lo menos, nos quedan un hacha y una espada - pensó Everard -, aunque de poco van a servirnos cuando "eso" nos apunte.»

- Así, ¿que vienen ustedes del mañana? - murmuró Stane. Y un repentino y leve sudor brilló en su frente -. Denme noticias de él. ¿Hablan ustedes el inglés moderno?

Withcomb abrió la boca para responder; pero Everard, jugándose la vida, improvisó la contestación.

- ¿De qué lengua habla?

- De esta.

Y Stane rompió a hablar en un inglés con un acento peculiar, pero cuyos giros se reconocían como del siglo XX.

- *Yo* necesito saber de dónde y de cuándo vienen ustedes; qué «intenciones» traen y todo lo demás. Denme esos datos o, de lo contrario, los condenaré a muerte.

Everard movió negativamente la cabeza.

- No - repuso en jutlandés - no le entiendo a usted.

Withcomb le echó una ojeada y luego se calmó, dispuesto a seguir la conducta del americano, cuya mente galopaba con el brío que le prestaba la desesperación, pues sabía que la muerte le acechaba al primer yerro que cometiera.

- En nuestros días - prosiguió - hablamos así. *Y* farfulló un párrafo en lengua hispanomejicana, estropeándolo cuanto se atrevió.

- Así que... una lengua romance.

Los ojos del brujo relucieron. El aniquilador tembló en su mano. Preguntó:

- ¿De *cuándo* son ustedes?

- Del siglo XX de la Era Cristiana, y nuestro país se llama Lyonnese y está situado más allá del océano occidental.

- ¡América! - pronunció entrecortadamente -. ¿La han llamado, siempre América?

- No; ni sé de qué me habla.

Stane temblaba inconteniblemente. Dominándose, preguntó:

- ¿Conocen la lengua romana?

Everard asintió. Stane rió nerviosamente y pro puso:

- ¡Hablémosla! ¡Si supieran ustedes lo cansado que estoy de este perruno lenguaje local!

Su latín era algo defectuoso, pero bastante fluido; evidentemente, lo había aprendido en su siglo. Balanceó su arma y añadió:

- Perdón por mi descortesía. Pero he de tomar precauciones.

- ¡Naturalmente! - confirmó Everard -. ¡Ah! Me llamo Mencius, y mi amigo, Juvenalis. Venimos del futuro, como ya ha sospechado usted. Somos historiadores y se acaba de inventar el viaje por el tiempo.

- Hablando con verdad, mi nombre es Rozher Schtein, del año 2987. ¿Han oído ustedes... hablar de mi?

- ¿*Y* a quién? - replicó Everard -. Nosotros volvemos del futuro buscando a ese misterioso Stane, que parece ser una de las figuras señeras de la Historia. Sospechábamos que pudiera ser un viajero del tiempo, «Peregrinator temporis», esto es. Ahora sabemos...

- ¡Tres años! - Schtein empezó a pasearse febrilmente, balanceando el aniquilador en su mano -. Tres años llevo aquí. Si supieran con cuanta frecuencia me he desvelado, preguntándome si triunfaría... Díganme: su mundo, ¿vive unido?

- El mundo y los planetas - contestó Everard -. Ya hace mucho tiempo.

Interiormente, se estremeció. Su vida pendía de su capacidad para adivinar los planes de Schtein. Este preguntó:

- ¿*Y* son ustedes un pueblo libre?

- Lo somos. Es decir, el emperador preside, pero el Senado hace las leyes y es elegido por el pueblo.

Había en la cara de gnomo de Schtein una expresión casi santa, que la transfiguraba. Exclamó:

- ¡Como yo lo he soñado! Gracias.

- Así, pues - aventuró Everard -, ¿volvió usted de su período a crear Historia?

- No - replicó Schtein -. A cambiarla.

Las palabras salían violentamente de sus labios, como si hubiera deseado hablar, sin atreverse a ello, durante muchos años.

- Yo también - prosiguió - era historiador. Por casualidad me encontré con un hombre que se hacía pasar por mercader, procedente de las lunas saturninas. Pero como yo había vivido ya allí, vi en seguida el fraude. Investigando, supe la verdad. Se trataba de un viajero del tiempo, procedente de un lejanísimo futuro. Deben comprenderme: la Edad en que yo viví fue terrible, y, como historiador psicográfico, comprobé que la guerra, la pobreza y la tiranía que, como maldiciones, nos abrumaban, no se debían a la innata maldad del hombre, sino a una simple relación de causa a efecto. La tecnología mecánica había surgido en un inundo encizañado, y las guerras se hicieron cada vez más destructoras. Habían surgido períodos de paz, y aun bastante largos, pero el mal estaba demasiado arraigado; los conflictos eran ya parte de nuestra civilización. Mi familia fue exterminada en un ataque venusiano. Yo no tenía nada que perder. Tomé la máquina del tiempo después de... disponer... de su dueño. La gran equivocación, a mi juicio, había sido retroceder a las Edades oscuras. Roma había unido un gran imperio en paz, y por la paz puede siempre surgir la justicia. Pero Roma se agotó con el esfuerzo y ahora se la apartaba. Los bárbaros invasores podían hacer mucho, porque eran fuertes..., pero se corrompieron rápidamente. Mas existe Inglaterra. Ha vivido aislada de la podrida estructura que fue la sociedad romana. Los germanos invasores son sucios y torpes, pero fuertes y deseosos de aprender. En mi historia se limitaron a exterminar la civilización británica, y luego, estando intelectualmente desamparados, se los tragó la nueva y deplorable civilización llamada occidental. Deseo que suceda algo mejor. No ha sido fácil. Les sorprendería a ustedes saber cuán duro resulta sobrevivir en una Edad diferente hasta abrirse camino, aunque se posean modernas armas y se hagan interesantes regalos al rey. Pero ahora el rey me respeta y crece la confianza que me otorgan los bretones. Puedo unir a los dos pueblos en guerra contra los pictos. Inglaterra será un reino, con la fuerza sajona y la cultura romana, lo bastante poderoso para rechazar a todos los invasores. El cristianismo es inevitable, pero velaré para que se mantenga en su verdadero sitio: el de educar y civilizar a los hombres sin encadenar sus inteligencias. En su momento, Inglaterra ocupará una posición que le permitirá posesionarse del Continente. Por último, creará un mundo. Yo permaneceré aquí lo bastante para poner en marcha la alianza contra los pictos y luego desapareceré, con promesa de volver. Reapareceré, con intervalos de unos cincuenta años, en los próximos siglos; seré una leyenda, un dios, para asegurar que continúen en el camino recto.

- He leído mucho sobre San Stanius - dijo Everard lentamente.

- ¡Y vencí! - gritó Schtein -. Di la paz al mundo.

Y había lágrimas en sus mejillas.

Everard se acercó. Schtein le apuntó al vientre con el aniquilador. No se fiaba de él aún por completo; Everard dio un rodeo y Schtein giró sobre sí mismo, para mantenerle cubierto. Pero estaba demasiado agitado por la aparente prueba de su triunfo para recordar a Withcomb. Everard lanzó una mirada a este por encima del hombro.

El inglés alzó su hacha. Everard se tiró al suelo. El aniquilador chirrió y Schtein gritó, porque el hacha le había destrozado un hombro. Withcomb dio un salto y se apoderó de su revólver. Schtein aulló, luchando por asestar su aniquilador sobre ellos. Everard saltó para evitarlo. Hubo un momento de confusión. Luego, el aniquilador funcionó de nuevo, y Schtein fue un peso muerto en los brazos de los otros. La sangre les empapaba las ropas al brotar de la horrible herida. Los dos guardias llegaron corriendo. Everard levantó su arma y accionó el disparador a toda intensidad. Una lanza arrojada le rozó el hombro. Hizo fuego dos veces, y dos corpulentas formas se abatieron. Estarían sin sentido varias horas.

Agachándose un momento, Everard escuchó. Un grito femenino surgió de las habitaciones interiores, pero nadie traspasó la puerta.

- Creo que nos lo hemos cargado - susurró.

- Sí - asintió Withcomb, mirando estúpidamente al cadáver tendido ante él. Ahora parecía patéticamente pequeño.

- Para él nada significa morir. Pero el modo es duro. Estaría escrito, supongo.

- Mejor ha sido así que comparecer ante un Tribunal de la Patrulla y ser desterrado del Planeta - dijo Withcomb.

- Técnicamente, al menos, era un ladrón y un asesino - comentó Everard -. Pero su sueño era algo grande...

- Y nosotros lo hemos desbaratado - terminó Withcomb.

- La Historia también lo habría hecho, probablemente. Un hombre solo nunca es lo bastante poderoso ni lo bastante sabio. Creo que la mayor parte de la miseria humana se debe a estos fanáticos bien intencionados.

- Y precisamente por eso los demás nos cruzamos de brazos y aceptamos las cosas como vienen.

- Piensa en todos tus amigos de 1947. No habrían existido nunca.

Withcomb se quitó la capa y trató de limpiar la sangre que cubría sus ropas.

- ¡Vámonos! - ordenó Everard dirigiéndose a la puerta trasera.

Una asustada concubina le observó con sus grandes ojos.

Tuvo que hacer saltar la cerradura de una puerta interior, que daba a una habitación en que había un modelo de lanzadera del tiempo tipo mg, unas pocas cajas con armas y repuestos, algunos libros... Everard lo cargó todo en la máquina, excepto el depósito de combustible. Debía dejarlo allí a fin de volver en el futuro y detener en su carrera al hombre deseoso de ser un dios.

- ¿Por qué no te llevas eso al almacén de 1894, en un par de horas? Yo montaré el saltador. Te espero en la oficina.

Withcomb, impasible, dirigió al otro una larga mirada. Luego, al ver que Everard le observaba, reaccionó:

- Conformes, viejo - sonrió y estrechó la mano a Everard -. Hasta luego. ¡Buena suerte!

Everard le contempló cuando entraba en el gran cilindro de acero. Resultaba extraño pensar que dentro de un par de horas estaría tomando el té en 1894.

Acuciado por la preocupación, salió al exterior y se mezcló con la gente. Charlie era un singular camarada.

Nadie le estorbó al dejar la ciudad y entrar en la espesura que la circundaba. Hizo retroceder y bajar el saltador del tiempo y, a despecho de la prisa por impedir que alguien

viniera a investigar qué clase de pájaro había aterrizado, se bebió una jarra de cerveza. Lo necesitaba, en verdad. Luego echó una última ojeada a la vieja Inglaterra y saltó a 1894.

Mainwethering y sus guardias estaban allí, como prometiera aquel. El oficial pareció alarmado al ver a un hombre que llevaba en sus ropas sangre coagulada, pero Everard lo tranquilizó con una explicación. Le costó tiempo el lavarse, cambiar de ropa y entregar un informe completo al secretario. Por entonces debía haber llegado Withcomb en un simón, pero no había ni señales de él.

Mainwethering llamó al almacén por radio y se volvió a Everard frunciendo las cejas.

- No ha venido aún - dijo -. ¿Podría haber fallado algo?

- No creo. Esas máquinas están hechas a prueba de tontos.

Everard contrajo los labios, añadiendo:

- No sé qué puede ocurrir. Quizá entendió mal y, en vez de volver, se fue a 1947

Un cambio de notas reveló que Withcomb tampoco estaba allí. Everard y Mainwethering se fueron a tomar el té. Cuando volvieron, aún no había señales de Withcomb.

- Mejor será que llamemos a la agencia de operaciones. Ellos pueden encontrarlo.

- No. Espere.

Y Everard quedó un instante pensativo. La idea llevaba algún tiempo germinando en su mente. Era tremendo.

- ¿Se le ocurre algo?

- Sí. Una especie de... - y Everard comenzó a ponerse el traje de la Epoca Victoriana... - Déme mi traje del siglo XX, ¿quiere? Yo puedo encontrarle por mí mismo.

- La Patrulla querrá un informe previo de su idea e intenciones - objetó Mainwethering.

- ¡Al diablo con la Patrulla! - barbotó Everard.

Londres, 1944. La noche del temprano invierno había cerrado y un sutil viento frío soplaba por las calles, que estaban sumidas en las tinieblas. Se oía el estallido de una explosión y se veía arder un gran fuego, cuyas llamas, como enormes banderas rojas, flameaban sobre los tejados.

Everard dejó su saltador junto a la acera (nadie salía a la calle cuando caían las bombas V), y se orientó en la oscuridad; su ejercitada memoria recordó la fecha del 17 de noviembre; en tal día como aquel había muerto Mary Nelson.

Halló la cabina de un teléfono público en la esquina y ojeó la guía. Encontró un montón de Nelson, pero solo una Mary, en Streatham. Aquella seria, seguramente, la madre. Pero la hija podía llevar el mismo nombre. Ni siquiera sabia la fecha del estallido de la bomba, pero existían medios de averiguaría.

El fuego y el trueno rugían cuando salió. Se tiró al suelo, mientras crujían los cristales de la cabina que había ocupado. 17 de noviembre de 1944. El entonces joven Manse Everard, teniente de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos, estaba aquel día en un lugar, más allá del Paso de Caíais, cerca de los cañones alemanes. No podía recordar exactamente dónde, ni se detuvo en ello. No importaba. Sabía que iba a sobrevivir a *aquel* peligro.

Un nuevo fulgor bailaba ante él cuando corrió hacia su vehículo. Subió a bordo y se lanzó hacia el cielo. Desde arriba, Londres semejaba una vasta oscuridad salpicada de llamas. «Noche de Walpurgis» y todo el infierno suelto sobre la Tierra. Recordaba bien Streatham; triste montón de ladrillos habitado por dependientes, verduleros y artesanos; la auténtica pequeña burguesía que luchara contra la fuerza que conquistaba Europa hasta conseguir detenerla. Allí había vivido una muchacha en 1943, que luego se casó con otro.

Deslizándose agachado, trató de encontrar la casa. Surgió un volcán no lejos de allí. Su vehículo se tambaleó en el aire con tal violencia, que casi le despidió del asiento. Al acercarse a la plaza vio un casa derruida, aplastada y llameante, a solo tres manzanas de la que habitaban los Nelson. Había llegado demasiado tarde. No. Comprobó el tiempo; las

diez y media, y retrocedió dos horas. Aún era de noche, pero la casa, luego derruida, permanecía en pie en la oscuridad. Por un momento, deseó advertir a los de dentro. Pero no lo hizo. En torno suyo moría la gente y él no era Schtein para tomar la Historia sobre sus hombros. Suspiró amargamente, descendió de su vehículo y traspasó la verja. Tampoco era él un maldito daneliano. Llamó a la puerta y le abrieron. Una mujer de edad mediana le miró en la oscuridad, y él comprobó la extrañeza que le causaba ver allí a un americano sin uniforme militar.

- ¡Perdone! ¿Conoce a la señorita Mary Nelson?

- Pues... sí - repuso ella, dudosa -. Vive cerca de aquí. Volverá pronto. ¿Es usted amigo suyo?

Everard asintió, añadiendo:

- Me envía ella con un recado para usted, señora...

- Señora Enderby.

- Oh, sí! Señora Enderby. Soy terriblemente olvidadizo. Mire, señora Enderby: la señorita Nelson me encargó le dijera que lo siente mucho, pero que no puede venir. En cambio, los cita a ustedes y a toda su familia a las diez y media.

-¿A todos, señor? Pero los niños...

- Los niños también. Todos ustedes. Les tiene preparada una sorpresa especial que solo puede mostrar a ustedes. Así que han de estar allí todos.

- Muy bien, señor. Conforme, si ella lo dice.

- Todos ustedes, a las diez y media sin falta. Los veré allí, señora Enderby.

Everard saludó y marchó a la calle.

Había hecho lo que podía. Cerca de allí vivían los Nelson. Llevó su saltador tres manzanas más allá, lo aparcó en la oscuridad de una avenida, y se dirigió a la casa. Ahora era también culpable. Tan culpable como Schtein. Se preguntó a qué se parecería el destierro del planeta.

No vio huellas de la lanzadera mg, y esta era demasiado grande para estar oculta. Así que Charlie no había llegado aún.

Mientras llamaba a la puerta se preguntó qué consecuencias tendría el haber salvado a la familia Enderby. Aquellos niños crecerían, tendrían hijos; ingleses de clase media, sin duda, pero en algún sitio, en los siglos venideros, un hombre importante nacería o dejaría de nacer. Claro que el tiempo no era demasiado inflexible. Excepto en raros casos, el abolengo no importaba; solo eran decisivos el total conjunto de los genes humanos y la sociedad de los hombres. Aunque aquel día podía ser uno de los casos excepcionales.

Una joven le abrió la puerta. Era una linda chica, no llamativa, pero de aspecto agradable; llevaba un ajustado uniforme.

- ¿Señorita Nelson?

- Sí.

- Me llamo Everard. Soy amigo de Charlie Withcomb. ¿Puedo entrar? Tengo unas cuantas noticias algo sorprendentes para usted.

- Iba a salir - dijo ella, excusándose.

- No, no iba usted a hacerlo.

Aquello fue una equivocación. La chica se irguió indignada.

El rectificó:

- Lo siento. Por favor, ¿puedo explicarle?...

Ella le condujo a una desordenada y oscura sala, y le invitó:

- ¿Quiere sentarse? Le ruego no hable muy alto. Toda mi familia está durmiendo. Se levantan temprano.

Everard se acomodó. Mary se sentó en el borde del sofá, mirándole con sus grandes ojos. El se preguntaba si entre sus ascendientes no estarían Wulfnoth y Eadgar. Sí; indudablemente lo estaban, después de tantos siglos. Quizá estuviese también Schtein.

- ¿Está usted en la aviación? - preguntó ella -. ¿Es ahí donde conoció a Charlie?

- No; estoy en Información. ¿Puedo preguntar cuándo le vio por última vez?

- Hace unas semanas. El está ahora destinado en Francia. Espero que la guerra acabará pronto. ¡Es tan estúpido por parte del enemigo obstinarse, cuando debían reconocer que están vencidos! ¿No es así?

Irguió la cabeza con curiosidad, añadiendo:

- Pero ¿qué noticias son las que usted tiene?

El comenzó a divagar, tanto como se atrevía, hablando de las condiciones de vida más allá del Canal. Era extraño estar allí sentado, charlando con un fantasma. Y sus juramentos le prohibían decirle la verdad. Quería hacerlo, pero cuando lo intentaba la lengua se le helaba en la boca.

... y lo que cuesta conseguir una botella de tinto corriente...

- ¡Por favor! - le interrumpió ella -. ¿No le importaría ir al grano? De veras que tengo un compromiso esta noche.

- ¡Oh, lo siento! ¡Lo siento mucho! ¡Seguro! Ya ve usted, de este modo...

Una llamada a la puerta le salvó.

- Excúseme - murmuró ella, y salió a abrir más allá de las cortinas de oscurecimiento.

Everard la siguió. Ella retrocedió con un pequeño grito:

- ¡Charlie!

El la estrechó entre sus brazos, sin reparar en que la sangre del jutlandés le manchaba aún el traje. Everard entró en el vestíbulo. El inglés le miró con cierto horror. Solo dijo:

- ¡Tú!

Y echó mano a las armas. Pero Everard estaba ya alerta. Le dijo:

- ¡No seas tonto! Soy tu amigo. Quiero ayudarte. ¿Qué loco proyecto traías?

- Pues... impedirle a ella que saliera a la calle.

- ¿Y no crees que ellos tienen medios sobrados de localizarte?

Y Everard empezó a hablar en temporal, la única lengua posible delante de la asustada Mary.

- Cuando me separé de Mainwethering, este estaba ya entrando en vivas sospechas. A menos que hagamos esto bien, todas las unidades de la Patrulla van a ser avisadas. Tu error se rectificará, probablemente, matándola a ella y mandándote a ti al destierro.

- Yo.. .- Withcomb tragó saliva. Su cara era la estampa del miedo -. ¿Tú te irías, dejando que la mataran?

- No. Pero hay que ir con más cuidado.

- ¡Nos fugaremos..., retrocederemos, si es preciso, a la época del dinosaurio..., a un período alejadísimo!

Mary escapó de los brazos de su prometido. Abrió la boca para gritar. Everard le previno:

- ¡Cállese! Corre usted un gran peligro y estamos tratando de salvarla. Si no confía en mí, fíese de Charlie.

Y volviéndose hacia Charlie, prosiguió, en temporal:

- Mira, camarada: no hay sitio ni época en donde podáis ocultaros. Mary Nelson murió esta noche. Esto es historia. No existía en 1947. También es historia. La familia a quien ella iba a visitar estará fuera de su casa cuando caiga la bomba. Si tratas de escapar con ella, te pescarán. Es pura suerte que no haya llegado ya una fracción de la Patrulla.

Withcomb se esforzó en recobrar la serenidad.

- Supongamos que salto a 1948 con ella. ¿Cómo sabes que no ha reaparecido súbitamente? Quizá eso también es historia.

- ¡Hombre, *no puedes!* Inténtalo. Anda, dile que vas a hacerla saltar cuatro años al futuro.

Withcomb gimió:

- ¡Una indiscreción! Y he prometido bajo juramento...

- Sí; eres libre de abrir esa posibilidad ante ella, pero al proponérselo tendrás que mentir, porque no puedes evitarlo. Además, ¿cómo se las va a arreglar? Si permanece siendo Mary Nelson, se convierte en desertora de la W.A.A.F. Y si toma otro nombre, ¿dónde están su partida de nacimiento, registro escolar, libreta de racionamiento..., cualquiera de esos papelitos a que son tan aficionados los gobiernos del siglo XX? Eso no tiene arreglo, hijo.

- Entonces, ¿qué hacer?

- Enfrentarse con la Patrulla y desafiarla. Espera aquí un minuto.

Everard obraba con fría calma, sin tiempo para temer ni para vacilar. Ya en la calle, localizó su saltador, lo preparó para aparecer cinco años después, a pleno mediodía, en Picadilly Circus. Impulsó el mando principal, vio partir la máquina y volvió a la habitación. Mary sollozaba y temblaba en brazos de Charlie. ¡Pobres niños perdidos en el bosque!

Everard se los llevó al vestíbulo. Se sentó y preparó su arma.

- Bien. Esperemos algo más.

No tardó mucho en aparecer un saltador con dos hombres, que vestían uniforme gris de la Patrulla y llevaban las armas en las manos.

Everard los detuvo con el disparo de un débil rayo de su arma.

- ¡Ayúdame a atarlos, Charlie!

Mary temblaba, muda, en un rincón.

Cuando los hombres se despertaron, Everard estaba junto a ellos con una helada sonrisa.

- ¿De qué se nos acusa, muchachos? - preguntó en temporal.

- Creo que ya lo saben - dijo uno de los prisioneros calmosamente -. La oficina principal nos encargó de descubrirlos. Comprobando la próxima semana, encontramos que usted había salvado una familia destinada a morir. El registro de Withcomb indicó que había venido aquí a cooperar en el salvamento de esta mujer, que también había de fallecer esta noche. Es mejor que nos suelte, o será peor para usted.

- No ha cambiado la Historia. Los danelianos están aún allá arriba, ¿o no?

- Sí, claro; pero...

- ¿Cómo sabían ustedes que la familia Enderby tenía que morir?

- Su casa fue bombardeada y nos dijeron que la habían abandonado, porque...

- ¡Ah, pero el caso es que la abandonaron! Está escrito. Ahora bien: usted quiere cambiar el pasado.

- Pero esta mujer aquí...

- ¿Están ustedes seguros de que no es la Mary Nelson que vivió en Londres en 1850 y que murió, ya anciana, en 1900?

- Está usted intentando algo difícil. Pero no le valdrá. No puede usted luchar con toda la Patrulla.

- ¿Creen ustedes eso? Puedo dejarles a ustedes aquí para que los Enderby los encuentren. He preparado mi vehículo para surgir, en público, en un momento que solo yo conozco. ¿ Cuál va a ser entonces la Historia?

- La Patrulla tomará medidas correctivas..., como ya lo hizo usted en el siglo V.

- ¡Quizá! Pero yo puedo hacérselo mucho más fácil, sin embargo, si quieren escuchar mi apelación. Quiero ver a un daneliano.

- *¿Quée?*

- Ya me han oído. Si es preciso, montaré ese saltador de ustedes y avanzaré un millón de años. Les haré ver cuánto más sencillo sería para ellos concedernos una tregua.

- *No será necesario.*

Everard giró sobre sí, ahogando un grito. El aniquilador se escapó de sus manos. No podía mirar a la forma que resplandecía ante sus ojos.

- *Su apelación era ya conocida y estaba juzgada siglos antes que usted naciera. Sin embargo, era usted un eslabón necesario en la cadena del tiempo. Si usted hubiera*

fallado esta noche, no habría habido perdón. Para nosotros era cosa decidida que un Charlie y una Mary Wíthcomb vivieran en la época victoriana de Inglaterra. También lo estaba que esta Mary Nelson muriese con la familia Enderby, a quien visitaba en 1944, y que Charlie Withcomb había de vivir soltero y, por último, ser muerto en servicio activo con la Patrulla. La discrepancia fue advertida, y como la más ligera paradoja es una peligrosa debilidad en la textura espacio-tiempo, ha de ser rectificada eliminando uno u otro hecho, que no habrán existido jamás. Y ya he decidido cuál ha de ser.

Everard supo, allá en su agitado cerebro, que los patrulleros estaban súbitamente libres. Supo que su saltador había sido..., estaba siendo..., seria... arrebatado invisiblemente fuera de aquel momento que ahora se vivía. Supo que la Historia diría ahora: la W.A.A.F. Mary Nelson desapareció, probablemente muerta por una bomba cuando se dirigía a casa de los Enderby, muertos con ella al ser destruida; que Charlie Withcomb desapareció en 1947, probablemente ahogado. Supo que a Mary le fue revelada la verdad, juramentándola para no descubrirla a nadie, y que se la envió, con Charlie Withcomb, a 1850. Supo que ambos se abrirían paso en la vida, dentro de su propia clase media, pero se sentirían siempre extraños bajo el reinado de Victoria; que Charlie tendría siempre el recuerdo nostálgico de haber estado en la Patrulla, pero que, volviéndose a mirar a su mujer y a sus hijos, pensaría que él abandonarla no había sido un sacrificio tan grande, después de todo. Todo eso supo, así como que el daneliano se había ido.

Sin embargo, cuando se desvaneció la vertiginosa oscuridad de su cabeza y miró con clara percepción a los patrulleros, no sabía aún cuál iba a ser su destino.

- Venga - dijo uno de ellos -. Salgamos de aquí, antes que alguien se despierte. Le daremos un impulso hacia su año 1954, ¿no?

- Y luego, ¿qué?

El patrullero se encogió de hombros. Bajo su descuidada actitud se advertía la impresión que le produjo la presencia del daneliano.

- Diríjase al jefe de su sector. Se ha mostrado usted incapaz de una tarea fija.

- Entonces..., ¿estoy despedido?

- No se ponga dramático. ¿Creía usted que su caso era único en un millón de años que lleva trabajando la Patrulla? Para casos como el suyo hay un procedimiento habitual. Necesita usted más adiestramiento. Su tipo de personalidad va mejor con el servicio de agente libre; para cualquier siglo y lugar, doquiera y cuando quiera que se le necesite. Creo que le gustará.

Everard subió cansinamente al saltador. Cuando se apeó de nuevo, habían pasado diez años.

VALIENTE PARA SER REY

1

Una noche de mediados del siglo XX, en Nueva York, Manse Everard se había puesto un raído traje de casa y estaba preparando unas bebidas. El timbre de la puerta le interrumpió. Lanzó un juramento. Lo que él quería ahora - después de varios días de fatigoso trabajo - no era compañía, sino seguir leyendo las antiguas narraciones del doctor Watson.

Bueno; quizá pudiera dominar aquel mal humor. Cruzó la estancia y abrió la puerta con expresión hosca.

- ¡Hola! - saludó fríamente.

Pero en el acto se sintió como si estuviera a bordo de una primitiva nave espacial que acabara de entrar en caída libre; ingrávido y desesperanzado bajo el brillo de las estrellas.

- ¡Oh! - exclamó -. No sabía... Entre.

Cynthia Denison se detuvo un momento, mirando al bar, por encima del hombro varonil. Había colgadas dos lanzas cruzadas y un yelmo con crines de caballo, pertenecientes a la Edad Aquea del Bronce. Eran oscuros y brillantes; increíblemente bellos. Trató de hablar con firmeza, pero no pudo.

- ¿Me puede dar un trago? ¿En seguida?

- ¡Claro que sí! - repuso él.

Apretó fuertemente los labios y le ayudó a quitarse el abrigo. Ella cerró la puerta y se sentó sobre una cama sueca, tan limpia y funcional como las armas homéricas. Sus manos revolvieron en el bolso, buscando cigarrillos. Durante unos minutos no cruzaron sus miradas.

- ¿Bebe aún *whisky* irlandés con hielo? - interrogó él.

Sus palabras parecieron venir de lejos y su cuerpo se movió, desmañado, entre vasos y botellas, olvidando cómo lo había adiestrado la Patrulla del Tiempo.

Sí - respondió ella -. Veo que recuerda.

Y su encendedor sonó; inesperadamente ruidoso en la estancia.

- Solo falto de aquí unos pocos meses - comentó él, a falta de otro tema -. Un tiempo entrópico, intangible; justamente veinticuatro horas por día.

Ella espiró una nube de humo de su cigarrillo y le miró.

- Para mí no ha sido mucho más. Yo he estado ausente casi de continuo desde mi boda. Ocho meses y medio de mi vida personal y biológica desde que Keith y yo... Pero ¿y tú, Everard? ¿Cuánto has estado viajando, en cuántas épocas y lugares diferentes, desde que fuiste nuestro padrino?

La voz de ella siempre fue alta y aguda. Era el solo defecto que Everard encontraba en ella, a menos de considerar como tal su exigua estatura - poco más de metro y medio -. Nunca solía poner mucha expresión en sus palabras. Pero se podía comprender que ahora estaba conteniendo el llanto. Le acercó la bebida.

- ¡Fuera preocupaciones!... ¡Todas! - le intimó. Ella obedeció con voz un tanto estrangulada.

Everard le volvió a llenar el vaso y completó el suyo propio. Luego, acercando una silla, sacó una pipa y tabaco de las profundidades de su apolillada chaqueta. Las manos le temblaron, pero tan levemente, que ella no pudo notarlo.

Había sido prudente, por parte de Cynthia, no decir en seguida las noticias que llevase; Ambos necesitaban tiempo para recobrar su propio control.

Se atrevió a mirarla a la cara. No había cambiado. Su cuerpo era casi perfecto, de una delicadeza que el vestido negro hacía resaltar. Los cabellos, dorados como el sol, caían sobre sus hombros; los ojos eran azules e inmensos, bajo las arqueadas cejas; los labios,

como siempre, estaban un poco entreabiertos. No llevaba bastante pintura para que él estuviera seguro de sí había llorado o no: pero en aquel momento parecía próxima a ello.

Everard se abstrajo en la tarea de llenar la pipa. Por fin habló:

- Bueno, Cyn. ¿Me lo cuentas todo?...

Ella se estremeció y, luego, dijo:

- Keith... ha desaparecido.

- ¿Eh?.. .- y Everard se sentó de golpe -. ¿En una misión?

- Si. ¿Cómo, si no? Ha sido en el antiguo Irán. Fue allá y nunca volvió. Ocurrió hace una semana.

Dejó el vaso en la cama y se retorció los dedos. Luego añadió:

- La Patrulla lo buscó, desde luego. Hoy supe los resultados. No pueden encontrarlo. Ni siquiera aciertan a descubrir lo que le ha ocurrido.

- Judas... - murmuró Everard.

- Keith siempre, siempre le creyó a usted su mejor amigo. No puede figurarse cuán a menudo hablaba de usted. Sinceramente, sé que le hemos tenido abandonado, pero usted nunca parecía estar en casa, y...

- ¡Claro! - le animó él -. ¿Cree que soy tan pueril? Estuve ocupado. Y, además, ustedes acababan de casarse...

«Después de haberlos yo presentado mutuamente, aquella noche, junto al Mauna Loa, bajo la luna. La Patrulla del Tiempo no se puede meter en esas cosas. Una jovencita como Cynthia Cunningham, un simple peón recién salido de la academia y destinado en su propio siglo, es libre de tratar a un veterano, como yo, por ejemplo, tan a menudo como ambos deseen, fuera del tiempo de servicio. No hay razón que le impida usar sus aptitudes para disfrazarse y llevar a una chica a bailar en la Viena de Strauss, o al teatro en el Londres de Shakespeare, o a visitar pequeños bares como el de Tom Lebrer, en Nueva York, o a jugar al tejo, o a esquiar sobre las aguas, en Hawai, mil años antes que llegaran allá las primeras canoas. Y un miembro de la Patrulla es, así mismo, libre de reunirse con ambos. Y de casarse después con la muchacha. »

Everard hizo humear su pipa. Luego, con la cara oculta por el humo, sugirió:

- Empecemos por el principio. He perdido el contacto con ustedes durante dos o tres años. Por eso no estoy muy enterado del trabajo actual de Keith.

- ¡Si nunca pasó usted sus vacaciones en esta época! Nosotros queríamos que viniera a visitamos.

- ¡Perdón! Yo podía haberlo hecho si hubiera querido.

La ingenua cara de Cynthia palideció como si hubiera recibido una bofetada. El rectificó, arrepentido:

- Lo siento; yo quería ir, desde luego; pero nosotros, agentes libres, estamos siempre extremadamente ocupados, saltando de acá para allá como mosquitos en una parrilla. ¡Diablos! Usted me conoce, Cynthia; carezco de tacto, pero eso no significa nada. Soy responsable de la leyenda griega sobre una quimera, en la Grecia clásica. Me llamaban el «dilaiépodo», curioso monstruo con dos pies izquierdos, ambos en la boca.

Ella hizo un mohín con los labios y recogió el cigarrillo del cenicero.

- Aunque aún soy una estudiante de Ingeniería, estoy en estrecho contacto con todas las otras profesiones, incluso con el Cuartel general. Por ello sé exactamente lo que han hecho por Keith..., y no es bastante. Se disponen a abandonarlo. ¡Manse, si usted no quiere ayudarle, Keith puede darse por muerto!

Se detuvo, anhelante. Everard no respondió inmediatamente; ambos tenían necesidad de recobrar la calma, en un instante cruzó por su mente la carrera de Keith Dennison.

Nació en Cambridge (Massachusetts) en 1927, de una familia acomodada. Se doctoró en Filosofía y Arqueología, con una notable tesis; había conseguido 4 campeonatos escolares de boxeo y cruzado el Atlántico en una embarcación de treinta pies.

Combatiente en Corea, en 1950, se batió con tal bravura que habría conquistado la fama si se hubiera tratado de otra guerra más popular. Y había que conocerle íntimamente de larga para conseguir que contara todo aquello. Hablaba con humorismo de temas generales mientras no tenía trabajo que hacer, y cuando se lo daban, lo hacía sin alardes innecesarios.

«De seguro - pensó Everard - que el mejor de los dos conquisté a la chica. Keith también podría haberse hecho agente libre, de haberlo querido. Pero tenía aquí raíces, y yo no. Era más estable, supongo. »

Licenciado al fin, en 1952, lo contrató y adiestró la Patrulla. Había aceptado la realidad de los viajes intertemporales antes que otros muchos, pues su mente era ágil y, al fin y al cabo, era arqueólogo. Una vez adiestrado, descubrió que, por fortuna, sus propios fines coincidían con los de la Patrulla, y se especializó en Oriente y Protohistoria Indoeuropea, llegando a ser, en todo, un hombre más importante que Everard.

El agente libre podía corretear tiempo arriba o tiempo abajo, por los recovecos del destino, socorriendo a los desventurados, arrestando a los delincuentes y guardando el orden en la combinación de los destinos del Universo; pero ¿cómo podía saber lo que estaba haciendo en realidad sin una referencia? En Edades anteriores a los primeros jeroglíficos había habido guerras y expediciones, descubrimientos y hazañas, cuyas consecuencias afectaban a la totalidad del continuo espacio-tiempo. La Patrulla tenía que conocer todo aquello. Y esta era la tarea del especialista.

«Por encima de todo, Keith era amigo mío», pensó Everard. Y apartando la pipa de los labios, dijo:

- Bien, Cynthia; cuénteme lo sucedido.

2

La vocecilla sonaba ahora casi secamente; tanto era lo que la muchacha se dominaba.

- Había estado siguiendo la pista de las migraciones de los diversos clanes arios. Ya sabe que son muy oscuras. Hay que partir de un punto conocido de la Historia y trabajar hacia atrás. Para seguir esta última tarea, Keith tenía que ir al Irán en el año 558 antes de Jesucristo. Era cerca del fin del período medo, según me confié. Tenía que investigar entre la gente, conocer sus peculiares tradiciones, comprobarlas luego con las de otro más primitivo, etcétera. Pero usted debe de saber ya esto, Manse. Usted le ayudó una vez antes que nos conociéramos. El me lo contó.

- ¡Ah, sí! Solo le acompañaba en caso de dificultad - aclaró, en tono indiferente, Everard -. Estaba estudiando la emigración prehistórica de cierto grupo, desde el Don a las montañas del HinduKusch. Dijimos a sus jefes que éramos cazadores nómadas, les pedimos hospitalidad y acompañamos a la expedición varias semanas. Fue divertido. Recordaba estepas, inmensos firmamentos, un vertiginoso galopar tras los antílopes, una fiesta ante las hogueras del campamento y a una muchacha cuyo cabello tenía el olor dulciamargo del humo de leña. Durante un tiempo deseé haber vivido y muerto como uno de los hombres de aquella tribu.

Keith volvió solo aquella vez. Hay siempre muy poca gente de su especialidad en la Patrulla. ¡Son tantos miles de años a vigilar y tan pocas las vidas humanas dedicadas a ello! Ya había ido solo antes.

Yo siempre tuve miedo a dejarlo ir, pero él decía que... vestido como un pastor errante, sin nada que mereciera la pena de exponerse a un robo, estaría aún más seguro en las colinas iranianas que cruzando por Broadway. Pero ¡esta vez no lo estuvo!

- Ya comprendo - dijo rápidamente Everard -. El partió - ¿hace una semana, dice usted? - creyendo que lograría su informe, lo remitiría a su oficina de control y estaría aquí

de vuelta el mismo día. *Porque solo un tonto rematado dejaría consumirse su vida sin volver al lado de usted.*

- Yo me apuré en seguida - comentó ella encendiendo otro pitillo en la colilla del anterior -. Me dirigí al jefe para preguntar por él. Le estoy agradecida porque se ocupé personalmente del asunto durante una semana, hasta hoy. La respuesta fue que Keith no había vuelto. La casa que centraliza los informes dice que nunca les llegó el de Keith. Comprobamos los registros de los cuarteles generales intermedios. Respondieron que... Keith no volvió jamás y que nunca se hallaron sus huellas.

Everard asintió, preocupado.

- Entonces - opinó - se ordenaría una búsqueda y el Cuartel General Principal tendría el informe.

Tiempo mudable aquel, hecho de un montón de paradojas, reflexionó por milésima vez. En el caso de un hombre perdido, no se obligaba a otro a buscarle si, en algún registro cualquiera, había un informe en que se afirmaba haberlo hecho ya. Pero ¿cómo, sino insistiendo en la búsqueda, se tenían probabilidades de hallarlo? Era posible retroceder, y así cambiar los hechos de tal modo que acabasen por encontrarle; pero, en ese caso, el informe que se archivaba recogía «siempre» solo el éxito, y únicamente los interesados conocían la primitiva verdad.

Todo podía resultar tan confuso, que no era sorprendente el que la Patrulla fuese minuciosa hasta en los pequeños detalles que no influían en la estructura general del hecho.

- Nuestra oficina notificó a sus agentes en el mundo del Antiguo Irán, y ellos enviaron una expedición investigadora - supuso Everard -. Como no conocían el sitio preciso en que desapareció Keith ni en el que ocultó su vehículo, no pudieron dar las coordenadas precisas.

Cynthia asintió.

- Pero lo que no puedo entender - prosiguió Everard - es por qué no encontraron la máquina después. Sea lo que quiera que aconteciese a Keith, al aparato debió de quedar por aquellos contornos, en alguna cueva o cosa así. La Patrulla tiene aparatos detectores que debían haber podido localizar el saltador, por lo menos, y entonces trabajar partiendo de allí hacia atrás y hallar a Keith.

Ella chupó el cigarrillo con tal violencia que se le contrajeron las mejillas, y replicó:

- Ya lo intentaron. Pero dicen que es una comarca salvaje, montañosa, difícil de explorar. Nada dio resultado. No encontraron sus huellas. Pudieron haberlo conseguido buscando de muy cerca, haciendo la labor kilómetro a kilómetro y hora por hora. Pero no se atrevieron. Aquel ambiente es peligroso. Gordon me enseñó el análisis. No pude comprender todos aquellos símbolos, pero me dijo que era un siglo muy peligroso para husmear en él.

Everard cerró su ancha mano sobre la cazoleta de la pipa. Su calor era reconfortante. A él, las eras peligrosas le inspiraban pavor.

- Ya entiendo - explicó -. No pueden buscar tan completamente como debieran porque ello debilitaría a los jefes locales y determinaría que obrasen desacordes cuando llegara la gran crisis. Pero, y si se hacen investigaciones locales, disfrazados entre la gente?

Varios expertos patrulleros lo han hecho; lo hicieron durante semanas. Pero los indígenas no les facilitaron nunca el menor indicio. Aquellas tribus son muy salvajes y desconfiadas; quizá temieron que nuestros agentes fuesen espías del rey de Media; y comprendo que no quisieran aquel régimen. No; la Patrulla no pudo hallar ni una huella. Y, de todos modos, no hay razón para pensar que aquello afectase en nada al registro. Creen que Keith fue asesinado y que su lanzadora se perdió. ¿Y qué diferencia - y, al decirlo, Cynthia se puso en pie de un salto -, qué diferencia marca un cadáver más en un sumidero como ese?

Everard se levantó también; ella se echó en sus brazos y él permitió que se desahogara. Por su parte, nunca creyó que hubiera mal en ello. Apenas había conseguido olvidarla algo, pero ahora vino a sus brazos y tendría que empezar a olvidarla de nuevo.

- ¿No pueden volver a registrar localmente? ¿No podrán retroceder una semana y advertirle que no vaya por allí? ¿Es eso mucho pedir? ¿Qué clase de monstruos produce su ley?

- Los hombres normales la hicieron. Si uno de nosotros - respondió Everard - volviera la espalda a su pasado, pronto estaríamos todos tan confundidos que ninguno de nosotros tendría una existencia real.

- Pero en un millón de años debe existir alguna excepción.

Everard no respondió. Sabia que existían, pero también que el caso de Keith Dennison no sería una de ellas. La Patrulla no estaba compuesta por santos, pero su gente no se atrevería a violar sus propias leyes para fines particulares. Soportaban sus pérdidas como cualquier agrupación, alzaban los vasos en honor a sus muertos y nadie retrocedía en el tiempo para estudiar cómo habían vivido.

Cynthia se separó de él, volvió a su bebida y la alejó de sí. Los rubios rizos revoloteaban en su cabeza cuando dijo, sacando un pañuelo que se llevó a los ojos:

- Lo siento, no quería criticar.

- Bien - repuso él.

Ella, mirando al suelo, sugirió:

- Podría usted intentar ayudarle, Everard. Los agentes regulares lo han dejado, pero usted podría probar.

Aquella era una apelación sin escape.

- Sí, podría - repuso -. Pero tal vez no triunfe. Los informes que se tienen demuestran que, de intentarlo, fracasaría. Y cualquier alteración del espacio-tiempo es censurada; aun siendo tan trivial como esta.

- Para Keith no ha sido trivial.

- Cynthia, es usted una de las pocas mujeres que se expresan así. La mayoría hubieran dicho: «No ha sido trivial *para mí.»*

Los ojos de ella captaron la mirada de él, y por un instante Cynthia quedó inmóvil. Luego susurré:

- Lo siento, Manse; no me daba cuenta. Creía que todo habría pasado, para ti, con el tiempo; que me habrías...

- ¿De qué estás hablando?.. - se defendió él.

- ¿No podrían hacer algo por ti los psicólogos de la Patrulla? - preguntó -. Quiero decir que así como nos acondicionan para no revelar a persona no autorizada lo de los viajes a través del tiempo, podrían, así mismo..., transformar a un individuo para...

- ¡Deja eso! - cortó rudamente Everard.

Por un rato mordisqueó la pipa. Al fin, exclamó:

- Bien. Tengo una o dos ideas propias, que no se han ensayado. Si de algún modo se puede rescatar a Keith, le tendrás aquí antes de mañana a mediodía.

- ¿Podrías transportarme ahora en tu saltador a ese momento, Manse?

Ella empezaba a temblar.

- Si - repuso él -, pero no quiero. Suceda lo que suceda, necesitarás estar descansada mañana. Te llevaré ahora a tu casa y te haré tomar un soporífero. Luego, volveré aquí a reflexionar sobre la situación. Vaya, no tiembles. Ya te dije que tenía que pensar.

- ¡Manse! - exclamó ella estrechándole la mano. Y él concibió una súbita esperanza, por la que se maldijo.

A fines del año 542 antes de Jesucristo, un hombre solitario bajaba de las montañas y entraba en el valle del Kur. Cabalgaba sobre un hermoso caballo castaño, aún más grande que la mayor parte de los de las tropas de caballería y que en cualquier lugar hubiera incitado al robo; pero el Gran Rey había impuesto el orden de tal manera en sus dominios, que podía afirmarse que una doncella cargada con un saco de oro podía viajar a salvo por toda la Persia. Tal era la razón de que Manse Everard hubiera escogido tal época para su salto en el tiempo; dieciséis años después que Dennison fuera destinado allí.

Otro motivo era el llegar mucho después de haberse calmado cualquier perturbación que el viajero en el tiempo hubiera, hipotéticamente, producido y por cuya causa hubiera muerto. Fuese cualquiera la verdad sobre el destino de Keith, era mejor aproximarse a ella indirectamente, ya que los métodos directos habían fallado.

Por último, según los informes de la Oficina del Medio Ambiente Aqueménide, parecía que el otoño del año 542 era la: primera época relativamente tranquila después de la desaparición. Los años de 558 a 553 habían sido aquellos turbulentos en que el rey persa de Anshan, Kuru-sh (aquel a quien el futuro llamaría Kaikhosru y Ciro), estuvo reñido con su señor Astiajes, rey de Media. Luego vinieron tres años en que la rebelión de Ciro y la guerra civil asolaron el Imperio, y los persas, por último, sometieron a sus vecinos del Norte. Pero Ciro, apenas victorioso, hubo de hacer frente a las contrarrevueltas y a las incursiones de los turanios tardó cuatro años en eliminar aquellos trastornos y extender sus dominios hacia el Este. Ello alarmó a los monarcas, sus colegas; y Egipto, Babilonia, Lidia y Esparta se coligaron para destruirle con el rey Creso, de Lidia, realizando una invasión en el 546. Lidia fue derrotada y anexionada, pero volvió a rebelarse y hubo de ser derrotada de nuevo; las turbulentas colonias griegas de Jonia, Caria y Licia tuvieron que ser pacificadas, y mientras sus generales hacían todo esto en el Oeste, el propio Ciro hubo de combatir en el Este para rechazar a los salvajes jinetes, que de otro modo habrían incendiado sus ciudades.

Ahora había un período de calma. Cilicia se rendiría sin lucha, viendo que las otras conquistas persas eran gobernadas con tal humanidad y tolerancia para las costumbres locales como el mundo no había visto jamás. Ciro dejó a sus nobles el cuidado de las fronteras y se dedicó a consolidar lo conquistado.

Hasta el año 539 no se reanudó la guerra con Babilonia ni se adquirió Mesopotamia, y, luego, Ciro tuvo otra época de paz, hasta que los salvajes de más allá del Aral se fortalecieron y el rey hubo de luchar contra ellos para destruirlos.

Manse Everard entró en Pasargadae con un florecimiento de esperanza. Y no porque la época en que entonces voluntariamente vivía indujese a tan floridas metáforas. Cabalgaba despacio, atravesando kilómetros y kilómetros, viendo a los campesinos armados de guadañas inclinarse cargando viejas carretas tiradas por bueyes, mientras el estiércol humeaba en los barbechos. Harapientos chiquillos se chupaban los dedos a la puerta de chozas de barro sin ventanas, y lo miraban pasar.

Un pollo escarbaba acá y allá, en la carretera, hasta que el veloz mensajero real, que le había alarmado, pasaba y lo mataba. Un escuadrón de lanceros pintorescamente ataviados con pantalones bombachos, armaduras escamosas, yelmos apuntados o empenachados y capas rayadas de alegres colores, galopaban junto a él, también polvorientos, sudorosos y cambiando entre sí sucios chistes. Los aristócratas poseían grandes casas con muros de adobe y hermosísimos jardines, pero eran pocas las que una economía como aquella podía sostener. Pasargadae era, casi en su totalidad, una ciudad oriental, con calles retorcidas y fangosas, formadas por cabañas a cuya puerta se veían grasientas tocas y manchados trajes; chillones mercaderes en los bazares, mendigos exhibiendo sus llagas, comerciantes que conducían filas de astrosos camellos y sobrecargados burros, perros husmeando en montones de basura, música tabernaria que recordaba los maullidos de un gato en una lavadora, hombres que remolineaban los

brazos y vomitaban maldiciones... ¿Qué había empujado a toda aquella chusma hacia el inescrutable Oriente?

- ¡Limosna, señor! ¡Limosna por el amor de la Luz! ¡Limosna, y Mithra le sonreirá!

- ¡Fíjese, señor! ¡Juro por la barba de mi padre que nunca hubo labor más hermosa, producto de una mano más hábil, que esta brida que le ofrezco a usted, el más afortunado de los hombres, por la ridícula suma de...

- ¡Por aquí, mi amo; por aquí, solo cuatro casas más abajo, el más hermoso mesón de toda Persia, digo poco, de todo el mundo. Nuestros jergones están rellenos de pluma de cisne; mi padre sirve un vino que gustaría a un Devi, mi madre guisa un *pilau* cuya fama se extiende hasta los confines de la Tierra y mis hermanas son tres lunas de delicia, que usted puede obtener solamente por una simple...

Everard ignoró los infantiles corredores que clamoreaban a su lado. Uno de ellos le agarró de un tobillo; él, jurando, le asestó un golpe, y el chiquillo gimió sin reparo. Everard esperaba eludir la permanencia en una posada; los persas eran más limpios que la mayoría de la gente en esa época, pero aún habría allí bastantes insectos.

Trató de sobreponerse.

De ordinario, un patrullero siempre tenía un as en la manga, en forma de una pistola tronadora del siglo XXX, bajo la chaqueta, y una diminuta radioemisora para llamar a su lado al saltador antigravitatorio que tripulaba. Everard vestía un traje griego: túnica, sandalias y larga capa de lana; espada al cinto, casco y escudo, este colgado de la grupa del caballo..., y eso era todo; únicamente el acero resultaba anacrónico.

No podía recurrir a ninguna oficina local de los suyos, en caso de dificultad, pues aquella época de transición, relativamente pobre y turbulenta, no atraía la atención de los temporales; la unidad patrullera más próxima, el Cuartel General de aquel medio ambiente, estaba en Persépolis, a un siglo de distancia en el futuro.

Las calles se iban ensanchando según avanzaba; los bazares iban escaseando y las casas aumentando de tamaño. Se podían ver ciruelos, cuyas ramas asomaban sobre las tapias. Por fin, entró en una plaza cuadrada formada por cuatro casas. Había allí unos guardias, ligeramente armados y en cuclillas, pues aún no se había discurrido la posición «en su lugar, descanso». Pero se levantaron y empuñaron cautamente sus armas cuando Everard se aproximé. Este podía simplemente haber cruzado la plaza, pero cambió su rumbo y llamó a uno que parecía el capitán.

- ¡Saludos - señor! ¡Que te ilumine un sol brillante!

La lengua persa, que había aprendido en una hora, bajo la hipnosis, fluía sin dificultad de sus labios.

- Busco hospitalidad en casa de algún grande hombre que guste de escuchar mis pobres relatos de viajero por tierras extrañas.

- ¡Ojalá vivas mil años! - repuso el guardia.

Everard recordó que no debía darle propina; aquellos persas, del mismo clan de Ciro, eran gente orgullosa y brava: cazadores, pastores y guerreros. Todos hablaban con la digna cortesía que fue común a su tipo a través de la Historia.

- Yo sirvo a Creso, el lidio, servidor del Gran Rey. El no rehusará su techo a un...

- Peregrino de Atenas - aclaró Everard.

Aquella procedencia podía explicar su ancha contextura, ágil complexión y corto cabello.

Se había visto forzado a dar a su barbilla una apariencia vandickiana. Herodoto no era el primer griego trotamundos, y, por ello, un ateniense no tenía por qué ser excesivamente exagerado. Al mismo tiempo, medio siglo antes de Maratón, los europeos eran aún lo bastante raros aquí para excitar el interés.

Se llamó a un esclavo para que avisara al mayordomo, quien, a su vez, envió a otro esclavo. Este invitó al extranjero a trasponer la verja. El jardín al que daba acceso era todo lo fresco y verde que cabía desear; no había miedo de que robasen ninguna de sus

pertenencias bajo aquel techo. La comida y bebida serían buenas y, en fin, el propio Creso recibiría al huésped. «Estamos de suerte», se dijo Everard, y aceptó un baño caliente, aceites fragantes, vestidos frescos, dátiles y vino que trajeron a su habitación, amueblada austeramente: un jergón y un grato panorama. Solo echó de menos un cigarrillo...

Seguro que si Keith había, irremediablemente, muerto...

- ¡ Diablos y ranas purpúreas! - musitó Everard -. Es peor pensar en ello.

4

Después del crepúsculo, hizo frío. Se encendieron las lámparas con mucha ceremonia (el fuego era sagrado) y se avivaron los braseros. Un esclavo se postró para anunciar que el señor estaba servido. Everard le acompañó través de un largo corredor donde vigorosas pinturas murales reproducían el Sol y el Toro de Mithra, y pasando al lado de dos lanceros entraron en un pequeño cuarto, brillantemente iluminado, con olor a incienso y profusión de alfombras. Había preparados dos lechos a la manera helénica junto a una mesa, cubierta de manjares nada griegos, en platos de metales preciosos; esclavos camareros aguardaban al fondo y armoniosa música china salía a través de una puerta interior.

Creso, de Lidia, hizo un gracioso movimiento de cabeza. Antaño había sido hermoso; sus rasgos eran regulares, pero parecía haber envejecido mucho desde pocos años antes, cuando su poder y riqueza eran proverbiales. Tenía grises la barba y el largo cabello; llevaba una clámide griega, pero sus vestiduras eran rojas, al modo persa.

- ¡Alégrate, peregrino de Atenas! - dijo en griego, y levantó la cara.

Everard le besó en la mejilla, como estaba indicado. Era un gesto simpático del anfitrión mostrar así que su huésped apenas le era inferior en categoría, aunque Creso hubiera estado comiendo ajo. Everard respondió:

- Alégrate, señor. Mil gracias por tu bondad.

- Esta solitaria comida no es por despreciarte - aclaró el ex rey -. Solo pensé.. - y al decirlo, dudaba -. Siempre me he considerado próximo pariente de los griegos y podíamos hablar de cosas serias.

- Mi señor me honra más de lo que merezco - respondió Everard.

Se cumplieron varios rituales y, finalmente, llegó la comida. Everard se explayó en la narración que traía preparada sobre sus viajes; de cuando en cuando, Creso hacia una pregunta, sorprendentemente aguda; pero el patrullero pronto aprendió a evadirías.

- En efecto, los tiempos cambian; eres afortunado al vivir en el alba de una nueva Edad - decía Creso.

- Nunca he conocido el mundo con un rey más glorioso..., etcétera, etcétera - respondía Everard para los oídos de los espías reales que, sin duda, figuraban entre los servidores. Lo que resultó ser verdad.

- Los mismos dioses han favorecido a nuestro rey - proseguía Creso -. Si yo hubiera sabido cómo le protegían (porque, en verdad, lo creí una simple fábula), no habría osado oponerme a él. Porque, sin duda alguna, es el Elegido.

Everard sostenía su papel de griego, aguando el vino y deseando haber escogido una nacionalidad menos temperante.

- ¿Qué me cuentas, señor? - preguntó - Sabía solamente que el Gran Rey era hijo de Cambises, el cual gobernó esta provincia como vasallo del medo Astíages. ¿Hay algo más?

Creso se inclinó hacia delante. A la incierta luz, sus ojos tenían una curiosa y brillante mirada, una mezcla dionisíaca de terror y entusiasmo, que el siglo de Everard había olvidado hacía tiempo.

- Óyeme, y da de ello cuenta a tus compatriotas - dijo -: Astiages casó a su hija Mandana con Cambises porque sabia que los persas estaban inquietos bajo su pesado yugo y quería que los jefes estuvieran ligados a su casa. Pero Cambises se debilitó y enfermó. Si llegaba a fallecer y su hijo Ciro, aún niño, le sucedía, pudiera originarse una turbulenta regencia de nobles persas no afectos a Astiages. Además, los sueños le advertían que Ciro había de poner fin a su dominación. Por todo ello, Astiages ordenó a su pariente Ojo Aurvagaush (Creso traducía el nombre de Harpago lo mismo que helenizaba todos los nombres locales) hacer desaparecer al príncipe. Harpago se llevó al niño pese a las protestas de la reina Mandana, pues Cambises estaba demasiado enfermo para evitarlo, y la misma Persia no podía rebelarse sin preparación. Pero Harpago no se decidía a terminar con el niño. Lo cambió por el aborto de la mujer de un pastor de las montañas a quien le hizo jurar el secreto. El niño muerto fue envuelto en regios pañales y abandonado en la falda de una colina; de allí a poco, unos oficiales de la corte de Medio fueron requeridos para dar testimonio de que había sido expuesto, y lo enterraron. Ciro, nuestro señor, se crió como un zagal de una majada. Cambises vivió aún veinte años sin engendrar otros hijos ni ser bastante fuerte para vengar a su primogénito. Por último, murió sin sucesión a la que los persas pudieran sentirse obligados a obedecer, y Astiages temió trastornos. Por esta época apareció Ciro, y, acreditada su identidad por varias señales, Astiages, arrepentido de lo hecho, le dio la bienvenida y le reconoció para heredero de Cambises. Ciro permaneció en vasallaje cinco años, aunque hallando cada vez más odiosa la tiranía de los medos. Harpago, en Ecbatana, también tenía una cosa horrible que vengar: Astiages (en castigo de su desobediencia en el asunto de Ciro) le había hecho comerse a su propio hijo. Por ello, Harpago conspiraba en unión de algunos nobles medos, y eligieron por jefe a Ciro. Persia se rebeló, y, después de tres años de guerra, Ciro se adueñó de ambas naciones. Desde entonces, claro es, se ha adueñado de otras. ¿Cuándo han mostrado los dioses su voluntad más claramente?

Everard siguió por un momento tranquilamente en su lecho, oyendo el ruido de las hojas en el jardín, bajo el frío viento. Y preguntó:

- ¿Es eso verdad o murmuración infundada?

- La he confirmado a menudo desde que frecuento la corte persa. El mismo rey me lo aseguró, así como Harpago y otros directamente relacionados con ello.

El lidio no podía mentir cuando citaba en su apoyo el testimonio de su gobernante; los persas d e alta cuna eran fanáticos adoradores de la verdad. Y, sin embargo, Everard no había oído nada más increíble en toda su carrera de patrullero, pues aquella era la narración recogida por Heródoto que, con pocas variantes, podía leerse en el *Shah Nameh* y que cualquiera calificaría de mito heroico. Era el mismo cuento inverosímil que se había relatado con referencia a Rómulo, Sigfrido y otros cien grandes hombres. No había razones para creer lo sostenido por los hechos ni para dudar de que Ciro se había criado normalmente en su casa paterna, sucedido a su padre por pleno derecho de nacimiento y que su rebelión obedecía a las razones usuales. Pero la tal fábula se contaba, con juramento, por testigos de vista! Allí había misterio. Ello devolvía a Everard su primer propósito. Después de proferir apropiadas expresiones de estupor, derivó la conversación hasta que pudo insinuar:

- He oído rumores de que hace dieciséis años llegó a Pargadae un extranjero el cual, aunque disfrazado de pobre pastor, era realmente un poderoso mago, que hacía milagros, puede haber muerto aquí. ¿Sabe algo de esto mi generoso anfitrión?

Y esperó, tenso, porque tenía la firme sospecha de que Keith Dennison no había sido asesinado por ningún bandido montañés, ni se había roto la cabeza al caer de una roca, ni recibido daño análogo a estos, ya que, en tal caso, su saltatiempo habría estado aún sobre las colinas cuando lo buscó la patrulla. Y esta podía haber registrado la comarca demasiado a la ligera para encontrar al propio Dennison, pero ¿cómo podían los aparatos detectores perder la pista del saltador?

Por ello, Everard pensaba que lo sucedido fue más complicado. Pues si, al fin, Keith hubiera sobrevivido, habría vuelto a la civilización.

- ¿Hace dieciséis años? - Creso se mesó la barba -. No estaba yo aquí entonces. Y, además, en esa época la tierra estaba llena de portentos - pues fue cuando Ciro abandonó las montañas y ciñó su hereditaria corona del Anshan. No, peregrino; nada sé de ello.

- He estado ansioso de hallar a esta persona - porque un oráculo...

- Puedes preguntar a mis servidores y a la gente del pueblo - sugirió Creso -. Yo preguntaré en la corte para ayudarte. Te quedarás aquí unos días, ¿no? Quizá el rey mismo desee verte; le interesan los extranjeros.

La conversación no duró mucho más. Creso explicó con sonrisa un tanto apagada que los persas creían en la bondad de irse a dormir temprano y levantarse con el alba, y que por ello tenían que estar en palacio a la hora del alba.

Un esclavo condujo a Everard a su habitación, donde hallé, esperándole sonriente, a una agraciada muchacha. Dudó un instante, recordando otra ocasión hacía veinticuatro años; pero... al diablo con ello! Un hombre tenía que tomar cuanto los dioses le ofrecieran, y estos solían ser algo tacaños.

5

No mucho después de salir el sol, una tropa de jinetes se detuvo ante el palacio y reclamó a gritos al peregrino de Atenas. Everard salió, interrumpiendo su desayuno, y contempló un garañón gris junto a la dura y pilosa cara de halcón de un capitán de aquella guardia a la que llamaban los «Inmortales». Los hombres formaban un fondo con inquietos caballos, capas, plumas que revoloteaban, metales tintineantes y crujientes cueros, y el sol jugueteaba destellando sobre las pulidas mallas.

- Le requiere el ciliarca - profirió el oficial, usando el título persa equivalente a comandante de la Guardia y gran visir del Imperio.

Everard permaneció silencioso un instante, considerando la situación.

Sus músculos se envararon. La invitación no era muy cordial, pero aquí no cabía excusarse alegando un compromiso previo.

- Escucho y obedezco - repuso -. Pero déjenme recoger un pequeño regalo, en correspondencia al honor que se me hace.

- El ciliarca dijo que acudiese en el acto. Aquí tiene un caballo.

Un arquero centinela le ofreció las manos enlazadas, pero Everard se alzó por si solo sobre la silla, habilidad útil antes de haberse inventado los estribos. El capitán gruñó una áspera aprobación, giró su montura y emprendió el galope por una amplia avenida flanqueada por esfinges y por las casas de los grandes.

Su tráfico no era tan movido como el de las calles comerciales, pero había bastantes jinetes, carretas, literas y peatones, que dificultaban el camino. Pero los «Inmortales» no se detenían ante nadie, trasponiendo veloces las verjas del palacio, abiertas para darles paso. Esparcieron la arena con los cascos de sus monturas, atravesaron un prado donde el agua centelleaba en las fuentes e hicieron un alto en el ala oeste. El palacio, de ladrillo chillonamente pintado, destacaba sobre una ancha plataforma entre varios edificios más bajos. El propio capitán descabalgó ante él, hizo un cortés gesto y subió por una escalera de mármol. Everard lo siguió, rodeado de guerreros que empuñaban ligeras hachas de guerra que habían cogido de los arzones para su defensa. El grupo caminó entre esclavos domésticos, de caras chatas, enturbantados, atravesando una columnata roja y amarilla, que precedía a un vestíbulo cuya belleza no estaba Everard en condiciones de apreciar, y así pasó, ante una fila de guardias, a una habitación en que esbeltas columnas sostenían

una cúpula de pavo real y en la que la fragancia de las rosas tardías entraba por artísticos ajimeces.

Allí, los «Inmortales» hicieron homenaje, lo que imitó Everard, pensando: «Lo que es bueno para ellos ha de serlo para ti», mientras besaba la alfombra persa. Un hombre que ocupaba un lecho ordenó:

- Levantaos y esperad. Traed un cojín para el griego.

Los soldados montaron la guardia en torno a él. Un nubio trajo un almohadón, que dejó en el suelo, ante el asiento de su amo.

Everard se sentó allí, con las piernas cruzadas y la boca seca.

El ciliarca, en quien Everard reconoció a Harpago, recordando lo dicho por Creso, se incorporó.

Destacando su delgada armazón de la piel de tigre de su lecho y la chillona túnica roja, el medo presentaba un aspecto envejecido; los largos cabellos color de hierro le llegaban hasta los hombros, y una fea nariz destacaba en su rostro, cubierto de arrugas. Sus ojos penetrantes escudriñaban al recién llegado.

- Bien - exclamó en persa, con un acento que revelaba al iraniano del Norte -. Así que tú eres el hombre de Atenas; el noble Creso habló de tu llegada esta mañana y mencionó las averiguaciones que estás haciendo. Como ello puede afectar a la seguridad del Estado, quisiera conocer exactamente qué es lo que buscas.

Se acarició la barba con enjoyada mano y sonrió heladamente, añadiendo.

- Y puede suceder que si tu búsqueda es inofensiva, te preste mi ayuda en ella.

Tuvo cuidado de no emplear las fórmulas de costumbre para el saludo, de no ofrecer refrescos ni dar, de cualquier otro modo, al peregrino el casi sagrado *status* de huésped. Aquello era un interrogatorio.

- ¿Qué deseáis saber, mi señor? - preguntó Everard, imaginando ya la respuesta.

- Buscas a un mago extranjero, capaz de hacer milagros, que llegó aquí hace dieciséis veranos. ¿Por qué y qué más sabes del asunto? No te pongas a inventar mentiras; habla.

- Mi señor - repuso Everard -, el oráculo de Delfos me dijo que mejoraría de fortuna si descubría el paradero de un pastor que entró en Persia el..., ¡hum!, el tercer año de la primera tiranía de Pisístrato. Nunca he sabido más, mi señor; vos sabéis cuán oscuras son las palabras del oráculo.

- ¡Hum, hum!

El miedo se manifestaba en la mezquina estatura, y Harpago hizo la señal de la cruz, que era un símbolo mitraico. Dijo ásperamente.

- ¿Qué has descubierto, además?

- Nada, gran señor. Nadie pudo decirme...

- ¡Mientes! - aulló Harpago -. ¡Todos los griegos son embusteros! Ten cuidado; hablas con ligereza de las cosas santas. ¿A quién más le has mencionado esto?

Everard observó un ligero tic nervioso en la boca de Harpago. El, por su parte, sintió como una bola fría en el estómago. Había dado con alguna cosa que el ciliarca creía completamente sepultada; algo ante lo cual el riesgo de chocar con Creso, que tenía el deber de proteger a su huésped, era desdeñable. Y la más sencilla defensa contra tal riesgo eran la risa y la mofa... después que las tenazas y el potro le hubieran sacado al extranjero todo lo que sabía.

«Pero ¿qué demonios coronados sabia?»

El peregrino seguía protestando:

- A nadie, mi señor. Nadie, sino el oráculo y el dios Sol, cuya voz es, y que me ha enviado aquí, ha sabido esto antes de esta noche.

Harpago respiró hondamente, contenido por la invocación. Pero luego añadió, irguiendo visiblemente los hombros:

- Solo tenemos tu palabra; la palabra de un griego, sobre que el oráculo te habló; sobre que no vienes a espiar secretos de Estado. Pero, aun admitiéndolo, el dios puede muy bien haberte hecho llegar aquí para destruirte por tus pecados. Consultaremos sobre esto.

E hizo un signo al capitán.

- ¡Llévalo abajo! ¡En nombre del rey!

¡El rey!

La palabra deslumbró a Everard. Saltó sobre sus pies y gritó:

- ¡Sí, el rey! El oráculo me dijo... que habría una señal y que luego debería llevar su palabra al rey de los persas.

- ¡Agarradle! - vociferó Harpago.

Los guardias se precipitaron a obedecerle. Everard se echó atrás, clamando por el rey Ciro tan alto como pudo. Que le arrestaran... Sus palabras llegarían hasta el trono, y... Dos hombres le arrinconaron contra la pared, levantando sus hachas. Más hombres se apretujaban tras ellos. Por encima de sus yelmos se veía a Harpago, incorporado en su lecho.

- ¡Lleváoslo y degolladle! - ordenó.

- Mi señor - protestó el capitán -, ha invocado al rey.

- ¡Para hechizarlo! Ahora lo reconozco: es el hijo de Zohak y agente de Ahriman. ¡Matadle!

- No; esperad. ¿No comprendéis que este traidor quiere impedirme decir al rey...? ¡Fuera, puercos!

Una mano se cerró sobre su brazo derecho. Había estado dispuesto a permanecer en prisión varias horas, hasta que el gran jefe supiera del asunto y le libertara; pero después de aquello las cosas se precipitaban excesivamente. Lanzó un gancho de izquierda, que terminó aplastando una nariz. El guardia retrocedió. Everard le quitó el hacha de las manos, miró en torno suyo y paró el golpe de otro guerrero, a su izquierda.

Los «Inmortales» atacaron. El hacha que Everard empuñaba sonó contra metal, lo hendió y aplastó un nudillo. En la lucha sobrepasaba a la mayoría. Pero no tenía en aquel combate más probabilidades que una pelota de celofán. Un golpe silbó sobre su cabeza; lo esquivó tras una columna, de la que saltaron astillas. Se abrió un claro y él se abalanzó sobre un guerrero vestido de malla, al que hizo caer, y luego escaló un espacio abierto bajo la cúpula. Harpago echó a correr, escondiendo su sable bajo sus ropas; el viejo miserable era aún bastante valiente. Everard giró sobre sí mismo para enfrentarlo, de modo que el ciliarca quedaba entre él y las tropas. Sable y hacha chocaron. Everard trató de estrechar distancias; un forcejeo entre ambos evitaría que los persas le arrojaran sus lanzas, pero quedaban a retaguardia para cerrarle el paso. ¡Por Judas, aquel podía ser el fin de otro patrullero!

- ¡Alto! ¡Esconded vuestros rostros! ¡El rey llega!

Por tres veces sonó una trompeta. Los guardianes se cuadraron en sus puestos, contemplando al gigante que, vestido de escarlata, aparecía indignado a la puerta, golpeando el tapiz. Harpago bajó su arma. Everard casi lo descabezó; más luego, recordando y oyendo los apresurados pasos de los guerreros en la antesala, dejó caer también el hacha. Por un momento el ciliarca y él se echaron mutuamente el aliento a la cara.

- Así que... oyó mis palabras... y vino... en seguida - resolló Everard.

- Ten cuidado - le susurró el medo, acurrucado como un gato -. Te estoy observando. Si envenenas su mente, también tú probarás el veneno... o el puñal.

- ¡El rey! ¡El rey! - vociferaba el heraldo.

Everard se echó al suelo cerca de Harpago.

Un piquete de «Inmortales» entró en la estancia y formó a los lados del lecho.

Luego, el propio Ciro entró ondeando los pliegues de su túnica al movimiento de su ágil andar. Le seguían algunos cortesanos, de piel atezada, que tenían el privilegio de llevar

armas ante el rey. Más atrás, un esclavo retorcía sus manos, temeroso por no haber tenido tiempo de extender una alfombra o llamar a los músicos.

La voz del rey resonó en el silencio, preguntando:

- ¿Qué es esto? ¿Dónde está el extranjero que preguntaba por mí?

Everard aventuró una ojeada. Ciro era alto, ancho de hombros y esbelto de cuerpo, y parecía ser mayor de lo que Creso decía, pues aparentaba unos cuarenta y siete años. Tenía la cara estrecha y morena, ojos castaños, una cicatriz de arma blanca en la mejilla izquierda, nariz recta y labios gruesos. Llevaba cepillado hacia atrás su cabello, ya algo gris, y la barba más recortada de lo que era costumbre en Persia. Vestía lo más sencillamente posible, dada su posición.

- ¿Dónde está el extranjero del que el esclavo corrió a hablarme?

- Soy yo, Gran Rey.

Levántate y dime tu nombre.

Everard se puso en pie y dijo en inglés:

- ¡Hola, Keith!

6

Las parras desbordaban en torno a una pérgola de mármol, tanto que casi ocultaban a los arqueros que los rodeaban, guardándolos. Keith Dennison, tendido en un banco, contemplaba la sombra de las hojas en el suelo y decía amargamente:

- Por fin podemos hablar a solas. El idioma inglés no se ha inventado todavía.

Calló un momento y luego prosiguió con voz ronca:

- A veces he pensado que lo más difícil de soportar en mi situación era el no tener nunca un minuto para mí solo. Lo más que puedo hacer es echar a todo el mundo de la habitación en que estoy; pero se clavan en los alrededores, al paso de la puerta, bajo las ventanas, vigilando, escuchando... Espero que se achicharren sus queridas y leales almas.

- El aislamiento tampoco se ha inventado aún - le recordó Everard -. Y, de todos modos, los hombres como tú nunca gozaron mucho de él en el curso de la Historia.

Dennison alzó su rostro fatigado.

- Tengo ganas de preguntarte qué ha sido de Cynthia - manifestó -; pero de seguro que para ella esto ha sido... Quizá no se le haya hecho muy largo..., una semana o dos, tal vez... ¿Has traído, por casualidad, cigarrillos?

- Los dejé en el saltatiempo - repuso Everard -. Me figuré que ya tendría bastantes dificultades sin tener que explicar su uso. Nunca imaginé encontrarte metido en esta aventura.

- Ni yo tampoco - se encogió de hombros Keith -. Ha sido la cosa más rematadamente fantástica. Las paradojas del tiempo...

- Pero ¿qué sucedió?

Dennison se frotó los ojos y lanzó un suspiro.

- Me encontré cogido en el engranaje de los intereses locales. ¿Sabes que, a veces, todo lo sucedido antes de ahora se me antoja irreal, como un sueño? ¿Existieron alguna vez cosas como la cristiandad, la música de contrapunto o la Declaración de los Derechos del Hombre? Y no quiero mencionar a toda la gente que he conocido. Tú mismo, Manse, me pareces no estar aquí, y temo que he de despertar... Bien; déjame que recuerde.

- ¿Sabes cuál era la situación? Los medos y los persas son parientes, bastante próximos por su raza y cultura, pero aquellos iban entonces a la cabeza, y adquirieron una porción de costumbres asirias que no cuadraban al punto de vista persa. Nosotros somos rancheros y granjeros libres y, claro, no es justo que se nos avasalle - Dennison pestañeó -. ¡Vaya! ¡Otra vez! ¿Por qué diré «nosotros»? El caso es que Persia se agitaba. El rey

Astiages, de Media, había hecho asesinar, veinte años antes, al joven Ciro, pero ahora lo lamentaba porque el padre de este se moría y su sucesión pudiera desencadenar la guerra civil. Entonces aparecí yo en las montañas. Había explorado un poco el tiempo y el espacio, saltando a través de varios días y algunos kilómetros, en busca de un buen refugio para mi vehículo, y esto explica, en parte, que la Patrulla no me localizara después. Finalmente, lo encerré en una cueva, seguí mi camino a pie, y de ahí vienen mis desventuras. Había un ejército medo acantonado en la región para desalentar las tentativas persas de provocar disturbios. Uno de sus exploradores me vio salir de la cueva, me siguió las huellas, y la primera noticia que tuve de ello fue verme ante un oficial que me asaba a preguntas sobre el trasto que tenía en la cueva. Sus hombres me tomaron por una especie de mago y les infundí miedo, pero estaban más temerosos de mostrarlo que de mí. Naturalmente, la noticia corrió como un reguero de pólvora, primero entre los soldados y luego por el país. Pronto, todo este supo que había aparecido un extranjero en circunstancias notables. Su general era el mismo Harpago, el diablo más caviloso y cruel que haya visto nunca el mundo. Pensé que podía utilizarme. Me ordenó hacer funcionar mi *caballo de bronce,* como él lo llamaba, aunque sin permitirme subir a él. Tuve entonces ocasión de ponerlo en el camino del tiempo. Eso también influyó para que no lo encontrara la Patrulla. Lo puse en este mismo siglo, a pocas horas de distancia, pero luego, sin duda, retrocedió hasta el principio.

- ¡Buen trabajo! - comentó Everard.

- *Yo* conocía las órdenes que prohiben tal grado de anacronismo - y Dennison torció la boca -. Pero también esperaba que la Patrulla me rescatase. Si hubiera sabido que no iban a hacerlo, no estoy muy seguro de mi capacidad para seguir siendo un abnegado patrullero. Hubiera suspendido mi saltador y habría secundado los planes de Harpago hasta que se me presentara una ocasión de escapar.

Everard le miró un momento con aire sombrío.

«Keith ha cambiado - pensó - no solo en edad; los años pasados entre aquella gente le han influido más de lo que él mismo cree.» Exclamó:

- Si hubieses alterado el futuro, habrías arriesgado la vida de Cynthia.

- Sí, sí; es verdad. Recuerdo que así lo pensé en aquella ocasión. Cuán lejana parece!

Dennison se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y contempló la verde pantalla que cubría la pérgola. Luego siguió hablando monótonamente:

- Harpago echó venablos. Por un momento, pensé que me iba a matar. Me hizo salir de su presencia y atar como un pedazo de carne mechada. Pero, como te dije, corrían ya rumores respecto a mí, rumores que no perdían nada con la repetición. Harpago vio en ellos una oportunidad, y me dio a elegir: o me aliaba con él o me cortaba la cabeza. ¿Qué podía yo hacer? Ni tan siquiera alterar nada, pronto vi que estaba desempeñando un papel que la Historia había ya escrito. Ya ves:

Harpago sobornó a un pastor para afirmar su cuento y me presentó como Ciro, hijo de Cambises.

Everard asintió sin sorpresa y preguntó:

- ¿Qué le iba a él en ello?

- Por lo pronto, necesitaba apoyar al gobierno de Media. Un rey del Anshan a quien él tuviera en sus manos tendría que ser leal a Astiages, y por ello, mantener a los persas en la obediencia. Yo me vi arrastrado por él, demasiado atónito para hacer más que seguir sus órdenes, esperando aún, de un minuto a otro, la aparición de una patrulla que me sacara del lío. El culto que a la verdad que tributan estos aristócratas iranianos nos ayudó mucho. Pocos sospecharon que perjuraba al decir que yo era Ciro, aunque imagino que al mismo Astiages le traerían sin cuidado estas sospechas. Además, puso en su sitio a Harpago, castigándole de un modo especialmente horrible por no haber cumplido sus órdenes respecto a Ciro - aunque este resultase útil ahora -. Y la doble ironía era que Harpago las había cumplido, era realidad, aunque dos décadas antes. En cuanto a mí,

durante cinco años, cada vez me sentía más y más disgustado de Astiages. Ahora, mirando hacia atrás, comprendo que no era él realmente un perro del infierno, sino solo un soberano oriental típico; pero esto es una cosa difícil de apreciar cuando se juzga al que nos oprime. Por eso Harpago, deseando vengarse, preparó una rebelión cuya jefatura me ofreció y yo la acepté - y Dennison sonrió equívocamente -. Después de todo, yo era Ciro el Grande y tenía un destino que desempeñar. Al principio tuvimos momentos difíciles. Los medos nos derrotaban una y otra vez, pero, ¿sabes, Manse?, yo disfrutaba con todo eso. Esta no era como esas malditas guerras del siglo XX: estar en una madriguera preguntándote si el cerco enemigo se levantará alguna vez. Sí, la guerra es harto miserable aquí, especialmente si solo eres un Juan Lanas, sobre todo cuando estalla la epidemia, como siempre ocurre. Pero cuando luchas, ¡vive Dios!, luchas con tus propias manos. Y yo siempre tuve aptitud para esa clase de cosas. Hemos luchado gallardamente.

Everard veía animarse más y más a Keith, que se sentó, erguido, y riendo, prosiguió:

- Como aquella vez que la caballería lidia nos sobrepasaba en número. Enviamos a nuestros camellos, con la impedimenta, en vanguardia; la infantería, detrás, y la caballería, a lo último. En cuanto los jacos de Creso olieron a camello, salieron de estampía. Creo que aún están corriendo. ¡Los atontamos!

Calló, miró un momento a los ojos de Everard, y se mordió los labios al decir:

- Lo siento. Me dejé llevar. De cuando en cuando, recuerdo que en nuestro mundo no fui un luchador. Después de una batalla, cuando veo los muertos esparcidos en torno mío y, lo que es aún peor, los heridos... Pero no pude evitarlo, Manse, he tenido que luchar. Primero fue la rebelión. Si Harpago no hubiese estado conmigo, ¿cuánto crees que habría durado yo? Y después, el mismo reino. Yo no pedí a los lidios ni a los bárbaros de Oriente que nos invadieran. ¿Has visto alguna vez una ciudad saqueada por los turanios, Manse? Entonces se trata de ellos o nosotros; y cuando *nosotros* conquistamos, no les encadenamos y conservan sus tierras, sus costumbres... ¡Por amor de Mithra! Manse, ¿podía yo obrar de otra forma?

Everard callaba, escuchando el rumor del jardín bajo la brisa. Por último, declaró:

- No. Comprendo, y espero que no te hayas sentido demasiado solitario.

- Me acostumbré a ello - repuso cuidadosamente Dennison -. Harpago es ya un gusto adquirido, pero interesante; Creso me resultó un camarada excelente; Kobad, el mago, tiene algunas ideas originales y es la única persona que se atreve a ganarme al ajedrez. Y, además, las fiestas, la caza, las mujeres.. - y mirando desafiador al otro -: Sí; ¿qué otra cosa querías que hiciera?

- Nada - contestó Everard -. Dieciséis años es mucho tiempo.

- Cassandane, mi mujer favorita, merece de veras cualquier cosa. Pero ¡Cynthia!... ¡Dios del cielo, Manse!.. - y Dennison se levantó y puso las manos en los hombros de Everard. Los dedos se cerraron con aplastante fuerza; que no en vano había manejado durante década y media el arco, el hacha y las bridas. El rey de Persia gritó con voz sonora:

- ¿Cómo piensas sacarme de aquí?

7

Everard se levantó también; anduvo hasta el límite del pavimento y miró a través de la piedra calada del muro, con los pulgares agarrados al cinturón y la cabeza baja. Al fin, repuso:

- No veo cómo.

Dennison se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra, y dijo:

- Lo temía. Cada año temía más que si la Patrulla me encontraba alguna vez... Pero ¡tú tienes que ayudarme!

- ¡Te digo que no puedo! - y la voz de Everard se quebraba. Sin volverse, siguió -: Piénsalo. Ya debías haberlo hecho. No eres un mísero jefecillo bárbaro, cuyo destino importara un bledo dentro de cien años: eres Ciro, el fundador del Imperio persa, una figura clave en un ambiente clave. Si Ciro se va, con él desaparecerá todo el futuro y no habrá habido siglo XX, ni Cynthia en él.

- ¿Estás seguro? - arguyó Keith a su espalda.

- Me enteré bien de los hechos antes de saltar aquí - respondió Everard con las mandíbulas apretadas -. ¡Deja de engañarte a ti mismo! Tenemos prejuicios contra los persas porque fueron alguna vez enemigos de los griegos, y ocurrió que obtuvimos de estos los rasgos más notables de nuestra cultura. Pero los persas son, por lo menos, tan importantes como ellos.

- Has visto que es así. Claro que son bastante brutales, según tus ideas; toda esta época lo fue, incluso los griegos. Y no son demócratas, pero no se les puede reprochar por no haber hecho una invención europea que cae enteramente fuera de sus horizontes mentales. Lo importante es esto:

Persia fue el primer país conquistador que hizo un esfuerzo para respetar y atraerse a los pueblos que dominaba; el primero que obedeció sus propias leyes; que pacificó el suficiente territorio para abrir contactos con el lejano Oriente; que creó una religión mundialmente viable (el mazdeísmo), no limitada a una cierta raza o localidad. Quizá no sepas que gran parte de la creencia y rito cristianos es de origen mitraico, pero así es. Eso sin hablar del judaísmo, que tú, Ciro, estás llamado a salvar, ¿recuerdas? Conquistarás Babilonia y permitirás a aquellos judíos que hayan conservado su identidad el regreso a la patria; sin ti, habrían sido absorbidos y hubieran desaparecido, como ya ocurrió con las otras diez tribus. Aun cuando ahora sea decadente, el Imperio persa será una matriz de la civilización. ¿De dónde procedieron la mayor parte de las conquistas alejandrinas, sino del territorio persa? Y habrá otros Estados que sucederán a Persia, el Ponto, la Parthia, la misma Persia de Firdusi, Omar y Hofiz, el Irán que hoy conocemos y el Irán del futuro, más allá del siglo XX.

Y Everard se volvió a Keith:

- Si los abandonas, me imagino que seguirán construyendo *ziggurats,* leyendo en las entrañas de los cadáveres y recorriendo los bosques de Europa, mientras América queda sin descubrir.. a tres mil años de este momento.

Dennison cedió.

- Sí - repuso -; ya lo pensé.

Paseó un momento con las manos a la espalda. Su oscura faz pareció envejecer por minutos.

- Trece años más - murmuró, casi para sí mismo -. Dentro de trece años moriré en una batalla contra los nómadas, no sé exactamente cómo. Por un camino o por otro, las circunstancias me obligarán a ello. ¿Y por qué no? Ya me han forzado a realizar, quieras o no, cuanto hice... Pese a todo lo que yo pueda enseñarle, sé que mi hijo Cambises resultará un incompetente y le tocará a Darío salvar el Imperio. ¡Dios! - y se cubrió el rostro con una de las mangas flotantes de su túnica.

- Perdóname - siguió -. Desprecio la autocompasión, pero no pude remediarlo.

Everard se sentó, evitando mirarle. Oyó el ronquido del aire en los pulmones de Dennison.

Por último, el rey sirvió vino en dos copas, se acercó a Everard en el banco y dijo en tono seco:

- Siento lo de antes. Ya me he recuperado. Y aún no me di por vencido.

- Puedo exponer tu problema al Cuartel general - dijo Everard con un dejo sarcástico. Dennison contestó en el mismo tono:

- Gracias, camarada. Recuerdo bastante bien su actitud. Prohibirán a todos el acceso a la época de Ciro, para que no me tienten, y me enviarán un lindo mensaje, en que se haga resaltar que soy el monarca absoluto de un pueblo civilizado; que tengo palacios, esclavos, viñedos, cocineros, servidumbre, concubinas y terrenos de caza a mi entera disposición en cantidades ilimitadas..., y siendo así, ¿de qué me quejo? No, Manse; esto tenemos que resolverlo entre tú y yo.

Everard apretó las manos hasta clavarse las uñas.

- Me estás atormentando, Keith - declaró.

- Solo te estoy pidiendo que pienses en el problema. Y lo harás, ¡qué diablo!

De nuevo los puños se cerraron hasta sentir las uñas en la carne al oír el imperioso mandato del conquistador de Oriente. «El antiguo Keith jamás habría usado ese tono», pensó Everard, casi colérico. Luego, siguiendo en sus meditaciones, se dijo:

«Si tú no vuelves a casa; a Cynthia le digo que nunca lo harás, capaz será de venir aquí. Una chica extranjera más en el harén del rey no afectará a la Historia. Pero si antes de verla informo en el Cuartel general que el problema es insoluble (como lo es), entonces prohibirán el acceso al reino de Ciro y ella no podrá reunírsete.»

- Yo también he pensado en ello - murmuró Dennison, más calmado -. Conozco las consecuencias igual que tú. Pero mira; puedo enseñarte la cueva donde quedó mi máquina durante aquellas horas. Tú volverías a esos momentos, y cuando yo apareciese me prevendrías.

- No - replicó Everard -. No puede ser eso, por dos razones. Primera, y poderosa: que está prohibido por nuestras reglas. Cabría hacer una excepción, en diferentes circunstancias, pero hay una segunda razón: eres Ciro. No van a suprimir completamente el futuro por complacer a un hombre.

«¿Y a una mujer? - siguió pensando -. ¿Lo haría yo? No estoy seguro. Creo que no. Sería más fácil que Cynthia ignorase los verdaderos hechos. Yo podría, usando mi autoridad de agente libre, mantener la verdad en secreto para los agentes inferiores, y solo decir a Cynthia que Keith había muerto irrevocablemente en circunstancias tales que nos obligaban a prohibir el acceso a esta época. Ella se afligiría cierto tiempo, pero es demasiado joven y sana para guardarle luto perpetuo. Desde luego, es una mala partida, pero... ¿sería más caballeroso a la larga dejar que viniese para permanecer en condición humillante y compartir a su Keith con lo menos media docena de princesas que se ve él obligado a desposar por razones políticas? ¿No resultaría preferible para ella una franca renuncia y una posibilidad de empezar nuevamente?»

- ¡Bien! - dijo Dennison, interrumpiendo las meditaciones -. Solo indiqué la idea para saber si era factible. Pero debe de haber otro camino. Mira, Manse: hace dieciséis años existió una situación de la que ha derivado todo lo que ha seguido, no por capricho, sino por la pura lógica de los hechos. Supongamos que yo no me hubiese dejado ver aquel día. ¿No podía Harpago haber encontrado otro supuesto Ciro? La identidad del rey no importa nada. Otro Ciro habría obrado de modo diferente al mío en mil detalles. Pero si no era tonto rematado o loco, y, por el contrario, fuera razonablemente capaz y honesto - concédeme al menos que yo lo sea -, entonces su carrera hubiera sido igual a la mía en todos los detalles importantes, los que llegan a reflejarse en los libros de Historia. Eso lo sabes tan bien como yo. Excepto en los puntos fundamentales, el tiempo siempre vuelve a su propia forma. Las pequeñas diferencias se borran con los días o los años. Solo puede restablecerse la huella de los momentos claves y su efecto se perpetúa en lugar de desvanecerse. ¡Tú lo sabes!

Permite que me asesore un tanto. Si descubrimos algo, volveré... esta misma noche.

- ¿Dónde está tu saltatiempos?

Everard hizo un vago ademán.

- Colinas arriba.

Dennison se mesó la barba.

- No vas a decirme más, ¿eh? Bueno; es prudente. No estoy seguro de poder contenerme si supiese donde hallar una máquina saltatiempos.

- ¡Yo no he dicho...! - Exclamó Everard.

- No importa. No discutamos por eso - y Dennison suspiró -. Ve; vuelve a la época y mira lo que se puede hacer. ¿Quieres una escolta?

- No. No la creo necesaria. ¿Y tú?

- Tampoco. Hemos dado a este espacio más seguridad que tiene el Central Park.

- Eso no es decir mucho - y Everard le tendió la mano -. Ahora devuélveme mi caballo. Me disgustaría perderlo, es un animal excelentemente adiestrado - Su mirada se encontró con la de Keith y añadió:

- Volveré. En persona. Sea cual fuere la decisión.

- Estoy seguro, Manse.

Salieron juntos, y juntos cumplieron las formalidades de informar a guardias y porteros. Dennison indicó la alcoba de palacio a cuya ventana - dijo - esperaría, noche tras noche, la realización de la cita. Y, por fin, Everard besó los pies al rey; cuando se separó, montó a caballo, y al trote corto salió lentamente del palacio.

Sentía vacío por dentro. En realidad, nada quedaba por hacer; pero había prometido regresar y comunicar la sentencia al soberano.

8

Mas tarde, aquel mismo día, estaba entre las colinas donde se alzaban los oscuros cedros; la carretera que hasta entonces había seguido, orillada por encrespados arroyos, se convirtió en una empinada vereda. Aunque árido, el Irán tenía en aquella época algunas selvas así. El caballo, fatigado, se abatió de cansancio, y Everard pensó en buscar alguna choza de pastor donde pedir alojamiento, para no dejarlo morir. Pero como había luna llena podía caminar hasta encontrar su saltador, antes del alba. Ni pensó en dormir. Sin embargo, una pradera de altas hierbas secas y maduras bayas le invitó a hacerlo. Tenía provisiones en las alforjas, vino en un odre y su estómago vacío desde el amanecer. Rió entre dientes, animó al caballo y se apeó.

Allá abajo, a lo lejos, en la carretera, algo relucía al sol naciente, entre una nube de polvo. Conforme lo observaba, aquello crecía. Eran varios jinetes acercándose con endiablada prisa. ¿Mensajeros del rey? Pero ¿por qué por allí? La inquietud sacudió sus nervios. Se puso la cofia fruncida, se ajustó el casco sobre ella, embrazó el escudo y probó si su corta espada salía bien de la vaina. Sin duda la partida le vitorearía a su paso... Pero...

Ahora pudo ver que eran ocho hombres, montados en buenos caballos y cuya retaguardia conducía una remonta. Sin embargo, las bestias iban casi jadeantes, el sudor trazaba surcos en sus polvorientos flancos y las crines se pegaban a sus cuellos. Debían de haber corrido a rienda suelta. Los jinetes iban decentemente vestidos, con los usuales pantalones blancos, camisa, botas, capa y sombrero de alta copa y sin alas; no eran cortesanos ni soldados profesionales, sino tal vez bandidos. Sus armas eran sables, arcos y hondas.

Súbitamente, Everard reconoció al hombre de la barba gris que iba a la cabeza. ¡Harpago! Y, entre una cegadora niebla, pudo ver también que, aun para ser antiguos iranianos, sus perseguidores eran gente de muy rudo aspecto.

- ¡Vaya! - dijo a media voz -. ¡Bribones!

Puso atención en ello. No era ocasión aquella para temer, sino para pensar. Harpago no tenía para subir a aquellas alturas más motivos que capturar al peregrino griego. Seguramente en el plazo de una hora, valiéndose de espías y de chismosos, Harpago había sabido que el rey habló al desconocido en una lengua extraña, que le trató como a

su igual y le permitió marchar hacia el Norte. Seguramente tardó el ciliarca más de una hora en forjar un pretexto para dejar el palacio, reunir a los rufianes adictos **y** salir a perseguirle. ¿Por qué? Porque Ciro había aparecido en aquellas tierras altas montando un aparato que Harpago codiciaba. No era tonto y nunca quedó satisfecho con la evasiva que oyera de labios de Keith. Parecía razonable que en alguna ocasión apareciera otro mago de la tierra de que procedía el rey, y esta vez Harpago no dejaría que la máquina aquella se le escapara tan fácilmente como la primera. Everard no esperó más. Solo distaban ya de él unos cien metros. Ya podía ver centellear los ojos del ciliarca bajo sus peludas cejas. Espoleó su caballo, haciéndole dejar el camino y lanzándolo a través del prado.

- ¡Alto! - aulló a su espalda una voz que él recordaba -. ¡Alto, griego!

Everard logró de su montura un cansado trote. Los cedros lanzaban amplias sombras en torno suyo.

- ¡Alto o disparamos! ¡Alto! Tirad, pero no lo matéis! ¡Derribad el caballo!

En la linde del bosque, Everard se deslizó de la silla al suelo. Oyó un colérico zumbido y unos veinte impactos. El caballo relinchó. Everard echó una ojeada en torno suyo, el pobre animal estaba tocado. ¡Vive Dios, que alguien pagaría por aquello! Pero, ahora, él era uno y ellos eran ocho. Se apresuró a meterse entre los árboles. Una flecha se clavó en un tronco, sobre su hombro izquierdo, y se enterró en la madera.

Corrió, agachado y en zigzag, y entró en una fría y olorosa penumbra. De cuando en cuando, una rama colgante le azotaba la cara. Podía haber utilizado más la maleza, empleando algunos trucos de los algonquinos pero, por lo menos, la suave tierra era silenciosa bajo sus pies. Los persas le habían perdido de vista. Casi por instinto habían tratado de cabalgar en la misma dirección. Chasquidos, crujidos y groseras interjecciones demostraban su acierto.

A pie le alcanzarían en un minuto. Se estrujó los sesos; percibió el débil rumor de una corriente de agua, y se dirigió a ella, trepando por una empinada cuesta sembrada de cantos, si bien pensé que sus perseguidores no eran inexpertas gentes de ciudad. Algunos de ellos eran, de seguro, montañeses, cuyos ojos podían leer las más oscuras señales de su paso. Había que cortar la pista; entonces podría ocultarse hasta que Harpago se fuera, reclamado por sus obligaciones en la corte.

Sintió enronquecérsele la respiración en la garganta. Tras de él sonaban voces en cuyos tonos pudo advertir la decisión, aunque no comprendía lo que decían. Y su sangre parecía latir en sus oídos...

Si Harpago había disparado contra el huésped del rey era porque en sus cálculos entraba que este no lo supiera nunca. Su propósito era capturarle, martirizarle hasta que revelase dónde dejó la máquina y cómo manejarla, y, por último, otorgarle una merced de acero.

« ¡Judas! - se dijo a sí mismo Everard -. He estropeado esta operación hasta convertirla en compendio de lo que no debe hacer un patrullero. Y lo primero que ha de hacer es no pensar tanto en cierta chica (que no le pertenece) como para descuidar las precauciones más elementales»

Había llegado al borde de la alta y húmeda orilla de un arroyo, que corría a sus pies valle abajo. Sus perseguidores le habían visto de lejos, pero sería un puro azar descubrir en el agua su ruta, que..., ¿cuál sería? Notaba el barro resbaladizo **y** frío cuando se arrastró por él. Mejor sería ir corriente arriba, pues así, además de acercarse a su aparato, haría creer a Harpago que trataba de volver hacia el rey.

Las piedras le lastimaban los pies y el agua los entumecía. Los altos árboles formaban un muro en la otra orilla y el cielo parecía una franja de techo azul que se oscurecía en ciertos momentos. Allá en lo alto se cernía un águila. El aire era cada vez más frío. Pero él tenía alguna suerte; el arroyo se retorcía como una culebra delirante, por lo que pronto habría borrado su pista.

«Marchará cosa de un kilómetro - pensó -, y quizá encuentre una rama colgante a que agarrarme para no dejar señal de mi paso en la orilla. Luego recogerá el saltador, subirá y pedirá ayuda a mis jefes. Sé perfectamente que no me la darán. ¿Por qué no sacrificar a un hombre para asegurar su propia existencia y todo cuanto les importa? Por tanto, Keith quedará preso aquí, con trece años por delante hasta que lo maten los bárbaros. Pero Cynthia aún será joven dentro de trece años, y tras tan larga pesadilla de destierro y sabiendo de antemano la hora en que su marido ha de morir, se sentirá aislada, extraña en una era prohibida, sola en la atemorizada corte del loco Cambises II. No; he de ocultarle la verdad; retenerla en casa creyendo muerto a Keith. El mismo aprobaría esto. Y dentro de un año o dos volverá a ser feliz. Yo podría enseñarle a serlo.»

Se había detenido, observando cómo se desmoronaban las rocas a su paso, cómo su cuerpo se encorvaba y erguía alternativamente, cuán ruidosa era el agua. Luego llegó a un recodo y vio a los persas.

Dos de ellos vadeaban río abajo. Evidentemente, la captura significaba para ellos algo lo bastante importante para sobreponerse a sus creencias religiosas, que les vedaban profanar un río. Otros dos andaban por la orilla opuesta, ocultándose entre los árboles; uno era Harpago. Sus largas espadas silbaban en sus manos.

- ¡Alto! - clamaba el ciliarca -. ¡Alto, griego! ¡Ríndete!

Everard permaneció quieto y callado, como un muerto. El agua bañaba sus tobillos. La pareja que se echó al río para enfrentársele parecía irreal, como metida en un pozo de sombras, con las oscuras caras como borrones; de forma que él solo veía las blancas vestiduras y el brillo de los sables.

Le dio un golpe el corazón; los perseguidores habían visto su huella en el arroyo. Se separaron, uno en cada dirección, corriendo, más rápidos sobre tierra firme que él podía hacerlo en el río.

Habiendo llegado más allá de su posible alcance, empezaron a retroceder más despacio, sin apartarse de la orilla, pero seguros de alcanzarle.

- ¡Cogedle vivo! - repitió Harpago -. ¡Si es preciso, rompedle las piernas, pero cogedle vivo!

- ¡Muy bien, avutarda, tú te lo has buscado! - exclamó Everard en inglés.

Los dos hombres que estaban en el agua echaron a correr, aullando. Uno de ellos tropezó y cayó de boca. El otro se dejó deslizar por la rampa que tenía a su espalda.

El barro era resbaladizo. Everard clavó allí el borde inferior de su escudo y se sujetó a este. Harpago se aproximaba con frialdad. Cuando lo tuvo a su alcance, la espada del viejo noble zumbó, golpeando de arriba abajo. Everard hurtó la cabeza y recibió el golpe en el casco, que retumbó. El filo del arma resbaló unos centímetros por el borde del escudo y le hirió levemente el hombro derecho. Sintió solo un arañazo, que desdeñó, porque le absorbía entonces la idea de vender cara su vida.

Se movió entre la hierba, alzando el borde del escudo para protegerse los ojos. Harpago se lanzó contra sus rodillas. Everard lo rechazó con su corta espada. El arma del medo silbó. A poca distancia, un asiático ligeramente armado no tenía probabilidad contra el hoplita, como la Historia iba a probarlo dentro de dos generaciones.

«¡Vive Dios! - pensó Everard -. Solo con que tuviese coraza y grebas podría apoderarme de los cuatro.»

Usó con habilidad su gran escudo, parando con él todo golpe y amago y procurando quedar cada vez más cerca del indefenso vientre de Harpago, como a cubierto de su larga espada. El ciliarca reía sardónicamente entre sus grises patillas y brincaba fuera del alcance de Everard. Cuestión de ganar tiempo, desde luego. Y le salió bien.

Los otros tres hombres treparon a la orilla y gritando corrieron hacia ellos. Fue aquel un ataque desordenado. Soberbios luchadores, individualmente, los persas desconocían la táctica del ataque en masas disciplinadas - que les destrozaría en Maratón y Gaugamela. Pero la lucha de cuatro contra uno, y este sin armadura, era insostenible. Everard se

resguardó la espalda contra el tronco de un árbol. El primero de sus atacantes se le acercó imprudentemente y su espada chocó en el escudo del griego. La de este alcanzó al otro por encima del oblongo bronce, hallando solo una suave y pesada resistencia que le causó a Everard una sensación ya bien conocida. Retiró su arma y se hizo a un lado rápidamente. El persa cayó al suelo, desangrándose; Everard lo miró, y al verlo exánime levantó los ojos al cielo.

Los persas rodearon al griego por ambos lados; las ramas colgantes les imposibilitaban el uso de los lazos; tenían que combatir. El patrullero empujó con su escudo al adversario que se hallaba a la izquierda, lo que significaba exponer el costado derecho; pero como sus enemigos tenían orden de cogerle vivo, podía arriesgarse. El de la derecha le tiró un tajo a los tobillos. Saltó él en el aire y el arma silbó bajo sus pies. El atacante de la izquierda le amagó bajo. Everard sintió un sordo choque y el acero mordió en su pantorrilla, pero se libró de él. Un rayo de sol cayó sobre la sangre, haciendo resaltar su rojo brillante. Everard sintió que la pierna se le doblaba.

- ¡Así, así! - aplaudió Harpago -. ¡Hacedle pedazos!

Everard gruñó tras de su escudo.

- ¡Una tarea que el chacal de vuestro jefe no tiene el valor de hacer por sí mismo, después que le he hecho morder el polvo!

Aquello era una argucia. El ataque contra él cesó un momento.

Tambaleándose, avanzó:

- Sí; vosotros, persas, sois los canes de un medo. ¿No pudisteis escoger otro que fuera más hombre que esa criatura, que traicionó a su rey y ahora os lanza contra un solo griego?

Aun en aquella lejana comarca y remota época, un oriental no podía quedar humillado de semejante modo. Harpago no había sido nunca cobarde. Everard sabía cuán injustos eran sus ataques. El ciliarca escupió una maldición y se lanzó contra él. Everard tuvo la momentánea visión de unos salvajes ojos hundidos en una faz aquilina. El medo avanzó con sordo e inseguro paso. Los dos persas vacilaron un segundo, lo que bastó para que chocaran Everard y Harpago. El sable de este se alzó y volvió a chocar con el casco de su enemigo; hendió el escudo y trató de herir la otra pierna. Una túnica suelta y blanca ondeó a los ojos de Everard, que inclinó los hombros y clavó la espada en su adversario. Luego la retiró con aquel giro, profesional y cruel, que hace mortales las heridas, y se volvió a tiempo de parar un golpe con su escudo. Por un instante, él y el persa compitieron en furia. De reojo vio que el otro adversario daba vueltas a su alrededor para cogerle por la espalda.

«Bueno - pensó de un modo vago - he matado al hombre peligroso para Cynthia.»

- ¡Teneos! ¡Alto!

La voz era una débil vibración en el aire, menos sonora que las corrientes de la montaña. Pero los guerreros retrocedieron y bajaron las espadas.

Harpago luchaba por incorporarse en el charco de su propia sangre. Su piel aparecía gris.

- ¡No, teneos! ¡Esperad! Hay un designio aquí. Mithra no me habría fulminado a menos que...

Hizo a sus enemigos una señal con la cabeza. Everard bajó la espada, avanzó cojeando y se arrodilló junto a Harpago, el cual se dejó caer en sus brazos.

- Tú eres compatriota del rey - dijo con voz ronca que salía de sus sangrientos labios -. No me lo niegues. Pero sábelo... Harpago, hijo de Khshavavarsha, no es un traidor.

El delgado cuerpo se irguió, imperioso, como ordenando a la muerte que esperara.

- Yo sabia la existencia de fuerzas celestes... o infernales... (no lo sé bien aún), que favorecían la llegada del rey. Las empleé, y también a este, no en mi provecho, sino en beneficio de la lealtad jurada a mi propio soberano, Astiages, el cual necesitaba un Ciro, a menos de consentir que el reino se despedazara. Después, por su crueldad, Astiages

perdió el derecho a mi juramento. Pero yo aún era un medo. Vi en Ciro la única esperanza, la mejor esperanza del país de Media, porque ha sido un buen rey para nosotros también, honrándonos en sus dominios casi igual que a los persas. ¿Lo comprendes, paisano del rey?

Unos sombríos ojos buscaron a Everard con vaga mirada.

- Yo quería capturarte, coger tu aparato, aprender su uso y luego matarte, sí; pero no por mi bien, sino por el del reino. Temía que te llevaras al rey a vuestra patria, adonde sé que él anhela ir. Y entonces, ¿qué sería de nosotros? Sé piadoso, puesto que tú también has de esperar merced.

- Lo seré - prometió Everard -; el rey se quedará.

- Está bien - suspiró Harpago -. Creo que dices verdad. No me atrevo a pensar de otro modo. Así, pues, ¿me he redimido - preguntó ansioso - del asesinato que cometí por orden de mi rey, dejando en la montaña a un niño indefenso y viéndole morir? ¿Me he redimido, paisano del rey? Porque fue la muerte de aquel príncipe lo que casi nos llevó a la ruina... pero encontré otro Ciro, y nos salvamos. ¿Me he redimido?

- Te has redimido - contestó Everard, preguntándose hasta qué punto podía él absolver. Harpago cerró los ojos.

- Entonces, déjame - dijo como el débil eco de una orden.

Everard le dejó en tierra y se hizo atrás cojeando. Los dos persas se arrodillaron junto a su jefe, realizando ciertos ritos. El tercer hombre volvió a su contemplación. Everard se sentó bajo un árbol, desgarró una tira de la capa y vendó sus heridas. La de la pierna necesitaría cuidados. Tenía que encontrar su saltatiempos. No sería divertido, pero ya se lo arreglaría, y pronto un médico de la Patrulla podría curarle en pocas horas con una ciencia médica ignorada en su época de origen.

Se dirigiría a cualquier oficina sucursal, de ambiente oscuro, porque en la del siglo XX le harían demasiadas preguntas a las que no podría contestar, pues si los superiores averiguaban sus propósitos, se los prohibirían, casi de seguro.

La solución se le había ocurrido, no como un cegador relámpago, sino como la fatigada conciencia de un conocimiento que, de fijo, estaba ya en su subconsciente hacía tiempo. Se echó hacia atrás conteniendo la respiración. Los otros cuatro persas llegaron y se les contó lo acaecido. Ninguno hizo caso a Everard, salvo en ocasionales miradas, en que luchaban el terror y la dignidad, e hicieron furtivos signos contra el mal. Levantaron a su difunto jefe, así como a los que le habían acompañado en la muerte, y los transportaron a la selva. Cerró la noche. Se oía el graznido de un búho.

9

El Gran Rey se sentó en la cama. Había escuchado un ruido tras las cortinas. Cassandane, la reina, se estremeció entre sueños. Una delgada mano le había rozado la cara. Pregunto:

- ¿Qué pasa, sol de mi cielo?

- No sé - contestó él.

Su mano buscó el arma que siempre ponía bajo la almohada.

La mano de ella se le posó a él en el pecho y murmuré, súbitamente alarmada:

- No, es mucho. Tu corazón bate como un tambor de guerra.

- Quédate ahí - le ordenó él, saltando del lecho. La luz de la luna resplandecía sobre un cielo de púrpura intenso, visible a través de la ventana, rasgada hasta el suelo. Lanzó una confusa mirada a un espejo de bronce pulido, sintiendo el frío aire sobre la piel desnuda.

Un objeto metálico y oscuro, cuyo ocupante agarraba dos manivelas y, ocasionalmente, oprimía los diminutos controles de un cuadro de mandos, se deslizó por la ventana como

una sombra. Aterrizó en la alfombra sin un sonido, y su ocupante salió de él. Era un hombre corpulento, que vestía una túnica griega y un casco.

- ¡Manse! ¿Has vuelto?

- ¡Habla más alto! - le reprendió Everard, sarcástico -. ¿Crees que nadie puede oírnos? Espero que no se fijasen en mí. Me posé directamente en el tejado y me dejé deslizar suavemente por antigravitación.

- Hay guardias junto a la puerta - explicó Dennison -, pero no entrarán mientras yo no grite o toque este batintín.

- Bueno. Vístete.

Dennison soltó su espada y quedó inmóvil un instante. Luego preguntó:

- ¿Has encontrado salida?

- Quizá, quizá.

Everard apartó su mirada de Keith y sus dedos tabalearon sobre el cuadro de mandos de la máquina. Por fin dijo:

- Mira, Keith. Tengo una idea que puede resultar o no. Necesitaré tu ayuda para ponerla en práctica. Si resulta, puedes volver a casa. La oficina central de la Patrulla aceptará el hecho consumado y pasará por alto el quebrantamiento de algunas normas. Pero si falla, tendrás que volver a esta misma noche y seguir siendo Ciro toda tu vida. ¿Podrás hacerlo?

Dennison tembló de algo más que de frío. Respondió muy bajo:

- Creo que sí.

- Soy más fuerte que tú - explicó Everard rudamente -, y solo yo llevaré armas. Te volveré aquí por la fuerza. ¿Me obligarás a hacerlo? No; por favor.

- No lo haré - afirmó Dennison con un gran suspiro.

- Entonces, esperemos que las normas nos ayuden. Vamos, vístete. Te explicaré mi plan mientras viajamos. Di adiós a este año y confía en que no haya de ser «Hasta luego», porque si mi plan resulta, ni tú, ni yo, ni nadie volverá a verlo jamás.

Dennison, que se dirigía hacia un montón de ropas arrinconadas, para que un esclavo las retirase por la mañana, se detuvo y preguntó:

- ¿Qué?

- Vamos a volver a escribir la Historia - explicó Everard -. O quizá a restaurarla tal como habría sido antes. No lo sé. Ven; salta a bordo.

- Pero...

- ¡Rápido, hombre, rápido! Comprende que retrocedo al mismo día en que nos separamos, que en este momento me estoy arrastrando por las montañas con una pierna herida, con objeto de ayudarte. ¡Vamos, muévete!

La decisión se pintó en los ojos de Dennison. Sus facciones no eran visibles en la oscuridad, pero se le ovó decir, muy bajo y claro:

- Tengo que dar un adiós personalísimo.

- ¿A quién?

- A Cassandane. Ha sido mi mujer aquí durante, ¡Dios mío!, catorce años, me ha dado tres hijos, me ha cuidado durante dos enfermedades y en un montón de accesos de desesperación, y una vez, con los medos a nuestras puertas, sacó a las mujeres de Pasargadae en nuestro apoyo, ¡y los vencimos! Dame cinco minutos, Manse.

- ¡Conforme, conforme! Aunque temo que se tarde más en enviar a un eunuco a un cuarto y...

- Está aquí.

Everard quedó un momento como fulminado, pensando:

«Me esperabas esta noche y creías que podría llevarte junto a Cynthia. ¡Y ahora piensas en Cassandane!»

Y luego, cuando las yemas de sus dedos empezaron a lastimarse por lo fuertemente que asía el puño de su espada, rectificó.

«¡Oh, cállate, Everard! No seas tan moralista.» Ya volvía Dennison. Sin decir palabra, se vistió y trepó al asiento trasero del vehículo. Everard arrancó; instantáneamente, la habitación se desvaneció a sus ojos, y la luz de la luna les inundó ya sobre las lejanas colinas. Una ráfaga de aire frío los envolvía.

- ¡Y ahora, a Ecbatana!

- Everard encendió el proyector y ajustó los mandos según los rumbos marcados en su mapa.

Dennison preguntó:

- Ec... ¡Ah!, ¿quieres decir Hagmatan, la antigua capital de la Media?

En su voz se advertía el asombro.

- Pero ¡si aquel palacio es sólo una residencia de verano ahora!

- Me refiero a la Ecbatana de hace treinta y seis años.

- ¡Eh!

- Mira; todos los historiadores científicos estarán, en lo futuro, convencidos de que la historia de Ciro, tal como la relatan Herodoto y los persas, es pura fábula. Bien; quizá estén completamente en lo cierto. Quizá tus experiencias en el espacio-tiempo solo hayan sido ligeras desviaciones de aquellas que la Patrulla trata de corregir.

- Comprendo.. - contestó Dennison lentamente.

- Tú has estado bastantes veces en la corte de Astiages, mientras fuiste su vasallo, supongo. Muy bien; guiame. Buscamos al viejo mamarracho, con preferencia solo y de noche.

- Dieciséis años es mucho tiempo - dijo Keith.

- ¿Cómo?

- Si vas, de todos modos, a cambiar el curso de la Historia, ¿por qué utilizarme ahora? Ven a buscarme siendo Ciro el Grande un año, lo bastante para que me sea familiar Ecbatana, pero...

- Lo siento; no. No me atrevo. Así y todo, nos ceñimos demasiado al viento, tal como vamos. Dios sabe a qué secundario recoveco de la historia universal puede afectarle esto. Aunque nos saliera bien lo que tú dices, la Patrulla nos enviaría desterrados a otro planeta por correr tal riesgo.

- Bien; comprendo.

- Y tú - prosiguió Everard - no eres tampoco un tipo suicida. ¿Desearías que tu yo actual no hubiera existido nunca? Piensa un minuto en lo que eso significa.

Accionó sus mandos. Keith se estremeció al exclamar:

- ¡Mithra! ¡Tienes razón! ¡No hablemos más de ello!

- Ya llegamos - afirmó Everard, girando el conmutador principal.

Se hallaban sobre una ciudad amurallada, de extraña disposición. Aunque alumbrada por la luna, la ciudad era a sus ojos un negro montón de edificaciones. Everard buscó en las bolsas. Dijo:

- Aquí están. Ponte éstas ropas. Me las dieron los muchachos de la oficina del Medio Mohenjodaro al conocer mi intento. Su situación es tal que necesitan a menudo este tipo de disfraces.

El aire silbaba apagadamente cuando pusieron proa a tierra.

Dennison pasó una mano sobre los hombros de Everard y señaló:

- Aquello es el palacio. El dormitorio regio está en el ala este.

El edificio era más pesado y menos esbelto que el suyo en Pasargadae. Everard contempló un par de blancos toros alados, en un jardín otoñal, del tiempo de los asirios. Al ver que las ventanas que tenía delante eran harto estrechas para entrar por ellas, lanzó un juramento y se dirigió a la puerta más próxima. Un par de centinelas a caballo vieron lo que se les venía encima y dieron un grito. Las bestias se encabritaron y los jinetes cayeron. La máquina de Everard enfiló la puerta. Un nuevo milagro no iba a modificar la Historia, especialmente porque entonces se creía en ellos tan firmemente como hoy se

cree en las píldoras de vitaminas, y, posiblemente, con más razón. Unas lámparas guiaron su paso por un corredor, donde esclavos y guardias chillaron aterrados. A la puerta del regio dormitorio sacó la espada y llamó con el pomo.

- Empieza a hablar, Keith - ordenó -. Tú conoces la versión meda del ario.

- Abre, Astiages - rugió Dennison -. Abre al mensajero de Ahuramazda.

Con cierta sorpresa por parte de Everard, el hombre que estaba dentro obedeció. Astiages era tan valeroso como la mayoría de su pueblo. Pero cuando el rey (de cara gruesa y tosca, como de persona de mediana edad) vio a dos seres vistosamente vestidos, con halos en torno a sus cabezas y alas luminosas, sentados en un trono de hierro que flotaba en el aire, cayó de rodillas.

Everard oyó a Keith tronar en el mejor estilo castrense, usando un dialecto que no pudo seguir, diciendo:

- ¡Oh vasallo inicuo; la cólera del cielo está sobre ti! ¿Crees que tu menor pensamiento, aunque se oculte en la oscuridad que lo engendró, está siempre oculto al Ojo del Día? ¿Piensas que el omnipotente Ahuramazda permitirá un hecho tan vil como el que meditas?...

Everard no escuchaba, absorto en sus propios pensamientos. Harpago estaba, probablemente, en esta misma ciudad, aún no manchado por la culpa y lleno de juventud. Ahora no sufriría jamás el peso de tal crimen; jamás abandonaría a un niño en la montaña ni se apoyaría en su lanza mientras el niño lloraba y temblaba, para acabar inmóvil. Ahora se rebelaría por su propia cuenta, sería el ciliarca de Ciro, pero no moriría en brazos de su enemigo en una selva encantada; y cierto persa, cuyo nombre ignoraba Everard, no caería bajo la espada de un griego ni entraría lentamente en el no ser.

«Aún está impresa en mis células cerebrales la memoria de los dos hombres que maté; hay una cicatriz en mi pierna; Keith Dennison tiene todavía cuarenta y siete años y ha aprendido a pensar como rey.»

- Sabe, Astiages - proseguía Keith - que ese niño, Ciro, es el favorito del cielo. Y el cielo es misericordioso; estás advertido de que si manchas tu alma con su inocente sangre, tu pecado jamás se borrará. ¡Deja que Ciro crezca en el Anshan, o andarás eternamente con Ahriman. ¡Mithra ha hablado!

Astiages se arrastraba con la cara pegada al suelo.

- ¡Vámonos! - concluyó Dennison en inglés.

Everard saltó a las colinas persas en dirección a un futuro treinta y seis años posterior. La luz de la luna caía sobre los cedros, cerca de una carretera y de una corriente de agua. Hacía frío y aullaba un lobo.

Hizo aterrizar al vehículo, saltó de él y empezó a despojarse de sus vestidos. La barbuda faz de Dennison salió de la máscara con gesto de extrañeza.

- Me pregunto.. .- dijo, y su voz casi se perdía en el silencio de la montaña - si no habremos puesto demasiado terror en el alma de Astíages. La Historia dice que, cuando la rebelión persa, él hizo la guerra a Ciro durante tres años.

- Siempre podemos llegar al principio de las hostilidades y darle una visión que le infunda confianza - arguyó Everard tratando de ser realista -. Pero no creo que sea necesario. Apartará sus manos del príncipe; pero cuando un vasallo se rebela, ¡bueno!, será... bastante loco para despreciar lo que entonces parecerá solo un sueño. Además, los intereses de los propios nobles medos, arraigados allí, apenas le permitirían ceder. Pero dejemos eso... ¿No tiene el rey que presidir una procesión en las fiestas del equinoccio de otoño?

- Sí. Vamos de prisa.

- La luz del sol brillaba ardiente sobre Pasargadae. Dejaron su vehículo oculto y anduvieron a pie, como dos viajeros entre muchos que formaban una corriente, celebrando el cumpleaños de Mithra. Por el camino preguntaron qué había ocurrido,

pretextando una ausencia de varios años. Las respuestas les satisficieron, concordando con detalles que la memoria de Dennison recordaba, pero que la Historia no ha recogido.

Al fin se detuvieron, bajo un helado cielo azul, rodeados de miles de personas, e hicieron acatamiento a Ciro el Grande cuando pasó a su altura cabalgando entre sus cortesanos Kobad, Creso y Harpago, y seguido del orgullo y la pompa de Persia.

- Es más joven que yo murmuró Dennison -. Ya sospeché que lo sería. Y un poco más bajo... Una cara enteramente distinta, ¿no? Pero servirá.

- ¿Quieres quedarte a la fiesta? - propuso Everard.

- No - respondió Dennison, arrebujándose en la capa, pues el aire era frío y crudo -. Regresemos. Ha pasado mucho tiempo. Como si nunca hubiera sucedido.

- ¡Eso! - pero Everard parecía más sombrío de lo que correspondía a un rescatador.

«Como si nunca hubiera sucedido...»

10

Keith Dennison salió del ascensor de un edificio neoyorquino. Estaba vagamente sorprendido de no haber recordado el aspecto. Ni siquiera hacía memoria del número correspondiente al cuarto, y tuvo que consultar su agenda. Detalles, detalles... Trataba de dominar su temblor.

Cynthia en persona abrió la puerta al acercarse él.

- ¡Keith! - exclamó, casi interrogando.

El no pudo decir sino esto:

- Ya te advirtió Manse que volvería, ¿no? Me dijo que iba a hacerlo.

- Sí. No importa. No creía que tu aspecto pudiese haber cambiado tanto. Pero no importa. ¡Oh, amor mío!

Le hizo pasar, cerró la puerta y cayó en sus brazos.

El miró en torno suyo. Había olvidado el estilo recargado del cuarto. Aunque nunca coincidió con el gusto de su esposa, se había rendido a él.

El hábito de ceder a una mujer, e incluso el de pedirle opinión, era cosa que tenía que reaprender. Y no sería fácil.

Ella levantó su húmeda faz al encuentro del beso. ¿Era *aquella* como él la imaginaba? No podía recordar, no podía. En todo el tiempo de su separación solo había recordado que era pequeña y rubia. Había vivido con ella pocos meses. Cassandane le había llamado aquella misma mañana su estrella matutina, le había dado tres hijos y había hecho siempre cuanto él quiso durante catorce años.

- ¡Oh, Keith! ¡Bien venido a casa! - dijo la voz aguda y breve de ella.

«¡A casa! - pensó él -. ¡Dios!»

EL UNICO JUEGO ENTRE LOS HOMBRES

1

JOHN SANDOVAL no concordaba con su nombre. Ni parecía razonable que estuviera en pantalón de pijama y camisa de colorines asomado a la abierta ventana de un cuarto en el corazón del Manhattan del siglo XX. Everard ya estaba acostumbrado a los anacronismos, pero la oscura y aquilina faz que tenía delante parecía requerir pintura de guerra, un caballo y un fusil que apuntara contra un ladrón rostro pálido.

- Bien - dijo Everard -. Los chinos descubrieron América. Interesante; pero ¿por qué tal hecho precisa de mis servicios?

- ¡Diablos!, también quisiera yo saberlo - respondió Sandoval.

Su acusada silueta se movió sobre la alfombra de piel de oso polar (regalada antaño por Bjarni Herjufsson a Everard) mientras miraba hacia fuera. Agudas torres se perfilaban sobre un claro cielo; el ruido del tráfico se desvanecía por la altura. Sus manos, a la espalda, se juntaban y se separaban.

- Se me ordenó cooperar con un agente libre, volver con él y tomar cuantas medidas parecieran oportunas prosiguió Sandoval tras una pausa -. A quien mejor conozco es a ti, y por eso...

- Pero ¿no sería mejor un indio como tú? Yo estaré desplazado en la América del siglo XIII.

- Tanto mejor. Eso hará el trabajo impresionante, emocionante, misterioso..., y realmente la tarea no será demasiado ardua.

- Cualquier tarea lo es ahora.

Sacó pipa y tabaco de un maltratado batín y llenó aquella con rápidos y nerviosos movimientos.

Una de las más duras lecciones que había tenido que aprender al alistarse en la Patrulla era esta: que una tarea importante no requiere una vasta organización. Estas eran características desde las cercanías del siglo XX, pero las culturas anteriores - la helénica, ateniense, kamakura, japonesa y otras posteriores a estas, acá y allá en la Historia - se habían concentrado en el desarrollo de las excelencias individuales. Un solo graduado en la Academia de la Patrulla (provisto, naturalmente, de las herramientas y armas del futuro) podía equivaler a una brigada. Esto era cuestión de necesidad, como también de estética. Había poca gente para vigilar sobre demasiados milenios.

- Tengo la impresión - exclamó Everard lentamente - de que esta no es una simple rectificación de una interferencia extratemporal.

- ¡Exacto! - repuso Sandoval con voz seca -. Cuando informé del estado en que había visto al Yuan, la correspondiente oficina hizo una investigación a fondo. No existían viajeros del tiempo mezclados en esto. Kublai Khan lo discurrió todo, enteramente, por si mismo. Pudo inspirarse en los relatos venecianos de Marco Polo o en las narraciones árabes de viajes por mar; pero era Historia legítima, aunque el libro de Marco Polo no mencione nada por el estilo.

- Los chinos tienen una tradición náutica propia - comentó Everard -. ¡Oh, es muy natural! Pero ¿cómo llegaremos a ello?

Y chupó con fuerza la pipa. Sandoval callaba, por lo que Everard insistió:

- ¿Cómo descubriste esa expedición? ¿Fue en territorio navajo?

- ¡Diantre! No me limité a estudiar mi propia tribu - respondió Sandoval -. Escasean los amerindios en la Patrulla y tiene sus inconvenientes disfrazar así a los que no lo son. Generalmente he estado trabajando sobre las migraciones athabaskas.

Sandoval, como Keith Dennison, era un etnólogo especialista que investigaba la historia de aquellos pueblos que nunca la escribieron, para que la Patrulla pudiera saber exactamente qué sucesos había de salvaguardar.

Sandoval prosiguió:

- Estaba trabajando en la vertiente oriental de las cascadas, cerca del lago Cráter, que es el territorio de los lutuami, porque tenía motivos para creer que una tribu athabaska, extraviada, cuya pista había yo perdido, debía de haber pasado por allí. Los indígenas hablaban de unos misteriosos extranjeros, procedentes del Norte. Fui a echar una mirada y en efecto, allí estaba la expedición: mongoles a caballo. Comprobé su ruta precedente, y encontré su anterior campamento en la desembocadura del río Chehalis, donde algunos mongoles más ayudaban a los marineros chinos a vigilar los barcos. Salté atrás tiempo arriba, como un murciélago, fuera de Los Angeles, e informe.

Everard se sentó y contempló a John.

- ¿Fue muy completa la investigación entre los chinos? ¿Estás absolutamente seguro de que no hay interferencia extratemporal? Podría tratarse de uno de esos errores que se recuerdan durante décadas.

- Ya lo pensé también - asintió Sandoval -. Incluso me fui directamente a la oficina del Cuartel general de aquel ambiente, en Khasa Baligh (es decir, Cambaluc o Pekín). Me dijeron que, para aclararlo, comprobarían la vida de Gengis Khan, y especialmente hasta la Indonesia. Y todo estuvo perfectamente de acuerdo; tan de acuerdo como los escandinavos y su Vinland. Sencillamente, había sucedido que ambos hechos no tuvieron la misma publicidad. Por lo que sabía la corte china, se había enviado una expedición que nunca regresó, y Kublai pensaba que no valía la pena de enviar otra. El informe sobre ello estaba en los archivos imperiales, pero fue destruido durante la revolución Ming, que expulsó a los mongoles, y la historiografía olvidó el incidente.

Everard caviló. Normalmente le gustaba su trabajo, pero en aquella ocasión este tenía algo de anormal.

- Evidentemente - expuso al fin -, la expedición sufrió un desastre, y nos gustaría saber cuál. Pero ¿para qué necesitas un agente libre?

Sandoval se volvió hacia la ventana. Por la mente de Everard cruzó de nuevo, fugaz, la idea de lo poco que el navajo pertenecía a aquel ambiente. Nacido en 1930, había luchado en Corea, y, tras una preparación, perteneció a los G.I., después de lo cual ingresó en la Patrulla; pero, en cierto aspecto, jamás se adaptaría al siglo XX.

«Bien - siguió pensando -. Pero ¿nos adaptamos los demás? ¿Puede un hombre de verdadero arraigo vivir tranquilo sabiendo lo que, a fin de cuentas, ha de suceder a los suyos?»

- Pero... ¡es que no me suponen espía! - Exclamó Sandoval -. Cuando yo informé, las órdenes que me dieron procedían del Cuartel general daneliano. Ninguna explicación ni excusa. La orden escueta era esta: arreglar aquel desastre. ¡Revisar la Historia por mí mismo!

2

Año del Señor de 1280.

La orden de Kublai Khan corrió de Norte a Sur y de Este a Oeste; soñaba con el imperio del mundo y su corte honraba a todo aquel que le trajera noticias recientes o nuevas filosofías. Un joven mercader veneciano, llamado Marco Polo, era su favorito preferido. Pero no todos los pueblos deseaban la dominación mongola. Sociedades secretas revolucionarias germinaban en todos sus dominios, se asociaban unas con otras, como en el Catay. Japón, gobernado por la familia Hojo, poderosa y capacitada, unida al trono, había rechazado ya una invasión. Los mongoles tampoco estaban unidos, sino

teóricamente. Los zares rusos se habían convertido en recaudadores de contribuciones a favor de la Horda de Oro; el khan Abaka II residía en Bagdad.

En otros países, una sombra de califato abasida buscó refugio en El Cairo; Delhi estaba bajo la dinastía eslava; Nicolás III era pope; los guelfos y gibelinos se destrozaban en Italia; Rodolfo de Habsburgo era emperador de Alemania; Felipe el *Atrevido,* rey de Francia; Edward Longshanks regía Inglaterra. Famosos contemporáneos eran Dante Alighieri, Juan Duns Scoto, Rogerio Bacon y Tomás el *Rimador.*

Y en Norteamérica, Manse Everard y Juan Sandoval refrenaban sus caballos para reposar al pie de una colina.

- Los vi por primera vez la semana pasada..., explicó el navajo -. Desde entonces han venido por todos los caminos. A este paso estarán en Méjico dentro de dos meses, aun contando con que atraviesen algunas comarcas montañosas.

- Según las normas mongolas - le contestó Everard -, proceden con harta lentitud.

Alzó sus gemelos. En torno suyo, los campos resplandecían de verdor. Era abril. Aun las más viejas hayas sacudían alegres y jóvenes hojas; los pinos rugían al viento, que desde las montañas soplaba veloz y frío como nieve fundida, bajo un cielo donde los pájaros emigraban en bandadas tan numerosas que podían oscurecer el sol. Los picos de la cordillera de la Cascada parecían flotar hacia el Oeste, blanquiazules, distantes y sagrados. Hacia el Este, las laderas de las colinas rebosaban de grupos de árboles alternado con prados hasta un valle, y así sucesivamente hasta perderse en el horizonte en praderas que resonaban bajo las manadas de búfalos.

Everard enfocó sus gemelos sobre la expedición. Iba a través del campo abierto, siguiendo aproximadamente el curso de un pequeño río; unos setenta hombres cabalgaban sobre animales peludos, pardos, de patas cortas y cabezas largas. Conducían rebaños y llevaban remontas. Pudo reconocer a algunos guías indígenas, así por su torpe manera de montar como por sus fisonomías y vestiduras. Pero lo que más le llamó la atención fueron los recién llegados.

- Un lote de yeguas tripudas guardando a sus crías - observó, casi hablando consigo mismo -. Supongo que tomaron cuantas cabalgaduras podían caber en los barcos y las dejaron salir a pacer allí donde se detenían. Ahora está aumentando su número con las crías que nacen en el viaje. Esa clase de jacas es lo bastante fuerte para resistir semejante trato.

- El destacamento que queda en las naves también está sacando caballos.

- ¿Y qué más sabes sobre esa gente?

- No más de lo que te he dicho, que es, poco más o menos, lo que tú mismo has visto. Sabemos también lo que dice ese informe que está en los archivos de Kublai. Pero, como recordarás, solo menciona que cuatro buques, al mando del Noyon Toktai y el escolar Li Tai-Sung, fueron enviados a explorar las islas que hay más allá del Japón.

Everard asintió, distraído. No tenía objeto permanecer allí ni rehacer el camino que ya recorrieran cientos de veces; solo serviría para demorar la acción.

Sandoval se aclaró la garganta y dijo:

- Aún estoy dudando si debemos bajar los dos. ¿Por qué no te quedas de reserva, para el caso de que se pongan antipáticos?

- Complejo de héroe, ¿no? Mejor será que vayamos juntos. De cualquier modo, no espero molestias. Por ahora, no. Esos muchachos son demasiado listos para enfrentarse a nadie porque sí. Han conservado buenas relaciones con los indios, ¿no? Y nosotros somos para ellos una incógnita mucho mayor. Con todo, no despreciaría un trago antes de bajar.

- Desde luego; y después, tampoco.

Cada uno buscó en sus alforjas, sacó de ellas un frasco de medio galón y lo empinó. El *whisky* escocés raspaba la garganta de Everard, calentando su sangre. Volvieron a montar, y ambos patrulleros bajaron la falda de la colina. Un silbido rasgó el aire. Habían

sido vistos. Manteniendo un paso uniforme se dirigieron a la cabeza de la columna mongola. Dos jinetes de avanzada que iban a cada lado pusieron flechas en sus arcos, cortos y potentes; pero no les cerraron el paso.

«Supongo que les parecemos inofensivos», pensó Everard.

Como Sandoval, vestía ropas del siglo XX: chaqueta de caza contra el frío y sombrero para resguardarse de la lluvia. Su atuendo era muchísimo menos elegante que el del navajo, obra especial de Abercrombie & Fitch. Ambos llevaban puñales a la vista; y, escondidos, pistolas automáticas Mauser y pequeños lanzarrayos del siglo XXX.

La tropa refrenaba a los caballos, tan disciplinada que parecía obrar como un solo hombre. Everard los examinó detenidamente al acercarse. Se había procurado una hora antes de partir, mediante el informador electrónico, una completísima información sobre mongoles, chinos y aun sobre los mismos indios locales, que abarcaba lenguas, historia, tecnología, costumbres y moral; pero jamás los había visto tan de cerca.

No eran espectaculares: robustos, con las piernas arqueadas, escasas barbas y caras planas y anchas, que brillaban grasientas al sol. Iban bien equipados, con botas y pantalones, corazas de cuero laminado con adornos barnizados, yelmos cónicos de acero que podían haberse coronado con un penacho o una punta. Sus armas eran espadas curvas, cuchillos, lanza y arco. Un hombre, a la cabeza de la tropa, llevaba un estandarte de colas de yak ribeteadas de oro. Todos ellos contemplaban con ojos impasibles la aproximación de los patrulleros. El jefe era fácil de reconocer. Caminaba en vanguardia, con una vieja capa de seda sobre los hombros. Era más ancho y de facciones más duras que el promedio de sus tropas, con la barba rojiza y la nariz casi romana. El guía indígena, a su lado, bostezaba y quería disimularse tras él, pero el Noyon Toktai se mantenía en su sitio, mirando a Everard con firmes ojos de carnívoro.

Saludos - exclamó cuando los recién llegados estuvieron al alcance de su voz -. ¿Qué espíritu os trae?

Se expresaba en el dialecto lutuami, que más tarde habría de ser la lengua klamath, pero con un acento atroz.

Everard repuso en perfectos ladridos mongólicos:

- Saludos a ti, Toktai, hijo de Batu. Si los tengri quieren, venimos en son de paz.

Aquel fue un golpe maestro. Everard vio a los mongoles buscar signos de buena suerte o hacerlos contra el mal de ojo. Pero el hombre que montaba a la izquierda de Toktai fue el primero en recobrar una adecuada compostura.

- ¡Ah! - exclamó -. ¡Conque los hombres del Oeste han llegado también a estas comarcas! No lo sabíamos.

Everard lo miró. Era más alto que cualquier mongol, con piel casi blanca, facciones y manos delicadas. Aunque su vestidura se parecía mucho a la de los demás, estaba desarmado. Parecía más viejo que el noyon; quizá tuviera cincuenta años. Everard se inclinó en la silla y replicó:

- Honorable Li Tai-Tsung, aflige a esta insignificante persona contradecir a tu eminencia, pero nosotros pertenecemos al gran reino situado más al Sur.

- Hemos oído rumores de ello - replicó el estudiante, sin poder dominar por completo su excitación -. Aun por este lejano Norte se han extendido relatos sobre una rica y espléndida comarca. Ahora íbamos en su busca, para llevar a vuestro khan el saludo del kan de khanes, Kublai, hijo de Tuli, que fue hijo de Gengis, y a cuyos pies se postra la Tierra.

- Hemos sabido del khan de khanes, como sabemos del califa, del pope, del emperador y de otros monarcas menores - repuso Everard. Tenía que abrirse camino con cuidado, sin insultar abiertamente al que gobernaba el Catay, pero poniéndole sutilmente en su sitio -. Poco, en cambio, se sabe de nosotros, pues nuestro dueño no busca el mundo exterior ni alienta a quien lo busca. Permíteme que te presente a mi indigna persona. Me

llamo Everard y no soy, como mi aspecto podría sugerir, ruso ni occidental. Pertenezco a los guardianes de la frontera.

Calló y les dejó imaginarse lo que aquello significaba.

- No venías con mucha escolta - saltó Toktai.

- Lo necesario. No se precisaba más.

- Y estás lejos de tu país.. .- subrayó Li.

- No más lejos, honorables señores, de lo que vosotros de las fronteras kuguises.

Toktai llevó la mano al puño de su espada. Su mirada era fría y cautelosa. Al fin, dijo:

- Ven. Sé bien venido como embajador. Acampemos y oigamos la palabra de tu rey.

3

El sol bajo, brillando sobre los picos occidentales, tornaba las cimas nevadas en cumbres de plata mate. Las sombras se alargaban abajo, en el valle; la selva se oscurecía, pero el prado, abierto, exhibía todo su brillo. La quietud circundante parecía actuar como elemento de resonancia para los ruidos que existían; el torbellino de los rápidos, el rumor del río, el choque de un hacha, los caballos paciendo la hierba. El humo de leña se elevaba en el aire.

Los mongoles estaban evidentemente desconcertados por aquellos visitantes y aquella detención. Conservaban su rostro impasible, pero sus ojos estaban fijos en Everard y Sandoval, mientras murmuraban conjuros de sus varias religiones, principalmente paganas, aunque había también rezos budistas, musulmanes o nestorianos. Ello no afectó a la eficacia con que instalaron su campamento; pusieron vigilantes y se prepararon a guisar la cena. Pero Everard los juzgó más tranquilos que de costumbre. Las nociones que el educador hipnótico infundió en su cerebro pintaban a los mongoles como gente comunicativa y cordial.

Se sentó, cruzando las piernas, en el suelo de una tienda. Sandoval, Toktai y Li completaban el grupo. Estaban sobre alfombras y un brasero conservaba caliente la tetera. Era la única tienda que se había montado, y probablemente la única disponible, que habían llevado consigo para usarla en ceremonias como aquella. Toktai sirvió *kumis* con sus propias manos y lo brindó a Everard, que eructó tan sonoramente como marcaba la etiqueta, y lo hizo pasar a otras manos. Había bebido cosas peores que aquella leche fermentada de yegua, pero le complacía que todos se inclinaran al té después del ritual. El jefe mongol habló, pero sin usar el tono comedido que empleaba su amanuense. Había una rudeza instintiva en él, porque, ¿qué forastero osaba aproximarse al khan de khanes y no se arrastraba sobre el vientre? Pero sus palabras permanecían corteses.

- Ahora, que nuestros invitados declaren el asunto que les ha encomendado su rey y se sirvan decir su nombre para que lo conozcamos.

- Su nombre no se puede pronunciar. De su reino sólo habéis oído debilísimos rumores. Noyon: puedes juzgar de su poder por el hecho de que solo nos necesité a nosotros dos para ir tan lejos y que nosotros solo necesitemos una montura para cada uno.

Noyon Toktai replicó:

- Son hermosos animales los que montáis, aunque me pregunto cómo se comportarán en la estepa. ¿Tardasteis mucho en llegar aquí?

- No más de un día, Noyon. Tenemos nuestros medios.

Everard buscó en su traje y sacó un par de pequeños paquetes envueltos, como para regalo. Luego habló:

- Nuestro señor nos mandó que nos presentáramos a los jefes del Catay con estas muestras de consideración.

Mientras desenvolvían los regalos, Sandoval se inclinó hacia Everard y le murmuré al oído, en inglés:

- Observa sus expresiones, Manse. Nos arriesgamos un poco.

- ¿Por qué?

- Ese brillante celofán y nuestro obsequio impresionan a un bárbaro como Toktai. Pero fíjate en Li. Su civilización ya escribía cuando los antepasados de Bonwit Teller se estaban aún pintando de azul. Su opinión sobre nuestro gusto será decisiva.

Everard se encogió levemente de hombros.

- Bien; él entiende, ¿no?

Su coloquio había sido notado por los otros.

Toktai les dirigió una dura mirada, pero luego volvió a interesarse por el regalo que le correspondía: una lámpara de bolsillo, cuyo funcionamiento hubo que enseñarle y que le arrancó gritos de entusiasmo. Al principio le causé algo de pavor y hasta murmuré un conjuro, pero luego recordé que a un mongol no le está permitido tener miedo sino del trueno; se dominé y pronto se mostré tan encantado como un chiquillo.

El mejor obsequio para un devoto de Confucio como Li parecía ser un libro: La familia del hombre, colección, cuya diversidad y extraña técnica pictórica llegaron a impresionarle. Se mostré efusivo en su gratitud, pero Everard dudó de que esta le abrumase.

Un patrullero aprendía pronto que la falsedad se encontraba en todas las etapas de la civilización. Debía corresponderse a los regalos; una bella espada china y una colección de pieles de nutria.

Aún pasó algún tiempo antes que la conversación recayera sobre los negocios. Entonces Sandoval se las arregló para que los chinos hablaran primero.

- Ya que sabéis tanto - empezó Toktai -, no debéis ignorar que nuestro intento de invadir el Japón hace varios años falló.

- La voluntad del cielo fue otra - agregó Li con cortés suavidad.

- ¡Narices! - gruñó Toktai -. La estupidez de los hombres, dirás. Eramos demasiado pocos y demasiado ignorantes, y salimos demasiado tarde a un mar demasiado agitado. Pero ¿qué importa? Volveremos allá un día u otro.

Everard sabía, con pena, que lo harían y que la tempestad destruiría la flota y se ahogarían quién sabe cuántos hombres jóvenes.

Pero dejó que Toktai continuara.

- El khan de khanes comprendió que debíamos saber más acerca de esas islas; que quizá deberíamos establecer una base en algún lugar al norte de Hokkaido. Luego oímos también persistentes rumores sobre unas tierras situadas más al Oeste. Algunos pescadores, arrastrados allá por el viento, les han echado una ojeada; comerciantes de Siberia hablan de un estrecho y un país tras de él. El khan de khanes me ordenó que tomara cuatro buques, con tripulación china y un centenar de guerreros mongoles, y viese lo que podía descubrir.

Everard asintió sin sorpresa. Los chinos habían estado tripulando *juncos* durante cientos de años, y en alguno de tales barcos llevaban mil pasajeros. Verdad que aquellas embarcaciones no eran tan marineras como lo fueron en siglos posteriores, bajo la influencia portuguesa, y que sus dueños nunca se habían mostrado muy atraídos por otro mar que no fuera el de las frías aguas norteñas. Pero, con todo, hubo algunos navegantes chinos que habrían aprendido añagazas comerciales de los extranjeros, coreanos y formosinos, si no fue de sus propios padres. Estos debían de haberse familiarizado, por lo menos, con las islas Kuriles.

- Seguimos dos cadenas de islas, una tras otra - prosiguió Toktai -. Eran áridas, pero pudimos anclar acá y allá, sacar a pacer los caballos y obtener algunos informes de los indígenas. Aunque los dioses saben que esto último es harto difícil cuando se ha de entender uno en seis lenguas distintas! Descubrimos que existen dos continentes

principales, Siberia y otro, tan cercanos entre sí, por el Norte, que un hombre podría pasar de uno a otro en un bote de piel, o incluso a pie, a veces, sobre los hielos invernales. Por fin llegamos al segundo de ellos. Un país grande, con dilatadas selvas, mucha caza y focas, pero demasiado lluvioso. Nuestras embarcaciones parecían querer seguir, así que continuamos, poco más o menos, a lo largo de la costa.

Everard imaginó el mapa. Yendo primero por las Kuriles y después por las Aleutianas, nunca se está lejos de tierra.

Suficientemente afortunados para evitar el naufragio, que era una clara posibilidad, los sencillos juncos habían hallado sitios para anclar, aun en aquellas rocosas islas. También aprovecharon el empuje de la corriente y estuvieron muy próximos a describir un gran círculo en su viaje. Toktai había descubierto Alaska sin darse completa cuenta de ello.

Como aquel país era cada vez más hospitalario y ellos costeaban hacia el Sur, pasaron junto al estuario del Puget y siguieron rectos al río Chehalis. Quizá los indios les habrían prevenido de que la navegación era peligrosa más allá de la desembocadura del río Columbia, y ayudaron a los jinetes a cruzar la gran corriente por medio de balsas.

- Acampamos a fines de año - continuó el mongol -. Las tribus del contorno están atrasadas, pero son acogedoras. Nos facilitaron todo el alimento, mujeres y ayuda que podíamos necesitar. En correspondencia, nuestros marineros les enseñaron algo sobre pesca y construcción de botes. Invernamos allí, aprendimos algo de las lenguas e incluso hicimos excursiones tierra adentro. Por doquier oíamos relatos de inmensas selvas y llanuras, donde manadas de ganado salvaje ennegrecían la tierra, y aún vimos lo bastante para confirmar tales asertos. Yo, personalmente, nunca estuve en otra tierra más rica - sus ojos brillaron con fulgor felino -. Con todo eso, son pocos habitantes y aún no conocen el uso del hierro.

- ¡Noyon! - advirtióle Li con un murmullo, indicando a los patrulleros con un leve gesto. Toktai cerró la boca.

Li se volvió hacia Everard para añadir:

- Hubo también rumores de una Tierra del Oro, allá lejos, hacia el Sur. Creímos nuestro deber investigar esto, así como explorar las comarcas intermedias. No esperábamos el honor de encontrar a vuestras notabilidades.

- El honor es todo nuestro - aduló Everard. Luego, adoptando un tono más solemne -: Mi señor, del Imperio del Oro, al que no puede nombrarse, nos envió a vosotros con intenciones amistosas. Le afligiría que os sucediese un desastre. Venimos a preveniros.

- ¿Qué? - Toktai dio un salto y su nervuda mano buscó el sable del que, por cortesía, se despojase -. ¿Qué infiernos es esto?

- Un infierno, en efecto, Noyon. Aunque parece agradable, este país está maldito. Cuéntalo, hermano mío.

Sandoval, que tenía más de orador, tomó la palabra. Había urdido su relato con vistas a explotar las supersticiones que aún quedaran en los semicivilizados mongoles, sin despertar demasiado el escepticismo de los más cultivados chinos. Explicó: había, realmente, dos grandes reinos al Sur. El suyo propio estaba muy lejos; su rival, situado un poco más hacia el Nordeste de él, tenía una ciudadela en las llanuras. Ambos estados poseían inmensos poderes; llamáraseles brujería o habilidad sutil, como se quisiera. El imperio septentrional, el de los badguys, consideraba todo el terreno en que estaban como de su propiedad y no toleraría en él expediciones extranjeras. Sus centinelas no tardarían mucho en descubrir a los mongoles y los aniquilarían con sus rayos. El otro imperio, la benévola tierra de los goodguys, no podía protegerles, sino solo enviar emisarios a los mongoles, aconsejándoles que volviesen de nuevo a su patria.

- ¿Y por qué los indígenas no nos han mencionado a tan grandes Señores? - interrogó Li sagazmente.

- ¿Acaso todo insignificante morador de las junglas de Birmania ha oído hablar del khan de Idianes ?- respondió Sandoval.

- Soy un extranjero ignorante - repuso Li -. Perdóneme si no he entendido su mención de armas irresistibles.

«Lo cual es la manera más cortés que jamás oí de llamarme embustero», pensó Everard. Y en voz alta añadió:

- Puedo ofrecerles una demostración si el noyon posee un animal al que pueda matarse.

Toktai meditó. Aunque su cara podía parecer de piedra esculpida, el sudor le corría por ella. Dio unas palmadas y gritó unas órdenes al centinela que montaba la guardia. Luego hablaron poco y guardaron un pesado silencio.

Tras unos instantes, que parecieron interminables, apareció un guerrero, anunciando que un par de jinetes habían capturado a lazo un gamo, y preguntó si el animal serviría para los propósitos del noyon. Como era así, Toktai se abrió paso con los hombros a través de un espeso y zumbador enjambre de guerreros. Everard le siguió, lamentando que aquello fuera preciso, mientras metía un cargador en su máuser. Preguntó a Sandoval:

- ¿Quieres hacerlo tú?

-¡Vive Dios que no!

El gamo, una hembra, había sido llevado por la fuerza al campamento. Temblaba junto al río, trabada por el cuello con cuerdas de crin de caballo. El sol, que entonces iluminaba los picos occidentales, la hacía parecer de bronce. Había una oscura súplica en la mirada que echó a Everard. Este apartó a los hombres que la rodeaban y apunto. El primer disparo la mató, pero siguió disparando hasta que el cadáver tomó un aspecto horrible.

Cuando bajó su arma había rigidez en el ambiente. Miró en torno suyo a los patizambos cuerpos de los hombres, a sus caras anchas, sombríamente contraídas; pudo percibir, con innatural agudeza, un claro olor a sudor, a caballos, a humo...

Se vio a sí mismo tan inhumano como ellos debían de verle. Agregó:

- *Este* es la menor de *las* armas que *usamos* aquí. Un alma así desgarrada del cuerpo no encuentra fácilmente el camino del cielo.

Giró sobre sus talones. Sandoval le siguió. Sus caballos estaban amarrados a un pilar próximo; montaron, silenciosos, y cabalgaron hacia la selva.

4

El fuego ardía a favor de unas ráfagas de viento. Precariamente encendido por un leñador, en aquel instante apenas hacía resaltar entre las sombras las caras de los patrulleros; un vislumbre de rostro, nariz y pómulos; un resplandor de ojos. De nuevo decayó tras un chisporroteo de centellas rojas y azules, y la oscuridad se hizo sobre los dos hombres.

Everard no lo lamentó. Mordió la pipa que sostenía en las manos y tragó el humo, pero sintió poco consuelo. Cuando hablé, el fuerte murmullo de los árboles, en la noche, casi ahogó su voz, sin que tampoco aquello le apurase.

Junto a ellos estaban sus sacos de noche, sus caballos y el saltador que allí los había traído. Por lo demás, la Tierra estaba vacía; a lo largo y a lo ancho, los fuegos humanos, como el suyo, eran tan pequeños y estaban tan aislados como las estrellas en el cielo. Se oía aullar a un lobo.

- Supongo - decía Everard - que todo polizonte debe de sentirse a veces un bastardo. Eso lo has podido observar tú mismo, Juan. Empleos activos, como el mío, son a menudo duros de aceptar.

- Sí - afirmó Sandoval, que había sido siempre más tranquilo que su amigo. Apenas se había movido de su sitio desde la cena. Everard continuó:

- Y ahora, esto. Sea lo que quiera que hagas para eliminar una interferencia temporal, puedes por lo menos suponer que restauras la línea original en el desarrollo de los sucesos - Everard chupé la pipa -. No; no me recuerdes que *original* es un término que en este caso carece de significado. Al menos, es consolador.

- Desde luego.

- Pero cuando nuestros amos, nuestros queridos superhombres danelianos, nos mandan intervenir... Nosotros sabemos ya que Toktai y su gente no volverán nunca a China. ¿Por qué tenemos, tú o yo, que echar una mano? Si tuviésemos que luchar con indios hostiles y fuéramos eliminados en la lucha, no me importaría. Por lo menos, no más que cualquier otro incidente de esta colección de asesinatos, maldita de Dios, que llaman Historia humana.

- No tenemos que matarlos. Solo hacerles volver grupas.

- Si. Volver grupas..., ¿y qué? Probablemente, perecer en el mar. No va a ser para ellos una excursión la vuelta a su tierra; tormentas, niebla, corrientes, rocas..., en esos barcos primitivos, construidos en su mayor parte para la navegación fluvial. ¡Y hemos de enviarlos a esa excursión, precisamente con este tiempo! Si nosotros no interviniésemos, regresarían algo más tarde; las circunstancias del viaje serían distintas... ¿Por qué hemos de cargar con tal responsabilidad?

- Tal vez puedan llegar a su tierra.. - insinué Sandoval.

- ¿Qué? ¿En qué te fundas?

- En la manera de hablar de Toktai. Estoy seguro de que proyecta un regreso a caballo, no en esos barcos. Como él ha supuesto, el estrecho de Behring es fácil de cruzar; los aleutas lo hacen a diario. Pero me temo que no será muy sencillo salvarles.

- Pero ¡no van a regresar vivos a su patria!

- ¡Eso lo sabemos nosotros!

- Supón que lo consiguen - y Sandoval empezó a hablar algo más alto y mucho más rápidamente. Mientras hablaba, el viento nocturno rugía -. Juguemos con las ideas un rato. Supongamos que Toktai avanza hacia el Sudeste. Es difícil descubrir nada que le detenga. Sus hombres pueden vivir sobre el país, aun en los desiertos, más fácilmente que Coronado ni ninguno de aquellos muchachos.

No tienen que ir muy lejos para alcanzar a unas gentes con una alta cultura neolítica; las tribus agrícolas de Pueblo. Esto los animará mucho. Estarán en Méjico antes de agosto. Méjico es ahora tan deslumbrador como era - como será - en la época de Cortés. Y aún más tentador; aztecas y teltecas disputan todavía sobre quién será el dueño, sin contar con otras numerosas tribus que les rondan, dispuestas a ayudar a cualquier recién llegado contra ambos. Los cañones españoles no influyeron, no influirán mucho, como recordarás si has leído a Díaz. Los mongoles, hombre por hombre, son tan superiores como cualquier español. No es que imagine que Joktai se afiliará a uno u otro bando; sin duda será muy cortés con unos y otros; pasará aquí el invierno, y se enterará de todo lo que pueda. El año próximo volverá hacia el Norte, llegará a su país e informará a Kublai de que algunos de los más ricos territorios colmados de oro que existen en el mundo están plenamente abiertos a la conquista.

- ¿Y los otros indios? No me fío de ellos.

- El nuevo Imperio maya está a la misma altura; es una nuez muy dura de cascar, pero en igual grado provechosa. Yo creería que, una vez los mongoles establecidos en Méjico, no habrá quien los detenga. Perú está aún más civilizado, pero con mucha menos organización que la que se enfrentó con Pizarro; los quechúa-avmar, la llamada raza juca, es aún solo un poder entre varios.

- ¡Y, además, está la tierra! ¿Puedes imaginar lo que una tribu mongola haría de las Grandes Llanuras?

- No puedo figurármelos emigrando en hordas - comentó Everard. Había algo en la voz de Sandoval que le hizo sentirse incómodo y ponerse a la defensiva -. Es demasiado tener que atravesar Siberia y Alaska.

- Peores obstáculos se han superado. No quiero decir que vayan a volcarse aquí todos a la vez. Podían emplear algunos siglos en iniciar la migración en masa, como costará a los europeos. Puedo imaginar una serie de clanes y tribus establecidos, dentro de algunos años, a lo largo de la parte occidental de Norteamérica. Méjico y Yucatán, absorbidos o, más probablemente, convertidos en khanatos. Figurarme a las tribus, en manada, moviéndose hacia el Este a medida que aumenta el número de sus miembros y llegan nuevos emigrantes. Recuerda que la dinastía Yuan ha de ser destronada en menos de un siglo, lo que suscitará en los mongoles asiáticos mayor prisa por trasladarse a otro sito. Y los chinos vendrán también aquí a labrar la tierra y a buscar oro.

- Creería - si me permites decirlo - opuso Everard -, que vosotros no queréis apresurar la conquista de América.

- Debería ser una conquista diferente - repuso Sandoval -. No me importan los aztecas; si los estudias, convendrás conmigo en que Cortés hizo a Méjico un favor, aunque fuera duro en ocasiones con otras tribus más inofensivas. Y, hasta ahora, los mongoles no creo que sean tan diabólicos. Un prejuicio occidentalista nos perjudica, haciéndonos olvidar cuantas torturas y matanzas *disfrutaban* los europeos en aquella época.

- Los mongoles realmente son, con poca diferencia, como los antiguos romanos; siguen su misma política: despoblar las comarcas que se les resisten, pero respetar los derechos de las que se les someten. Tienen el mismo carácter nacionalista; no imaginan ni crean, pero sienten el mismo vago terroroscura envidia de la verdadera civilización. La *Pax Mongolica,* en este instante, abarca un espacio mayor y establece un contacto más estimulante entre pueblos diversos que lo que el desgarrado Imperio romano pudo imaginar nunca.

- En cuanto a la relación con los indios, recuerda que los mongoles se dedican al pastoreo, por lo que nunca se producirá entre ambos el insoluble conflicto de cazadores con granjeros que llevó a la destrucción del indio por el blanco. El mongol carece de prejuicios raciales. Y, después de una breve lucha, la mayoría de los navajos, cherokes, seminolas, algonquinos, chipevas y dakotas estará contenta de someterse y convertirse en aliados. ¿Por qué no? Obtendrán caballos, ganado, tejidos, metales labrados... Superarán en número a sus invasores y estarán mucho más cerca de ellos que de los granjeros blancos de su edad del maquinismo. Y, repito, estarán los chinos, fermentando el conjunto, enseñando civilización y limando asperezas y aguzando ingenios... ¡Buen Dios, Manse! Cuando Colón llegue aquí, hallará su camino perfectamente preparado para ser el Gran Sakem Khan de la nación más fuerte del mundo.

Sandoval se calló. Everard, silencioso, escuchaba crujir las agallas en las ramas sacudidas por el viento. Contemplé un gran rato la noche antes de decir:

- Pudiera ser. Naturalmente, tendremos que permanecer en esta época hasta que se resuelva la crisis. De lo contrario, nuestro propio mundo no existiría; nunca habría existido.

- ¡Para la clase de mundo que era! - replicó Sandoval, como si soñara.

- Podías pensar en tus..., ¡oh!..., en que tus padres tampoco habrían existido.

- Vivieron una existencia mísera. He visto a mi padre llorar por no poder comprarnos zapatos en invierno. Mi madre murió tuberculosa.

Everard se sentó sin estremecerse. Fue Sandoval el que se sacudió y se puso en pie de un salto, con una especie de áspera risa.

- ¿Qué he estado mascullando? Era solo un cuento, Manse. Acuéstate. Yo haré la primera guardia.

Everard asintió, pero durante largo rato no pudo conciliar el sueño.

5

El saltador había avanzado dos días en el futuro y ahora revoloteaba arriba, muy arriba, invisible a simple vista. En torno suyo el aire era sutil y agudamente frío. Everard temblaba al ajustar el anteojo electrónico. Aun dando a este el máximo aumento, la caravana era poco más de una mancha que se afanaba por cruzar la verde inmensidad. Pero no había nadie, sino ellos, en el hemisferio occidental que pudiese montar a caballo.

Se volvió en su asiento hacia su compañero.

- Y ahora, ¿qué?

La expresión que mostraba el ancho rostro de Sandoval era impenetrable. Contestó:

- Bueno; si nuestra demostración no les ha convencido...

- Seguro, como el infierno, que no. Juraría que se mueven hacia el Sur dos veces más aprisa que antes. ¿Por qué?

- Tendría que conocerles a todos, uno a uno, muchísimo más que ahora, para darte una respuesta cierta, Manse. Pero, en el fondo, debe de ser que hemos desafiado su valor. A una civilización guerrera, con el nervio y la osadía como únicas cualidades absolutas..., ¿qué solución le queda? Si se retirasen ante una simple amenaza, no podrían ya nunca vivir en paz consigo mismos.

- Pero ¡los mongoles no son idiotas! No conquistarán por la fuerza bruta a todo el que se les presente, sino mediante una perfecta comprensión y aplicación de los principios militares. Toktai debería retirarse, comunicar a su emperador cuanto ha visto y organizar una expedición más poderosa.

- Eso pueden hacerlo las tripulaciones de los barcos - recordó Sandoval -. Ahora que lo pienso, veo cuán torpemente hemos menospreciado a Toktai. Debe de haber fijado una fecha a los barcos para que le esperen (probablemente el año próximo) y para que, si entonces no ha regresado, vuelvan a su país. Cuando encuentre algo interesante en su camino (como fuimos nosotros), despachará un indio con una carta para su base de operaciones.

Everard asintió. Se le ocurría ahora pensar que se había visto mezclado en aquella tarea siempre a remolque, sin tiempo para forjar planes, como debía haber hecho. De ahí provino su torpeza. Pero ¿cuánto habría que reprochar a la instintiva resistencia de John Sandoval? Tras un minuto, Everard sugirió:

- Pueden haberse olido la tostada. Los mongoles siempre se destacaron en la guerra psicológica.

- Pudiera ocurrir - convino Sandoval -. Pero ¿cuál debe ser nuestro movimiento ahora?

«Precipitarnos sobre ellos, dispararles unas pocas descargas con cañón desintegrador del siglo XLI, que llevamos montado en este tempiciclo, y... se acabó. No, ¡vive Dios! ¡Ya pueden enviarme al planeta del destierro, que no haré semejante cosa! Existen límites de decencia.»

Eso pensaba Everard. Pero dijo:

- Habrá que prepararles otra demostración más impresionante.

- ¿Y si también nos falla?

- ¡Cállate! Dame otra oportunidad.

- Solo me estaba preguntando.. .- y el viento arrastraba las palabras de Sandoval - por qué no cancelar la expedición. Podríamos retroceder en el tiempo un par de años y convencer a Kublai Khan de que no vale la pena enviar exploradores al Este. Entonces, nada de esto habría sucedido.

- Ya conoces las reglas de la Patrulla, y sabes que nos prohiben introducir cambios en la Historia - opuso Everard.

- ¿Y cómo llamas a esto que estamos haciendo?

- Pues algo específicamente ordenado por el Supremo Cuartel General. Tal vez corregir alguna interferencia ocurrida en cierto tiempo y lugar. ¿Cómo podría saberlo? Yo soy solo un peldaño en la escala evolutiva. Hay posibilidades, de aquí a un millón de años, que ni siquiera puedo sospechar.

- Cualquiera sabe - murmuró Sandoval.

Everard apreté las mandíbulas y murmuró:

- Siempre tendremos el hecho de que la corte de Kublai, que es el hombre más poderoso de la Tierra, es más importante y decisiva que cualquier otra, aquí en América. Ahora, ellos me llaman a esta miserable tarea, y yo puedo hacerla recaer sobre ti. Nuestras órdenes consisten en hacer que esta gente desista de su exploración. Lo que suceda después no es cuenta nuestra. Por eso no deben regresar a su país. No debemos considerarnos causa próxima de ello, como no lo seríamos de que un hombre al que invitásemos a cenar tuviese un fatal accidente en el camino.

- ¡Dejemos la charla, y al trabajo! - propuso Sandoval.

Everard hizo que el saltatiempos avanzara hacia adelante. Añadió:

- ¿Ves esa colina? - y la señalé después de una pausa -. Está en la línea de marcha de Toktai, pero creo que acampará a pocos kilómetros de ella, esta noche, allá abajo, en el pradillo, junto al río, con la colina a la vista. Acampemos en ella.

- ... y hagamos fuegos artificiales, ¿no? Eso será muy aventurado. Los chinos lo saben todo acerca de la pólvora. Incluso tienen cohetes militares.

- Pequeños, ya lo sé. Pero, al prepararme para este viaje, metí en mi maleta algunos artificios bastante curiosos, para el caso de que me fallara la primera intentona.

La colina remataba en un ralo bosquecillo de pinos. Everard hizo que su vehículo aterrizara entre ellos y comenzó a sacar cajas de los depósitos. Los caballos, adiestrados por la Patrulla, salieron calmosamente de las armazones que les servían de establo y comenzaron a pastar por la colina. Tras cortos instantes, el indio rompió el silencio.

- Ese no es mi modo de operar. ¿Qué estás preparando?

Everard mostró la pequeña máquina que había montado.

- Está adaptada a un sistema de control del tiempo que se empleará en las Edades Frías, tiempo adelante. Es un poderoso distribuidor. Puede producir los más aterradores relámpagos que nunca viste, acompañados de sus correspondientes truenos.

- ¡Hum! La gran debilidad de los mongoles - y, de súbito, Sandoval se echó a reír, y añadió -: ¡Tú ganas! Podemos, al mismo tiempo, descansar y divertirnos con esto.

- ¿Quieres que cenemos mientras se pone esto en marcha? Sin encender fuego, naturalmente. No nos conviene hacer humo. ¡Ah! También tenemos un espejismo proyector. Si te cambias de vestidos y te calas una capucha o algo en el momento preciso, no te podrán reconocer. Yo proyectaré un retrato tuyo de mil metros de alto, la mitad de feo que eres en la realidad.

- ¿Y si empleásemos otro sistema? Los cautos navajos pueden resultar hasta alarmantes si no se sabe que es solo un *yeibiehai.*

- ¡Vamos allá!

La luz del día iba desapareciendo. Oscurecía. Bajo los pinos, el aire era frío y punzante. Finalmente, Everard comió un bocadillo y observé con sus gemelos que la vanguardia mongola escogía para acampar el sitio que él había predicho. Luego llegaron otros con las piezas de caza capturadas y empezaron a guisarlas. El grueso de la fuerza, destacándose contra la puesta de sol, se aposté adecuadamente y comió. Cuando cerré la noche.

Everard atisbé avanzadillas montadas y provistas de arcos.

No pudo conservar el ánimo, por mucho que se lo propuso. Toktai avanzaba, aprovechando todos los instantes de luz.

Las primeras estrellas relucieron sobre los picos nevados.

Era el momento de comenzar la tarea.

-¿Están trabados los caballos, John? Pueden espantarse, como estoy seguro que ocurrirá con los de los mongoles. Bien; ¡allá va!

Hablando así, Everard accioné el conmutador principal y, en cuclillas, manejé los cuadrantes del aparato. Primero se produjo el más pálido y vacilante resplandor azul entre cielo y tierra. Luego empezaron los relámpagos, que se sucedieron sin cesar, mostrando sus lenguas bífidas; los árboles fueron abatidos por las centellas; las vertientes montañosas, estremecidas por el estrépito de los truenos. Everard lanzó rayos globulares, esferas llameantes que giraban y correteaban, regueros de chispas que cruzaban el campamento y explotaban en él hasta que el cielo parecía estar al rojo blanco. Ensordecido y semicegado, se las arreglaba para proyectar una cortina de ionización fluorescente. Como luces del Norte, grandes banderas se rizaban en tonalidades rojo sangre y blanco hueso, silbando entre el repetido fragor de los truenos. Y, en tal escenario, Sandoval avanzó, hecho tiras los pantalones, el cuerpo cubierto con extraños dibujos de arcilla, la cara desnuda, manchada de tierra y afectando un gesto que en su vida imaginara Everard. La máquina proyecté su figura alterando la silueta, que, destacándose a la luz de la aurora, era mas alta que una montaña y se movía en una danza desordenada, de uno a otro confín del horizonte, ascendiendo hacia el firmamento, gimiendo y ladrando en un falsete más estrepitoso que un trueno. Everard acurrucábase a la lívida luz de sus relámpagos, manteniendo aún los dedos sobre el cuadro de mandos, experimentando un miedo primitivo; aquel baile le había evocado cosas ya olvidadas.

«¡Voto a Judas! ¡Si aquello no les hacía estarse quietos! »

Volvió a dominarse. Miré el reloj; había pasado media hora...

«Démosles - pensó - otros quince minutos, en los que la exhibición se agravará. Seguramente permanecerán acampados hasta el alba, antes de extraviarse a ciegas en la oscuridad; mucha disciplina sí que tienen. Volvamos, pues, a empaquetarlo todo por unas horas, y luego les daremos el último golpe a sus nervios con una sola descarga eléctrica, que deshará el árbol más inmediato a ellos, a su derecha.»

Everard hizo señas a Sandoval, y el indio se sentó, más jadeante de lo que sus cabriolas permitían esperar. Cuando el estruendo pasé, Everard dijo a su compañero:

- ¡Buena exhibición, John!

Y su voz sonó metálica y extraña en sus oídos.

- Años ha que no he hecho una cosa parecida - musitó Sandoval, y encendió una cerilla, rompiendo el silencio con el chasquido, mientras la breve llamarada iluminé sus delgados labios. Tiré la cerilla y solo relució la lumbre de su cigarrillo. Luego expuso -: Nadie, en mi poblado, tomó esto en serio. Algunos viejos quisieron que los muchachos aprendiésemos las viejas danzas, tan solo para conservar viva la costumbre; para recordarnos nuestra condición racial. Pero en la mayoría de nosotros la idea era introducir algún cambio espectacular y bailar para los turistas.

Hubo una larga pausa. Everard desarmé por completo el proyector. En la oscuridad subsiguiente, el cigarrillo del indio fue menguando hasta consumiese. Este dijo por fin:

- ¡Turistas! - y algo después, añadió -: Esta noche estuve bailando con una finalidad, con un significado. Nunca antes sentí tal emoción.

Everard le escuchaba en silencio.

Hasta que uno de los caballos, que habían estado tirando de su soga durante la representación y que aún estaba nervioso, relinchó. Everard levanté la vista. El rayo de luz de una linterna eléctrica le dio en los ojos. Pregunté:

- ¿Oíste algo, John?

Le respondió el rayo de luz de la linterna eléctrica. Por un instante parpadeó, cegado. Luego se puso en pie de un brinco, y, jurando, eché mano a su pistola. Una sombra corrió, a su vista, a ocultarse tras un árbol, y al pasar le golpeé en las costillas. El miró atrás, y el fusil de rayos voló a sus manos. Disparó al azar. El rayo de luz de la linterna brilló de nuevo, y Everard atisbé a Sandoval, que todavía no había recargado sus armas.

Desarmado, esquivaba el tajo de un sable mongol. Su atacante le persiguió, y Sandoval echó mano del J*udo* aprendido en la Patrulla. Se dejó caer sobre una rodilla. Al descuido, el mongol le tiré un tajo; lo erré; corrió desatinado hasta sentir el choque de un hombro en el vientre. Al dar el golpe, Sandoval se levantó y el filo de su mano chocó de abajo arriba con la barbilla del mongol, echándole la cabeza hacia atrás. Sandoval le apretó la nuez, le arrancó el sable que empuñaba y, volviéndose, paró *el* golpe de otro enemigo.

Aulló una voz, ahogando los gemidos del oriental y dando órdenes. Everard retrocedió. Acababa de matar a un atacante con un rayo de su pistola. Pero entre él y su vehículo había otros. Giró sobre si mismo para hacerles frente. Un lazo se rizó al caer sobre sus hombros y, manejado por expertas manos, se cerró en torno a ellos. Trató de libertarse, pero cuatro hombres cayeron sobre él. Vio media docena de conteras de lanza caer sobre la cabeza de Sandoval, pero después no tuvo tiempo sino para luchar. Por dos veces se libertó, pero había perdido su fusil de rayos y le habían robado el máuser. Aquellos hombrecillos eran bastante buenos para luchar a estilo *yavara.* Volvieron a derribarle y le golpearon con puños, botas, pomos de puñal... Nunca perdió completamente el sentido, pero al fin dejé de importarle todo.

6

Toktai levantó el campo antes del alba. La primera luz del sol vio a su tropa zigzaguear entre dispersas colinas, en un ancho valle. La tierra se volvía árida y plana, se alejaban los montes hacia la derecha y eran visibles escasos picos nevados, y aun estos parecían fantasmas contra un pálido cielo.

Los pequeños y valientes caballos mongoles trotaban a la cabeza con resonar de cascos y ludir de arneses. Everard veía la línea de jinetes como una masa homogénea; las lanzas se alzaban y descendían; banderolas, pendones, capas y plumas se agitaban al viento, entre aquellos cascos que ocultaban las caras de ojos pardos se veían acá y allá las corazas pintadas grotescamente. Nadie hablaba y él no podía leer las expresiones de los rostros.

Sentía el cerebro embotado. Le habían dejado las manos libres, pero le ataron los tobillos a los estribos y las cuerdas le molestaban.

Le habían dejado desnudo - sabía precaución, pues ¿quién sabia qué instrumento era capaz de llevar cosidos a las telas? - y el traje mongol que le dieron en cambio le estaba ridículamente pequeño. Para que pudiera ponerse la túnica hubo que descoser las costuras.

El proyector y el saltatiempos quedaron allá, en la colina. Toktai no quería correr riesgo alguno con estas potentes cosas. Había tenido que dejar atrás varios de sus aterrados guerreros, antes que los demás consintieran llevar consigo las extrañas cabalgaduras ensilladas y enjaezadas, sin jinete, entre las cargadas yeguas.

Sus cascos redoblaban con rapidez. Uno de los arqueros que rodeaban a Everard gruñó y se aparté un poco. Li Tai-Tsung se le acercó.

El patrullero le dirigió una mirada indiferente.

-¿Y bien... ?- preguntó.

- Temo que su amigo no volverá a despertar - respondió el chino -. Le hice poner un poco más cómodo.

Everard pensó:

«Pero yace atado en una litera improvisada entre dos caballejos e inconsciente. Si, conmocionado a mazazos la noche pasada. En un hospital de la Patrulla pronto se curaría. Pero la más próxima oficina de ella está en Cambaluc, y no puedo concebir que Toktai me permita volver al saltador y llamar por radio. John Sandoval va a morir aquí, seiscientos cincuenta años antes de haber nacido.»

Everard miró a los fríos y oscuros ojos que a su vez le contemplaban, no con hostilidad, sino indiferentes. «No serviría de nada - se dijo -; argumentos que serían lógicos en la cultura occidental, hoy parecerían monsergas.» Pero había que intentarlo:

- ¿Podría usted, por lo menos, hacer comprender a Toktai la ruina que va a traer sobre sí mismo y su pueblo con este proceder?

Li se mesó la barba, que llevaba partida. Respondió:

- Es fácil ver, honorable señor, que su nación posee artes desconocidas para la nuestra. Pero ¿eso qué importa? Los bárbaros.. .- y al decirlo echó rápidamente una ojeada a los guardianes de Everard, pero comprobé que no comprendían el dialecto sung, que él empleaba - han conquistado muchos reinos que les eran superiores en todo, menos en aptitud para luchar. Ahora sabemos que usted alteró la verdad al hablarnos de un imperio hostil cerca de estas tierras. ¿O por qué su rey ha intentado aterrarnos con una falsedad, si no nos temiera, y con razón?

Everard se expresó con cuidado:

- Mi glorioso emperador detesta la efusión de sangre, pero si ustedes le fuerzan a ello...

- ¡Por favor! - y Li parecía apenado -. Cuéntele cuanto quiera a Toktai; yo no me opondré. No me entristecería volver a casa; solo vine por orden imperial. Pero hablemos ambos confidencialmente, no agraviemos nuestra mutua inteligencia. ¿No ve usted que no hay daño con el que se pueda amenazar a estos hombres? Desprecian la muerte; saben que aun la más prolongada tortura acaba al morir; la más horrible mutilación no es nada para quienes, voluntariamente, se cortan la lengua y mueren. Toktai considera una vergüenza eterna el retroceder a esta altura de los sucesos, y ve una inmarcesible gloria e incontables riquezas en el hecho de continuar.

Everard suspiré. Su propia humillante captura había sido el punto crítico. Los mongoles habían estado a punto de huir ante su exhibición de truenos. Muchos se habían envilecido sollozando (y de ahora en adelante serían los más agresivos para borrar aquel recuerdo). Toktai había cargado la mano en el terror y la desconfianza; unos pocos hombres y caballos habían sido capaces de seguirle. El mismo Li era responsable en parte; instruido, escéptico y familiarizado con los juegos de manos, había animado a Toktai a que atacara antes que uno de aquellos pudiera caer sobre ellos.

«Lo cierto del caso es, hijo, que hemos juzgado mal a esta gente. Debíamos haber echado mano de un especialista que poseyera una intuitiva sensibilidad para los matices de esta cultura. Y ahora, ¿qué? Tal vez nos manden una expedición patrullera de refuerzo, pero John morirá dentro de uno o dos días...»

Y Everard, al pensar así, miré a la pétrea cara del guerrero que iba a su izquierda.

«Con toda probabilidad - siguió pensando -, yo moriré también. Aún dudan. Lo mismo pueden sacrificarme que no hacerlo.»

Y aunque pudiese (cosa improbable) sobrevivir para ser rescatado por otra Patrulla, sería muy duro hallarse frente a sus camaradas. A un agente libre se le tenía por capaz de ayudarse a sí mismo, dados los especiales privilegios de su clase, sin llevar a la muerte a otros hombres valiosos.

- Por eso le aviso, con toda lealtad, que no intente más engaños.

- ¿Qué? - y Everard se volvió hacia Li, que era quien le había hablado.

- ¿Acaso no comprende - explicó el chino - que nuestros guías indígenas han huido? ¿Que está usted ahora ocupando el lugar de ellos? Pero esperamos, antes de mucho, encontrar otras tribus, establecer comunicación...

Everard asintió con un gesto. La luz se hacía en su cerebro. No le asombraba el rápido avance de los mongoles a través de tantas zonas de distintos lenguajes. Si no se es negado para la gramática, en pocas horas se capta el corto número de vocablos y gestos básicos, y después se tarda poco en aprender a hablar correctamente una prestada escolta, y obtener guías, de etapa en etapa, como teníamos antes - prosiguió Li -. Cualquier desviación que usted haya intentado será pronto advertida y Toktai le castigará

del modo más bárbaro. Por el contrario, el fiel servicio se recompensará. Usted puede aspirar a altos puestos en la corte provincial que se organice después de la conquista.

Everard permaneció silencioso e inmóvil. Aquella ocasional fanfarronada había provocado como una explosión en su mente. Había sospechado que la Patrulla enviaría refuerzos. Evidentemente iba a ocurrir *algo* que cortaría el regreso a Toktai.

Pero ¿era tan evidente? ¿Por qué se les habría ordenado que intervinieran si no hubiese (de un modo tan paradójico que su mente del siglo XX no llegaba a entender) una incertidumbre, un fallo en la continuidad histórica, precisamente en este punto?

- Maldito sea Judas! Tal vez la expedición mongola iría a triunfar. Tal vez aquel khanato americano futuro, con el que John apenas soñara, iba a ser realidad en el porvenir.

Hay recovecos y desviaciones en el espacio - tiempo. Las líneas mundiales pueden esquivarse mutuamente, entrecruzarse, de tal modo que los hechos y las cosas aparezcan como inmotivadas, carentes de significación, como vibraciones pronto perdidas y olvidadas. Tales como, por ejemplo, un Manse Everard desterrado y abandonado en el pretérito con el cadáver de un John Sandoval, después de haber venido de un futuro que nunca existió, como agente de una Patrulla del Tiempo que nunca fue.

7

Al anochecer, sus pasos habían llevado a la expedición a una comarca de matorrales de salvia y hierba grasa. Las colinas eran escarpadas y parduscas; el polvo se levantaba bajo los cascos; matorrales de un color gris plata crecían esparcidos, perfumando el aire cuando se los aplastaba, pero sin ofrecer nada más.

Everard ayudó a Sandoval a tenderse sobre la hierba. Los ojos del navajo estaban cerrados y su faz hundida y caliente. A veces se agitaba y murmuraba frases ininteligibles. Everard, con un paño húmedo, refrescaba los hundidos labios, pero no podía hacer otra cosa. Los mongoles acamparon más alegremente que antes. Habían dominado a dos grandes brujos sin sufrir ulteriores ataques y los resultados les parecían favorables. Cantaban a coro o charlaban unos con otros, y, tras un frugal reparo, abrieron los odres de *kumiss.*

Everard quedó, con Sandoval, en mitad del campamento. Dos guardias les vigilaban, sentados cerca de ellos y armados con arcos, pero sin hablar. De vez en vez se levantaba uno para atender a la pequeña hoguera. Ahora el silencio se extendía también entre sus camaradas. Hasta su coriáceo huésped estaba cansado; los hombres se envolvían en sus mantas y se echaban a dormir; los centinelas hacían sus rondas con adormilados ojos; ardían otros varios fuegos de campamento, mientras las estrellas brillaban en el cielo; kilómetros adelante aullaba un coyote. Everard tapé a Sandoval para protegerle del intenso frío; las reducidas llamas de la hoguera hacían brillar la helada sobre las matas de salvia. Everard se abrigó con su capa y deseé que sus aprehensores le devolvieran, al menos, su pipa.

Unas pisadas hicieron crujir el seco suelo. Los que vigilaban a Everard sacaron flechas para sus arcos. Toktai avanzó hacia la luz, destacando de su capa la desnuda cabeza. Los guardias se inclinaron profundamente y desaparecieron.

Toktai se detuvo. Everard le miré de arriba abajo. El Noyon contempló un momento a Sandoval. Por fin, dijo, casi suavemente:

- No creo que tu amigo viva hasta la puesta del sol.

Everard refunfuñó; Toktai siguió diciendo:

- ¿No tienes una medicina que pueda curarle? Hay cosas raras en vuestras alforjas.

- Tengo un remedio contra la infección y otro contra el dolor. Pero una cabeza rota ha de ser tratada por hábiles cirujanos.

Toktai se senté y extendió las manos sobre el fuego.

- Lo siento - dijo -. No traemos cirujanos con nosotros.

- Pero podías dejarnos marchar - sugirió Everard sin esperanzas -. Mi carro, que quedé atrás, en el campamento, podía llevarle donde le auxiliaran oportunamente.

- Ya sabes que no puedo hacer eso! - rió entre dientes Toktai. Su piedad por el hombre moribundo se desvaneció -. Después de todo, Everard, el jaleo lo empezaste tú.

Como aquello era verdad, el patrullero no replicó.

- No tengo nada contra ti - siguió Toktai -; en realidad, hasta estoy ansioso de que seamos amigos -. Si no fuese así, tardaría muy poco en sacarte todo cuanto sabes.

Everard se irritó.

- ¡Inténtalo!

- Lo conseguiría, creo, con un hombre que tiene que usar medicinas contra el dolor - y, al hablar así, el gesto de Toktai era lupino -. Sin embargo, puedes serme útil como rehén o cosa análoga. Y me gusta tu temple. Incluso te diré una idea que tengo. Creo que, en realidad, tú no perteneces a ese rico país del Sur. Supongo que serás un aventurero, miembro de una pequeña tropa de bandidos. Tienes al rey del Sur en tu poder, o esperas tenerlo, y no quieres a extraños que te estorben - y Toktai escupió en el fuego -. Hay viejos relatos en que un héroe acaba por vencer a un brujo. ¿Por qué no he de ser yo?

- Ya sabrás por qué no, Noyon - y Everard suspiró al hablar, preguntándose hasta qué punto serían verdad sus palabras.

- ¡Oh, vamos! - Toktai le golpeé amistosamente la espalda -. ¿No puedes decirme algo más? No hay venganza de sangre entre los dos. Seamos amigos.

Everard señaló con un dedo a Sandoval.

- ¡Es una vergüenza eso! - se disculpó Toktai -. Pero quiso ofrecer resistencia a un oficial del khan de khanes. Ven. Everard, bebamos juntos. Enviaré a un hombre a buscar un odre.

Everard puso mala cara, y respondió:

- Esa no es forma de apaciguarme.

- ¡Oh! ¿A vosotros no os gusta el *kumiss?* Temo que es todo cuanto nos queda. Hace ya mucho que nos bebimos todo el vino.

- Podrías dejarme recobrar mi *Whisky.- y* Everard miré de nuevo a Sandoval, tendido en la noche, y se sintió invadido por un frío interno -. ¡Dios mío, qué bien me sentaría!

- ¿El qué?

- Una de nuestras propias bebidas. Llevamos algunas en las alforjas.

- Bueno.. - y Toktai dudó aún -. Muy bien; ven conmigo y las recogeremos.

Los guardias siguieron a su jefe y al prisionero, por entre los matorrales y los guerreros dormidos, hasta un montón de cosas, también custodiadas. Uno de los últimos centinelas encendió una tea en el fuego para que Everard tuviese luz. La espalda del patrullero, con los músculos tensos, se ofrecía ahora como blanco a las barbadas flechas, pero él se agazapé y pudo llegar sin moverse demasiado aprisa a sus pertrechos. Cuando tuvo en sus manos dos termos con w*hisky* escocés, volvió a su sitio. Toktai se sentó junto al fuego. Miró a Everard servir un trago en el vasito del termo y echárselo al coleto.

- Huele raro - comentó el Noyon.

- ¡Pruébalo! - y el patrullero le tendió una de las vasijas.

Experimenté un sentimiento de absoluta soledad. No porque Toktai fuese una ingrata compañía. No lo era en sí mismo. Pero cuando se sienta uno junto al cadáver de un compañero, se emborracharía con el mismo diablo para no pensar en ello.

El mongol resopló, dudando; volvió la cabeza hacia Everard y, tras una pausa, bebió con gesto valiente. De pronto, gritó:

- ¡Ufff! - y dejó caer el frasco.

Everard se volvió a recogerlo antes que se vertiera demasiado. Toktai resopló y escupió.

Uno de los guardias montó una flecha. El otro saltó y puso una dura mano en el hombro de Everard, mientras su espada relucía en alto.

- ¡No es veneno! - gritó aquel -. Es que le resulta demasiado fuerte. Mirad; beberé yo otro poco.

Toktai echó atrás a los guardias y le miró con los ojos llorosos.

- ¿Con qué hacéis esto? - preguntó -. ¿Con sangre de dragón?

- Con cebada - Everard no se sentía con ánimos de explicar la destilación.

Se sirvió otro trago y añadió:

- Sigue con tu leche de yegua.

Toktai se relamió y dijo:

- Esto le calienta a uno, ¿no? Es como la pimienta - y tendiendo una sucia mano, pidió:

- ¡Dame más!

Everard permaneció sentado e inmóvil unos pocos segundos.

Toktai refunfuñó:

- Bueno; ¿me das o no?

El patrullero movió negativamente la cabeza.

- Te dije que era demasiado fuerte para los mongoles.

- ¿Cómo? Mira, cara de queso, hijo de turco...

- Por tu cuenta va, entonces. Te advierto seriamente, ante tus hombres por testigos, que, si bebes, estarás indispuesto mañana.

Toktai empiné el codo animosamente, eructó y devolvió el frasco, replicando.

- ¡Tonterías! Lo que pasó fue sencillamente que me pilló desprevenido la primera vez. Adentro con ello!

Everard se hizo el remolón. Toktai se impacientaba.

- ¡Vamos, date prisa! ¡No, dame el otro frasco!

- Muy bien. Tú eres el jefe. Pero te ruego que no trates de emularme trago a trago. No lo podrás hacer.

- ¿Qué es eso de que no lo podré hacer? Bebiendo, en Karakorum, he dejado a veinte hombres sin sentido. Y no era ninguno de esos destripados chinos; eran todos mongoles.

Y, al decirlo, se tomé un par de tragos más. Everard bebía con cuidado. Pero apenas notaba efecto alguno, salvo la quemazón de la garganta; estaba demasiado absorto, pues, de súbito, se le había ocurrido lo que podía significar una salida.

- La noche está muy fría - observó, alargando su frasco a uno de los guardianes -, y vosotros, muchachos, tenéis que conservar el calor.

Toktai le miró, torciendo un poco el gesto.

- Buena bebida esta - comentó -. Demasiado buena para...

Se dominó y acabó la frase con un gruñido. Por cruel y absoluto que fuera el Imperio mongol, sus oficiales compartían la vida del más mísero de los soldados.

El guerrero, echando a su jefe una mirada rencorosa, asió el termo y se lo llevé a la boca. Everard le advirtió:

- Despacio. Es muy fuerte.

- Nada es fuerte para mí.

Toktai se sirvió otro trago y afirmó:

- Estoy más sereno que un bonzo - y chasqueó los dedos.

- Ese es el inconveniente de ser mongol; somos tan fuertes que no podemos emborracharnos.

- ¿Es bravata o queja? - preguntó Everard.

El primer guerrero se refrescó la lengua, readaptó su posición de guardia y pasé el termo a su colega. Toktai empiné de nuevo el codo con el otro frasco.

- ¡Ahhh! - bostezó, mirando a Everard fijamente con ojos de búho -. ¡Qué bueno estaba! Ahora, más vale irse a dormir. Devolvedle su licor, hombres.

A Everard se le cortó el resuello. Pero se las compuso para provocarle:

- Sí, gracias. Yo beberé algo más. Me alegro de que hayas comprobado que no puedes con él.

- ¿Qué estás diciendo? No hay tal, ni mucho menos, para un mongol - le fulminó Toktai. Y volvió a beber. El primer guardián recibió el otro frasco y se lo echó apresuradamente al coleto antes que fuese demasiado tarde. Everard respiró ansiosamente. Sí; aquello podía resultar, después de todo. Podía.

Toktai estaba ya hecho a emborracharse. No había duda de que tanto él como sus hombres podían soportar los *kumiss,* vino, cerveza, meloja, *kwass* y aquella cerveza ligera mal llamada vino de arroz; cualquier bebida de esta época. Sabían, cuando habían bebido bastante, decir buenas noches e irse derechos a su jergón. Lo malo era que ninguna bebida simplemente fermentada puede resistirse después de veinticuatro pruebas, pues su proceso de asimilación es detenido por sus productos de desecho, y casi toda la que se fabricaba en el siglo XIII no tenía más que un cinco por ciento de alcohol y un alto valor alimenticio. El whisky escocés es totalmente distinto. Si se pretende beberlo como la cerveza, o aun como el vino, causa trastornos. La razón se turba antes que uno lo note, y la conciencia le sigue poco después.

Everard reclamó el frasco que tenía uno de los guardias.

- ¡Dame eso! - profirió -. ¡Te lo vas a beber todo!

El soldado refunfuñó, y antes de pasarlo al compañero tomó un considerable trago. Everard hizo un gesto de indignación; uno de sus guardianes le golpeó en el estómago y el americano cayó sentado. Los mongoles reventaban de risa, apoyándose el uno en el otro. Una broma tan graciosa merecía otro trago. Cuando Toktai cayó borracho, Everard fue el único que lo notó. El Noyon, hasta entonces sentado, con las piernas cruzadas, cayó tendido en el suelo. El fuego alumbraba lo bastante para mostrar una estúpida sonrisa en sus labios. Everard se agazapé con los nervios tensos como alambres.

Uno de los centinelas sucumbió algo después. Se tambaleó, anduvo a cuatro patas, y empezó a vomitar. El otro se volvió, parpadeando, y buscando su arma a tientas.

- ¿Qué te ocurre? - murmuró -. ¿Qué has tomado? ¿Veneno?

Everard se movió. Saltando sobre el fuego, había caído sobre Toktai antes que el guardia aún despierto se diese cuenta. El mongol se echó adelante gritando. Everard encontró la espada de Toktai. La sacó de la vaina y brincó. El guerrero alzó la suya. Pero Everard no quería matar a un hombre casi indefenso. Se le acercó más, apartó el arma enemiga y le golpeó con el puño. El mongol cayó de rodillas, se derrumbé y quedó dormido.

Everard escapo. Se oían en la oscuridad voces de hombres que gritaban, cascos de bestias tamborileando; uno de los centinelas montados corría a investigar. Alguien prendió una rama en el casi extinto fuego y la agité hasta hacerla llamear. Everard se tendió boca abajo. Un guerrero tiró una piedra a la maleza, sin verle, y él se deslizó buscando más oscuridad. Una andanada de maldiciones, pronunciadas tan aprisa como si fueran disparos de ametralladora, le hizo comprender que habían descubierto al Noyon.

Everard se puso en pie y eché a correr. Los caballos sujetos pastaban, vigilados como de costumbre. Eran una oscura mancha. en la llanura, visible bajo un cielo lleno de lucientes estrellas. Everard vio a uno de los vigilantes mongoles galopar hacia él. Una voz aulló:

- ¿Qué ha ocurrido?

El respondió en voz alta:

¡Ataque al campamento!

Pretendía solo ganar tiempo, a menos que el jinete le reconociese y le lanzara una flecha. Se acurrucó, visible solo como una masa informe bajo la capa. El mongol se dirigía allí, entre una polvareda Everard saltó, apoderándose de la brida del caballo antes que le reconociera. Luego, el centinela gritó y sacó la espada. Tiró un golpe hacia abajo. Pero Everard estaba al otro lado. Paré fácilmente el golpe, que venía de arriba y era

desmañado, y atacó a su vez, sintiendo que su arma entraba en la carne. El caballo retrocedió, asustado, y su jinete cayó de la silla. Rodó, traté de incorporarse y se tambaleé, berreando. Everard tenía ya el pie en un estribo en forma de cazuela. El mongol se arrastraba hacia él, manando sangre por una pierna herida. Everard monté y dejé caer su espada de plano sobre la grupa de su cabalgadura, dirigiéndose a la manada. Otro jinete pretendió interceptarle el camino. Everard se encogió. mientras una flecha silbaba en el sitio que él había ocupado. El caballo se encabritaba, luchando contra aquella desconocida carga. Everard necesitó un minuto para dominarlo. El arquero podía haberle herido entonces acercándose y enfrentándole. Pero la costumbre le hizo pasar al galope, disparando. Erré el golpe en la penumbra, y antes que pudiera repetirlo, Everard se había esfumado en la noche.

El patrullero descolgó un lazo del arzón de la silla e irrumpió entre la espantadiza manada. Enlazó al animal más próximo, que le siguió con gran mansedumbre. Inclinándose, corté las trabas a los demás caballos con su espada, y se puso en marcha, llevándose la remonta; alcanzaron el lado opuesto al lugar de la manada y se encaminaron hacia el Norte.

«Una caza por huella es una larga caza - se dijo Everard -. Pero me seguirán mientras no los despiste. Veamos si recuerdo la topografía. Las capas de lava se hallan en dirección Noroeste.»

Echó una mirada hacia atrás. Nadie le perseguía aún; necesitaba tiempo para organizarse. Sin embargo...

Débiles relámpagos parpadeaban sobre él; el aire, rasgado, retumbaba tras ellos. Sintió una frialdad que superaba a la de la noche. Pero no apresuró su paso. No había razón para ello.

Eso tenía que ser, Manse Everard..., que había vuelto a tu saltatiempos y lo dirigía, hacia el Sur en el espacio y hacia atrás en el tiempo.

Aquello estaba resultando bien - pensó - . La doctrina de la Patrulla en tales casos era ayudarse a sí mismo; había peligro de una confusión de causas que enredase el futuro con el pasado.

«Pero en este caso escaparé de él. No habrá ni siquiera reproches. Porque será para libertar a John Sandoval, no a mí mismo. Yo ya me había libertado, pues podía burlar la persecución en unas montañas que yo conozco y los mongoles no.

El saltatiempos es para salvar la vida de mi amigo.

Además - pensó con amargura -, ¿qué ha sido toda esta misión sino el retroceso del futuro para crear su propio pasado? Sin nosotros, los mongoles podían muy bien haberse apoderado de América, y entonces ninguno de nosotros habría existido.»

El cielo era una inmensa negrura cristalina; pocas veces se veía tan poblado de estrellas. La Osa Mayor lucía sobre la nevada tierra; ruido de cascos sonaban en el silencio. Everard nunca se había sentido tan solitario.

- ¿Y qué estoy yo haciendo aquí?

La respuesta vino y le tranquilizó un tanto, al sentirla en el ritmo de aquellos caballos que corrían devorando kilómetros. Deseaba ya acabar con todo aquello. Lo que hubo de hacer resultó menos malo de lo que temiera.

Toktai y Li Tai-Tsung nunca volverían a casa.

Pero no porque hubieran perecido en tierra o mar, sino porque un brujo cayó del firmamento, mató sus caballos con centellas y aplastó y quemó sus barcos en la boca del río. Ningún marinero chino se aventuraría en aquellas engañosas naves, en ninguna embarcación que pudiera construirse aquí; ninguno de ellos creería posible volver a la patria a pie, como así era probablemente. La expedición quedaría allí, se casarían con las indias y vivirían libremente sus vidas. Los Chinook Tlingit, Nootka y otras tribus, con sus grandes canoas marineras, sus tiendas de campaña, sus objetos de cobre, sus pieles, sus tejidos y su altivez...

Bien; un noyon mongol y hasta un estudiante confuciano podrían vivir menos feliz y útilmente que creando semejante vida para tal raza.

Everard asintió a sus propios pensamientos. Sí, así era. Mucho más difícil de lograr que los amenazadores propósitos que, en su ambición sedienta de sangre, acariciara Toktai, era hallar la verdad sobre sí mismo: su familia, su patria y su razón de vivir. Después de todo, resultaba que los distantes superhombres no eran completamente idealistas. No estaban salvaguardando una futura Historia (quizá de ordenación divina) que condujera hasta ellos. Aquí y allá también se dedicaban a crearse su propio pasado. No preguntéis si hubo alguna vez un plan *original* de las cosas; conservad cerrada la mente. Mirad la hollada senda que ha de seguir la Humanidad, y decios que si en unos sitios hubiera podido ser mejor, en otros hubiera podido ser peor.

- Puede ser un juego tortuoso - dijo Everard -, pero es el único entre los hombres.

Su voz fue tan sonora en aquella tierra, que ya no hablé más. Animé a su caballo y marchó un poco más de prisa en dirección al Norte.

DELENDA EST...

1

La caza es buena en Europa hace veinte mil años, y los deportes de invierno, insuperables en ninguna otra edad. Por eso la Patrulla cuidadora del mejor adiestramiento de su personal mantiene una residencia en el Pirineo Pleistoceno.

Manse Everard, ante una ventana acristalada, contempla las perspectivas de hielo azul de las vertientes boreales en las que las montañas se convertían en bosques, pantanos y tundra. Su voluminoso cuerpo estaba envuelto en unos pantalones de color verde y túnica de insulsinta, del siglo XXIII; botas hechas a mano por un franco-canadiense del siglo XIX; fumaba una apestosa y vieja pipa de época indeterminada. Sentía una vaga inquietud e ignoraba el ruido del interior, donde media docena de agentes bebían, charlaban y tocaban el piano.

Un guía del período de Cro-Magnon se acercaba, cruzando el patio cubierto de nieve; era alto, hermoso, y vestía un poco a lo esquimal (¿por qué la novela nunca concedió al hombre paleolítico el suficiente sentido para vestir chaquetón, pantalón y calzado en el período glacial?), la cara pintada, al cinto uno de los cuchillos de acero que le habían prestado. La Patrulla podía actuar con entera libertad en aquel remotísimo tiempo; no había peligro en alterar el pasado, pues el metal se enmohecía y los extraños serian olvidados en pocos siglos. El mayor inconveniente era que los agentes femeninos, de períodos posteriores y más libertinos, siempre tenían jaleos con los cazadores primitivos.

Piet Van Sarawak (un flamenco-indonesio-venusiano del 24 d. de J.), joven esbelto y moreno, cuyo aspecto y técnica hacían ruda competencia a los guías, se reunió con él. Guardaron un momentáneo y amigable silencio. Era también un agente libre, cuyo auxilio podía reclamarse en cualquier época, y había trabajado ya antes con el americano. Ahora disfrutaban juntos sus vacaciones.

Habló primero en temporal:

- He oído decir que han localizado algunos mamuts cerca de Toulouse.

La ciudad no sería edificada hasta muchísimo después, pero la costumbre era más poderosa.

- Ya he cazado uno - contestó, impaciente, Everard -. He estado también esquiando, haciendo alpinismo y viendo las danzas de los nativos.

Van Sarawak asintió, sacó un cigarrillo y aspiró para encenderlo. Los huesos de su delgada faz resaltaban al tragar el humo.

- Un encanto de vida ociosa, pero, al cabo de cierto tiempo, la vida exterior comienza a tirar.

Les quedaban dos semanas de licencia. En teoría (puesto que podía tener que volver casi en el momento de partir), un agente podía disfrutar de permiso ilimitado; pero en realidad se daba por admitido que dedicaba a su tarea cierto porcentaje de su tiempo (nunca se le decía a uno cuándo iba a morir y se tenía el suficiente sentido para no preguntarlo uno mismo. Un aumento de longevidad era la recompensa de los danelianos a su agente).

- Lo que me gustaría - explicó Van Sarawak - sería estar entre luces brillantes, música y chicas que nunca hubiesen oído hablar de viajes por el tiempo.

- ¡Hecho! - concedió Everard.

- ¿Ser augustano en Roma? - inquirió, ansiosamente, el otro -. Nunca he estado allí. Puedo aprender desde aquí su lengua y costumbres por hipnosis.

Everard movió la cabeza.

- Se ha exagerado mucho. Si no queremos retroceder, la más gloriosa decadencia que tenemos disponible está en mi propio ambiente; es Nueva York... Si se conocen los números de teléfono apropiados... y yo los sé.

Van Sarawak rió en silencio.

- Conozco unos pocos sitios en mi sector; pero de todos modos, a una sociedad naciente le importan poco los refinamientos en la diversión. Bien; vamos a Nueva York, en el año... ¿en cuál?

- Pongamos 1960, que fue la última vez que estuve allí, en plan particular, antes de venir aquí.

Se sonrieron uno y otro y se separaron para prepararse. Everard, previsor, trajo alguna ropa del siglo XX a la medida de su amigo.

Mientras metía vestidos y efectos de afeitar en una pequeña valija, el americano se preguntaba si podía pasarlo bien con Van Sarawak.

El nunca había sido un juerguista de gran calibre ni había podido soportar a uno de ellos. Un buen libro, un rato de broma, una botella de cerveza, todo eso estaba en sus posibilidades. Pero hasta el más sobrio podía excederse ocasionalmente.

O algo más que eso, si el hombre era un agente libre de la Patrulla del Tiempo; si su empleo en los Estudios de Ingeniería era solo una tapadera para sus andanzas y hazañas a través de la Historia; si la había visto enmendada en sus detalles, no por Dios, lo que hubiera sido soportable, sino por hombres mortales y falibles (puesto que los danelianos eran menos que Dios); si siempre le atormentaba la posibilidad de un cambio mayor, por ejemplo, que él y un mundo no hubieran existido nunca... En la cara marchita y curtida de Everard apareció una mueca. Se pasó una mano por el crespo y negro cabello, como para ahuyentar la idea. Era inútil pensar en ello; el lenguaje y la lógica se estrellaban ante la paradoja. Mejor era desinteresarse mientras pudiera.

Cerró la valija y fue a reunirse con Piet Van Sarawak.

El pequeño vehículo antigravitatorio de dos plazas esperaba en el garaje, sobre rodillos. No se creería, al verlo, que sus mandos pudieran situarlo a voluntad en cualquier parte de la Tierra y en cualquier momento del tiempo. Pero también son maravillosos un avión, un buque o un incendio.

Auprès de ma bloonde
Qu'il fait bon, fait bon, fait bon,
Auprès de ma blonde,
Qe'il fait bon dormir!

Era Van Sarawak quien así cantaba en voz alta, cuajándosele el aliento en el helado aire, mientras ocupaba el asiento posterior del vehículo. Había aprendido la cancioncilla una vez que había tenido que acompañar a las tropas de Luis XIV. Everard rió.

¡Calla, muchacho!

- ¡Oh, vamos! - exclamó el joven -. Es un bello continuo, un espléndido cosmos. ¡Aprisa con la máquina!

Everard no estaba tan contento; había visto demasiada miseria humana en todas las épocas. Uno se endurece al cabo de cierto tiempo, pero, en su interior, cuando un campesino le contempla con ojos débiles y embrutecidos, o un soldado grita ensartado por una lanza, o una ciudad arde en llamas radiactivas... algo llora. El podía comprender a los fanáticos que habían intentado cambiar los hechos. Lo que sucedía era que su trabajo resultaba incapaz de mejorar nada.

- Confío en que se ha despedido de todas las damas amigas que tiene usted aquí - y puso los mandos para ir al almacén de los Estudios de Ingeniería, que era un buen sitio para partir.

- Sí; por cierto, y muy galantemente, se lo aseguro. ¡Vamos, adelante! Es usted tan pesado como las melazas de Plutón. Le aseguro que no estamos precisamente sobre una barca de remos.

Everard se encogió de hombros y accionó el mando principal. El almacén desapareció de su vista.

2

Por un momento la sorpresa los dejó inmóviles. La escena la veían por partes o trozos. Se habían materializado a pocos centímetros del suelo - el saltador no estaba planeado para posarse sobre objetos sólidos -, y como aquello era inesperado, rozaron el pavimento con un ruido que daba dentera.

Estaban en una especie de plaza. Cerca de ellos manaba una fuente cuyo receptáculo ostentaba esculpidos sarmientos entrelazados. En torno había calles formadas por edificios cuadrados de seis a diez pisos, construidos de ladrillo y cemento y extrañamente ornamentados y pintados. Había vehículos de tosco aspecto (cosas de tipo irreconocible) y mucha gente.

- ¡Dioses saltarines! - Everard miró a los cuadrantes. El aparato les había dejado en el bajo Manhattan, el 23 de octubre de 1960, a las 11,30 de la mañana, en las coordenadas espaciales del almacén.

Soplaba una ventolera que les lanzaba polvo y hollín a los ojos, el olor de las chimeneas y...

El arma sónica de Van Sarawak voló a sus manos. La multitud se alejaba velozmente de ellos, chillando algo incomprensible. Era una chusma abigarrada; altos, rubios, de cabezas redondas, muchos pelirrojos, algunos indios, mestizos de todas las combinaciones. Los hombres vestían blusas policromas, faldillas de tartán, una especie de gorra escocesa, medias basta la rodilla y zapatos; su cabello era largo y muchos individuos lucían lacios bigotes. Las mujeres vestían faldas hasta los tobillos y se peinaban con trenzas enrolladas bajo capuchas. Hombres y mujeres se adornaban con collares y macizos brazaletes.

- ¿Qué ha ocurrido? - murmuró el venusiano -. ¿Dónde estamos?

Everard se sentó con rigidez. Su cerebro funcionaba vertiginosamente, recordando todas las épocas que conocía directamente o por lecturas. ¿Cultura industrial? Aquello parecían automóviles de vapor (pero ¿y las agudas proas y los mascarones?) movidos por carbón. ¿Reconstrucción postnuclear? No; aquellos seres no habrían vestido entonces faldillas, y además hablarían inglés...

Aquello no concordaba; semejante ambiente no estaba registrado.

- ¡Vámonos de aquí! - dijo.

Sus manos estaban ya sobre los mandos en el momento que un hombre grande cayó sobre él. Rodaron fuera del vehículo, sobre el pavimento, con furia de puñetazos y de patadas. Van Sarawak disparó e hizo caer a alguno sin sentido, pero luego le agarraron por detrás; la muchedumbre se precipitó sobre ellos y las cosas se hicieron confusas.

Everard tuvo la fugaz impresión de hombres con brillantes corazas de cobre y cascos, que se abrían difícilmente paso entre el alboroto. Le sacaron, le sostuvieron en su desvanecimiento y le esposaron. Luego, él y Van Sarawak fueron recogidos e introducidos en un vehículo cerrado. El coche celular es igual en todos los tiempos.

No recobró el conocimiento hasta que estuvieron en una celda húmeda y fría, tras una puerta de barrotes de hierro.

- ¡Llamas del infierno!

Y el venusiano se dejó caer, con la cara entre las manos, en un catre de madera.

Everard quedó junto a la puerta, mirando al exterior. Todo lo que podía ver era un estrecho zaguán y, en torno, las celdas. El mapa de Irlanda, a través de las barras, le recordó algo incomprensible.

- ¿Qué está pasando ahora? - el esbelto cuerpo de Van Sarawak se estremeció.

- No lo sé - respondió Everard lentamente. Tiró de los barrotes con tanta fuerza que crujieron -. Exactamente no lo sé. Se suponía que la máquina estaba a prueba de tontos, pero, sin duda, somos más tontos de lo permitido.

- No hay un sitio como este - afirmó desesperado Van Sarawak -. ¿Será un sueño? - se mordió los labios y tuvo una triste sonrisa. Su labio cortado se hinchaba y dejaba salir un hilo de sangre -. Lógicamente, amigo mío, un mordisco no es una prueba concluyente de la realidad, pero sí bastante tranquilizadora.

- Desearía que no lo fuese - replicó Everard -. ¿Se habría desviado la dirección a pesar de todo? ¿Hubo alguna vez una ciudad en la Tierra (porque estoy absolutamente seguro de que esto es la Tierra), siquiera fuese oscura, que se pareciese a esta? No, en cuanto alcanzan mis noticias.

Everard, seguro de estar cuerdo, evocó todo el adiestramiento mental recibido en la Patrulla; fue un repaso completo, y había estudiado Historia, hasta la de siglos que no viera nunca, con una profundidad que le había hecho ganar varios títulos.

- No - concluyó, por fin -. Braquicéfalos blancos mezclados con indios y que usaran automóviles de vapor, no han existido.

- Sí - afirmó Sarawak desmayadamente -. El Coordinador Stantel V, en el siglo XXXVIII El Gran Experimentador... Colonias que reproducían sociedades antiguas...

- Nada parecido a esto - negó Everard.

La verdad se presentaba en su mente y habría dado su alma para que las cosas fueran de otro modo. Hubo de reunir todas sus energías para no llorar ni estrellarse los sesos contra la pared.

- Tenemos que ver... - dijo desanimado.

Un policía (Everard supuso que estaban en manos de la ley) les trajo de comer e intentó hablarles. A Van Sarawak, aquel lenguaje le sonaba a céltico, pero no pudo entender sino pocas palabras. La comida no era mala.

Al atardecer se les llevó a un cuarto de baño, donde se lavaron, encañonados por armas oficiales. Everard las estudió: revólveres de ocho tiros y rifles de largo cañón. Había luces de gas, cuyos reverberos repetían, en su decoración, los motivos de coronas de pámpanos y serpientes, y las armas de fuego seguían una técnica ligeramente aproximada a la de principios del siglo XIX.

Al volver a su celda avistó un par de signos, al parecer semíticos, en las paredes; pero aunque Van Sarawak tenía nociones de hebreo, por su trato en las colonias israelitas de Venus, no pudo descifrarlos.

Vueltos a su celda, vieron sacar a otros presos para su aseo; una colección de vagos, rufianes y borrachos, sorprendentemente alegres.

- Parece que somos objeto de un trato especial - observó Sarawak.

- No me asombra - contestó Everard -. ¿Qué haría usted con unos hombres totalmente extranjeros que viniesen de otra época y con unas armas inauditas?

La faz de Sarawak se volvió hacia su compañero con una extraña mueca, y preguntó:

-¿Está usted pensando lo mismo que yo?

- Probablemente.

La boca del venusiano se torció y el espanto se reflejó en su voz.

- Otra línea del tiempo. Alguien se las ha arreglado para alterar la Historia.

Everard asintió. Pasaron mala noche. Habría sido una merced el poder dormir, pero las otras celdas eran demasiado ruidosas. La disciplina parecía laxa allí. Además, había chinches.

Tras un desayuno apresurado se les permitió lavarse de nuevo y afeitarse con maquinillas no diferentes a las usadas por ellos. Después, un piquete de diez hombres les llevó a una oficina.

Se sentaron ante un pupitre y esperaron. El mobiliario era inquietante: medio familiar, medio extraño, como todo lo demás. Pasó algún tiempo antes que las grandes puertas se

abrieran, y entraron dos hombres: uno canoso y de rojas mejillas, que llevaba coraza y vestía túnica verde (debía de ser el jefe de policía); el otro, flaco, de duras facciones, mestizo, con los cabellos grises, pero de bigote negro, que vestía una túnica azul, y sobre ella, una dorada cabeza de toro que semejaba un distintivo de categoría. Habría tenido cierta dignidad aquilina a no ser por las delgadas y peludas piernas que asomaban bajo el faldellín.

Le seguían dos hombres más jóvenes, armados, vestidos análogamente, que ocuparon sitios tras de él cuando se hubo sentado.

Everard, inclinándose hacia adelante, murmuró:

- Militares; esto se va poniendo interesante.

Van Sarawak asintió con gesto doliente.

El jefe de policía se aclaró la garganta, consciente de su importancia, y dijo algo al... ¿general? Este último respondió impaciente y se dirigió por si mismo a los presos. Se expresó con una claridad que ayudó a Everard a captar los sonidos, pero con cierto aire no muy tranquilizador.

Al cabo de unos instantes se estableció la comunicación. Everard se presentó a sí mismo:

- Manse Everard - dijo.

Sarawak siguió su ejemplo y se presentó también.

El general cambió algunas palabras con el jefe de policía. Luego, volviéndose, inquirió:

- ¿Son ustedes cimbrios?

- No hablo inglés - repuso Everard.

- Go*thland?... Swea?... Nairoin Teutonach?...*

- Esas palabras parecen germánicas - musitó Sarawak.

- A él se lo han parecido nuestros nombres. Quizá nos crea alemanes.

Y dirigiéndose al general:

- *Sprechen Sie Deutsch?*

El silencio fue la respuesta.

- *¿Taler ni Siwenks? ¿Niederlands? ¿Döns Tunga? ¿Parlez vaus francais? ¿Habla usted español? - con*tinuo.

El jefe de policía se aclaró otra vez la garganta y, señalándose a sí mismo, pronunció:

- Cadwallader Mac Barca. El general se llama Cynyth ap Ceorn.

O así, al menos, interpretó la mente sajona de Everard los ruidos que percibiera.

- Céltico; de acuerdo - concluyó. El sudor le bañaba las axilas -. Pero sólo para asegurarme...

Y señaló, interrogativo, a los otros hombres, recibiendo en respuesta denominaciones como Hamilcar ap Angus, Asshur yr Cathlann y Finn O'Carthia.

- No - se dijo -; se percibe aquí un claro elemento semítico también. Ello concuerda con su alfabeto.

Van Sarawak se mojó los labios.

- Pruebe las lenguas clásicas - indicó secamente -. Quizá así podamos descubrir dónde la Historia se ha vuelto loca.

Loquerisne, latine? No obtuvo respuesta.

Ellenixex ?

El general Ap Ceorn dio un respingo, se atusó el bigote y entornó los ojos.

- ¿Hellenach? - preguntó -. *¿Irn Parthia?*

Everard sacudió la cabeza y dijo lentamente:

- Por lo menos han oído hablar el griego.

Pronunció unas pocas palabras más, pero nadie conocía aquella lengua.

Ap Ceorn ordenó algo a uno de sus hombres, que hizo una reverencia y salió. Hubo un largo silencio.

Everard se dio cuenta de que no tenía miedo. Estaba en mal lugar, ciertamente, y podía no vivir mucho, pero lo que a él le sucediese era ridículamente insignificante comparado con lo que habían hecho al mundo entero.

¡Dios del cielo! ¡Al Universo!

No podía comprenderlo. En su mente surgía vivo el recuerdo de las tierras que él conocía: anchas llanuras, altas montañas y altivas ciudades. Recordó la seria imagen de su padre y rememoró cuando él era pequeño y aquel lo levantaba en alto y reía. Y su madre... Habían vivido bien, los dos unidos.

Había habido una muchacha, a quien conoció en el colegio; la coquetilla más dulce con quien un hombre podía pasear bajo la lluvia; y Bernie Aaronson; las noches de tertulia con cerveza, humo y charla; Phil Brackney, que le había recogido de entre el barro una noche, en Francia, cuando las ametralladoras barrían un campo desolado; Charlie y Mary Whitcomb, una noche en Londres; y Keith y Cvnthia Dennison, en su nido cromado en Nueva York; John Sandoval, muerto entre las quemadas rocas de Arizona; un perro que había tenido una vez, el puente de la Puerta del Oro; los austeros cantos del Dante; el retumbante trueno de Shakespeare... ¡Dios!, y las vidas de quién sabe cuántas miles de millones de criaturas humanas afanándose, sufriendo, riendo y pasando al polvo para dejar sitio a sus hijos... Todo aquello no había existido nunca.

Sacudió la cabeza, ofuscado por el dolor y privado de verdadera comprensión. El soldado volvió con un mapa y lo extendió sobre el pupitre. Ap Ceorn hizo un breve gesto, y Everard y Van Sarawak se inclinaron sobre él.

Sí; era la Tierra, en proyección Mercator, mostrada en una forma arbitraria que resultaba bastante inexacta. Los continentes y las islas estaban allí, en brillantes colores, pero las naciones serán distintas.

- ¿Puede usted leer esos nombres, Van?

- Puedo probar, sobre la base del alfabeto hebreo - admitió el venusiano.

Empezó a leer nombres en voz alta. Ap Ceorn le corregía la pronunciación. Norteamérica, hasta Colombia, era llamada Ynys yr Afallon, al parecer, una comarca dividida en Estados; Sudamérica era toda ella un gran reino, Huy Braseal; y algunas pequeñas comarcas, cuyos nombres parecían indios. Australasia, Indonesia, Borneo, Birmania, India Oriental y una buena parte del Pacifico formaban el Hinduraj. Afganistán y el resto de la India eran Punjab. Han incluido Corea, China, Japón y la Siberia Oriental; Littorn poseía ambas Rusias y se internaba profundamente en Europa; las Islas Británicas eran Brittys; Francia y Países Bajos, Gallis; la península Ibérica, Celtan. Europa Central y los Balcanes estaban divididos en pequeñas naciones, algunas de las cuales tenían nombres que parecían hunos. Suiza y Austria eran llamadas Helveti; Italia, Cimbrilandia; la península Escandinava estaba partida por medio: Svea, al Norte, y Gothland, al Sur. El norte de Africa parecía formar una confederación que abarcaba desde Senegal a Suez y llegaba casi al Ecuador, con el nombre de Carthalagann; la parte sur de este continente se subdividía en reinos menores, muchos de los cuales llevaban nombres puramente africanos. El Próximo Oriente contenía Parthia y Arabia.

Van Sarawak levantó los ojos. Había lágrimas en ellos.

Ap Ceorn hizo una pregunta. Quería saber de dónde eran. Everard se encogió de hombros y señaló al cielo. No podía confesar la verdad. El y Van Sarawak habían convenido en decir que eran de otro planeta, porque en este mundo apenas había viajes en el tiempo.

Ap Ceorn habló al jefe de policía, que asintió y dio una respuesta. Los presos fueron llevados de nuevo a su celda.

- Y ahora, ¿qué?

Van Sarawak se dejó caer en su catre y miró al suelo.

- Seguiremos el juego - respondió calmosamente Everard -. No, no es posible coger el saltador y escapar. Una vez que estemos libres, podremos tomar resoluciones.

- Pero... ¿qué sucedió?

- ¡Le digo que no lo sé! Al pronto parece como si algo hubiese enzarzado a grecorromanos y celtas y llevasen estos la mejor parte, pero no podría decir lo que fue.

Everard recorrió la estancia. Una amarga resolución se incubaba en él. Dijo:

- Recuerde usted su teoría básica. Los sucesos son el resultado de una combinación. No tienen causas únicas. Por eso es tan difícil cambiar la Historia. Si yo regreso, por ejemplo, a la Edad Media y mato a uno de los holandeses antecesores de F.D.R., este nacería, sin embargo, en el siglo XIX, porque él y sus genes eran resultado del mundo entero de sus antepasados y habría habido compensación. Pero, de tiempo en tiempo, ocurre un hecho clave. Cualquier suceso es un vínculo entre tantas líneas mundiales que sus consecuencias son decisivas para todo el futuro. En cierto modo, y por cierta razón, alguien ha escamoteado uno de los hechos en el pasado.

- Ya no habrá una ciudad Hesperia - murmuró Sarawak -. Ya no se sentará uno junto a los canales en el crepúsculo azul, no habrá más vendimias ni... ¿Sabia usted que tengo una hermana en Venus?

- ¡Cállese! - casi gritó Everard -. Ya lo sabía. ¡Al diablo con ello! Lo que importa es qué podemos hacer... Mire - prosiguió después -: la Patrulla y los danelianos han sido borrados. (No me pregunte por qué no lo fueron *siempre* ni por qué es esta la primera vez que volvemos de un remoto pasado para encontrar cambiado el futuro. No entiendo las paradojas del tiempo mudable. Lo hemos hecho: eso es todo.) Pero, aun así, algunas oficinas y recursos de la Patrulla anteriores a la crisis han debido de subsistir. Debe de haber aún unos cientos de agentes a los que reclutar.

Si podemos localizarlos...

- Después, quizá encontrase el hecho clave y anularemos cualquier interferencia que haya en él. ¡Ya lo hemos hecho otras veces!

- ¡Agradable pensamiento! Pero...

Se oyeron sonar pisadas fuera. Una llave chirrió en la cerradura. Los prisioneros se echaron atrás. Luego, inmediatamente, Van Sarawak se inclinó y, radiante, empezó a ensartar galanterías. El mismo Everard quedó boquiabierto. La chica que entró, al frente de tres soldados, era para ellos. Alta, con una mata de cabellos rojizos que le llegaba hasta la esbelta cintura; los ojos, verdes y luminosos; la cara, imagen de todas las hadas irlandesas que en el mundo han sido; la larga y blanca túnica envolvía un cuerpo digno de figurar en los muros de Troya. Everard notó que ya por entonces se usaban cosméticos, pero esta muchacha no los necesitaba. En cambio, no paró mientes en sus joyas de oro y ámbar ni en el piquete de soldados que la acompañaba. Ella sonrió, un poco tímidamente, y preguntó:

- ¿Me comprenden ustedes? - habían creído que hablaban griego.

Se expresaba en un griego más clásico que moderno. Everard, que desempeñó anteriormente una misión en la época alejandrina, podía seguirla, pese a su acento, si prestaba mucha atención; lo que, por otra parte, era inevitable.

- En efecto - repuso, y sus palabras se atropellaban unas a otras en su prisa por salir.

- ¿Qué están ustedes farfullando? - preguntó Van Sarawak.

- Griego clásico - respondió Everard.

- Tenía que serlo - lamentó el venusiano.

Su desesperación pareció haberse desvanecido y sus ojos parpadearon.

Everard se presentó a si mismo y a su compañero. La muchacha dijo llamarse Deirdre Mac Norn.

- ¡Oh, no! - protestó Sarawak -. Esto es demasiado. Enséñeme el griego, Manse. ¡Aprisa!

- ¡Calle! - replicó Everard -. Este asunto es demasiado serio.

- Bueno; pero ¿no puedo tomar parte en él? Everard no le hizo caso; invitó a la chica a sentarse y lo hizo él a su lado en el banquillo, mientras el otro patrullero rondaba junto a ellos, sintiéndose infeliz. Los guardias mantenían sus armas preparadas.

- ¿Es el griego una lengua viva aún? - preguntó Everard.

- Solo en Parthia, y muy corrompida - respondió Deirdre -. Yo soy una estudiante de lengua clásica, entre otras cosas. *Saorann* ap Ceorn es mi tío, y me pidió que hablara con ustedes. No hay muchos en Afallon que conozcan el griego.

- Bien - y Everard reprimió un gesto -. Le estoy muy agradecido a su tío.

Ella posó con seriedad sus ojos en él.

- ¿De dónde son ustedes? ¿Y cómo es que solo habla usted griego entre todas las lenguas conocidas?

- Hablo también latín.

- ¿Latín? - y frunció el ceño, pensativa -. ¡Ah, ya! La lengua de Roma, ¿no? Temo que no encuentre usted a nadie que sepa mucho de ella.

- El griego servirá - contestó Everard firmemente.

- Pero no me ha dicho aún de dónde vienen. Everard se encogió de hombros.

- No nos han tratado muy cortésmente - insinúo.

- Lo siento - aquello parecía auténtico -. Nuestras gentes son tan excitables. Especialmente ahora, dada la situación internacional. Y cuando ustedes han aparecido en el aire...

Everard asintió. ¿La situación internacional? Aquello tenía un sonido desagradablemente familiar.

- ¿Qué quiere usted decir? - inquirió.

- Usted lo sabe, de seguro. Huy Braseal e Hinduraj están abocados a la guerra. Y todos nos preguntamos qué va a suceder. No es fácil ser una nación pequeña.

- ¿Una nación pequeña? Pues yo he visto un mapa, y Afallon me pareció bastante grande.

- Nos agotamos ha doscientos años, en la gran guerra con Littorn. Ahora, ninguno de nuestros Estados confederados puede seguir una política propia - Deirdre le miró directamente a los ojos -. ¿Cómo ignoran eso ustedes?

- Venimos de otro mundo.

- ¿Quéee?

- Sí; de un planeta (pero no, porque *planeta* significa *vagabundo),* de un orbe que gira alrededor de Sirio. Damos este nombre a siete estrellas...

- Pero ¿qué dice usted? ¿Un planeta girando en torno a una estrella? No puedo comprenderlo.

- ¿No puede...? Una estrella es un sol, como... Deirdre se echó atrás e hizo un signo con los dedos.

- ¡El Gran Baal nos ayude! - murmuró -. O están ustedes locos o... las estrellas están fijas en una esfera de cristal. *¡Oh no!*

- ¿Y qué dice de los astros movibles que usted ve? - preguntó lentamente Everard -. Marte, Venus y...

- No conozco esos nombres. Si usted se refiere a Moloch, Ashtoreth y los demás, son, desde luego, mundos, como el nuestro, que también dependen del Sol. Uno encierra los espíritus de los muertos, otro es la morada de las brujas, otro...

«Eso y los vehículos a vapor, también.» Everard sonrió débilmente.

- Si usted no me cree, ¿qué piensa que soy?

Deirdre le miró con los ojos muy abiertos.

- Creo que deben de ser brujos.

A eso no había réplica. Everard hizo unas pocas preguntas, pero no pudo averiguar sino que llamaban a la ciudad Catuvellaunan y que era un centro comercial y manufacturero. Deirdre le calculaba tina población de dos millones de habitantes y de cincuenta a todo Afallon, pero no estaba segura. Allí no se hacían censos.

El destino de los patrulleros tampoco estaba fijado. Su vehículo y demás propiedades habían sido confiscados por el ejército, pero nadie osaba manipular aquel y la misma suerte de los prisioneros estaba siendo calurosamente debatida.

Everard tuvo la impresión de que todo el Gobierno, incluso la jefatura de las fuerzas armadas, era una repugnante colección de camorristas individuales. La propia Afallon era la más laxa de las confederaciones, basada en soberanías que fueron, o antiguas colonias británicas, o naciones indias que habían adoptado la cultura europea; pero todas celosas de sus derechos. El viejo Imperio maya fue destruido y anexionado en una guerra con Tejas (Tehannach), pero no había olvidado sus días de gloria y enviaba sus más rimbombantes delegados al Consejo de los sufetas.

Los mayas querían pactar una alianza con Huy Braseal, quizá por no tener amigos entre sus camaradas indios. Los Estados de la Corte Occidental, temerosos del Hinduraj, adulaban senilmente al Imperio del Sudeste asiático. El Oeste Medio era aislacionista, desde luego. De los Estados Orientales, cada uno se trazaba su propio camino, pero se inclinaban a seguir a los británicos.

Cuando entendió que aquí existía la esclavitud, aunque no por motivos raciales, Everard se preguntó breve y desatinadamente si los que alteraron el tiempo no serian dixiécratas.

¡Basta! El tenía que pensar en su propia vida y en la de Van Sarawak.

- Somos de Sirio - declaró altivamente -. Las ideas de usted sobre los astros son erróneas. Venimos en son de paz, y, si se nos molesta, vendrán otros de nuestra especie a tomar venganza.

Deirdre se mostró tan conturbada, que él experimentó remordimientos.

- ¿Perdonarán a los niños? - rogó -. Los niños nada tienen que ver con esto.

Y Everard se la representó imaginando a unos pequeños y llorosos cautivos, expuestos en los mercados de esclavos de un país de brujas. Replicó:

- No hay necesidad de que ocurra nada si se nos libera y nos devuelven lo nuestro.

- Hablaré de ello a mi tío - prometió la muchacha -; pero, aun cuando le convenza, él no es sino un voto en el Consejo. El pensamiento de lo que les valdrían vuestras armas, si las tuvieran, ha vuelto locos a los hombres.

Se levantó. Everard estrechó sus dos manos, que por un instante quedaron suaves y cálidas entre las de él, que sonrió y dijo en inglés:

- ¡Pobrecilla!

Retirólas ella, estremeciéndose, e hizo un conjuro.

- Bien - preguntó Sarawak cuando estuvieron a solas -; ¿qué ha averiguado? - y al saberlo comentó, acariciándose la barbilla -: Era una gloriosa y pequeña colección de sinusoides. Podría haber mundos peores que este.

O mejores - dijo rudamente Everard -. No tienen bombas atómicas, pero tampoco poseen penicilina; lo apostaría. Nuestra tarea no es representar a Dios.

- No, supongo que no - y el venusiano exhaló un suspiro.

4

Pasaron el día intranquilos. Ya había cerrado la noche cuando resplandecieron linternas en el corredor y una guardia militar abrió la celda. Los prisioneros fueron conducidos silenciosamente hasta una puerta trasera, donde les esperaban dos automóviles; les hicieron subir a uno y toda la comitiva partió.

Catuvellaunan no tenía alumbrado en las calles y de noche no había mucho tráfico, lo que hacia que la extensa urbe pareciese fantástica en la oscuridad. Everard prestó atención al mecanismo del coche en que iba. Se movía a vapor, como él había supuesto; llevaba cámaras y cubiertas, consumía carbón en polvo y simulaba un delgado cuerpo con afilada nariz y terminando en una cabeza de serpiente; en conjunto, algo fácil de manejar y honradamente construido, pero no muy bien planeado. Al parecer, este mundo había desarrollado gradualmente conocimientos elementales de ingeniería, pero no una verdadera ciencia. Cruzaron un tosco puente de hierro hacia Long Island, que ahora también era una zona residencial para los ricos. A despecho de la escasa luz que despedían las lámparas de aceite, la velocidad era considerable. Por dos veces estuvieron a punto de sufrir un accidente; no había señales de tráfico y, al parecer, los conductores desdeñaban las precauciones.

Gobierno y tráfico... ¡Hum! Aquello recordaba, en cierto modo, a Francia, salvo en aquellos raros intervalos en que gobernaron Enrique IV o De Gaulle. Y, aun en el propio siglo XX de Everard, Francia era notablemente céltica.

No es que él fuese un adicto a vanas teorías sobre características raciales innatas, pero hay algo que decir sobre aquellas tradiciones, tan antiguas, que resultaban inconscientes e indesarraigables. Un mundo occidental en que los celtas habían llegado a ser dominadores, y los pueblos germánicos reducidos a la simple situación de pequeñas avanzadas.

Si; mírese a Irlanda, recuérdese la rebelión de Vercingétorix. Pero ¿qué pasó con Littorn?

En su temprana Edad Media, Lituania había sido un poderoso Estado, que contuvo a los germanos, polacos y rusos igualmente durante largo tiempo, no habiendo aceptado el cristianismo hasta el siglo XV. Sin la oposición germana, Lituania podía muy bien haber avanzado hacia el Este.

A pesar de la inestabilidad política de los celtas, este era un mundo de grandes Estados y menos naciones independientes que el de Everard. Aquello suponía una sociedad más antigua. Si su propia civilización se había desarrollado a partir de la decadencia del Imperio romano, allá por el año 600, los celtas, en este mundo, debían de haber figurado antes de dicha fecha.

Everard empezó a comprender lo sucedido a Roma, pero, por el momento, reservó sus conclusiones.

Los vehículos pararon ante una verja ornamental que completaba un muro de piedra.

Sus conductores hablaron con dos centinelas armados que llevaban la librea de una hacienda particular y los delgados collares de acero propios de los esclavos. La verja se abrió y los coches entraron por una avenida enarenada que se abría entre árboles y prados. Al final de ella, casi en una playa, estaba el edificio. Everard y Sarawak, obedeciendo a un gesto, se apearon y entraron. Se trataba de una extraña construcción de madera. En el porche, las lámparas de gas iluminaban un decorado con rayas de alegres colores y canecillos en las vigas. Se oía el cercano rumor del mar, y la luna, en creciente, daba bastante luz para que Everard distinguiera un barco allí anclado (seguramente una fragata) con alta chimenea y mascarón de proa.

Las ventanas resplandecían con destellos amarillos. Un esclavo mayordomo los hizo entrar. El interior tenía paneles de madera oscura, también esculpida, y los suelos cubiertos de espesas alfombras. Al final del vestíbulo se hallaba un cuarto de estar con recargado mobiliario, varios cuadros de un estilo rígido y convencional y una enorme chimenea de piedra en que brillaba un alegre fuego.

Saorann ap Ceorn ocupaba un asiento. Deirdre, otro. Al entrar ellos, la muchacha dejó un libro y se levantó sonriente. El chupó un cigarro cuya lumbre brilló. Dijeron algunas palabras y los guardias desaparecieron. El mayordomo trajo vino en una bandeja y los patrulleros fueron invitados a sentarse.

- Everard probó el vino, que era un excelente borgoña, y preguntó torpemente:

- ¿Por qué estamos aquí?

Deirdre le deslumbró con su sonrisa.

- Seguramente encontrarán esto más grato que la celda.

- Desde luego. Y también más ornamental. Pero aún necesito saber... ¿Se nos va a libertad?

- Son ustedes.. .- trató de mostrarse diplomática, pero parecía ser demasiado franca -, son bien venidos aquí, pero no podrán dejar el lugar. Espero que se les pueda persuadir de que nos ayuden. Serán recompensados espléndidamente.

- ¿Ayudarles? ¿Cómo?

- Enseñando a nuestros artesanos y druidas a construir, a fabricar más armas y carros mágicos como los de ustedes.

Everard suspiró. No serviría de nada querer explicárselo. No tenían los instrumentos necesarios para fabricar las herramientas con que construir lo que les pedían; pero ¿cómo obtenerlas de una multitud que creía en sortilegios?

- Esta casa, ¿es de su tío? - preguntó.

- No; mía propia. Soy hija única de opulentos nobles. Mis padres murieron el año pasado.

Ap Ceorn murmuró algunas palabras y Deirdre las tradujo con apenada expresión.

- El relato de vuestra llegada es ya conocido en todo Catuvellaunan, incluso por los espías extranjeros. Esperemos que podáis permanecer aquí ocultos para ellos.

Everard se estremeció recordando las presiones ejercidas por el Eje y por los aliados sobre pequeñas naciones como Portugal. Unos hombres desesperados por la proximidad de la guerra no serían, probablemente, tan corteses como los afalonios.

- ¿Y cuál es el conflicto y su razón de ser?

- El control del océano Icénico, naturalmente. En particular, ciertas ricas islas que llamamos Ynys yr Lyonach - Deirdre se levantó con un solo y grácil movimiento, señalando a Hawai en la esfera. Prosiguió ansiosamente -: Como les dije, Littorn y la alianza occidental, incluidos nosotros, detestamos la guerra. Los grandes poderes expansivos hoy en lucha son Huy Braseal e Hinduraj. Su pugna absorbe a los pequeños países, pues no es solo de ambiciones, sino de sistemas; la monarquía del Hinduraj contra la teocracia sabeísta del Huy Braseal.

- ¿Cuál es vuestra religión, si se puede saber? Deirdre pestañeó. La cuestión parecía casi carecer de sentido para ella.

- Los más cultos piensan que existe un Gran Baal, que hizo a los dioses menores - respondió al fin lentamente -. Pero, desde luego, mantenemos los antiguos cultos y reverenciamos a los más poderosos dioses extranjeros también, tales como el Perkunas de Littorn y Czernebog, Notam, Ammon de Cimberlandia, Brahma, el Sol... Es mejor no desafiar su cólera...

- Ya entiendo...

Ap Ceorn ofreció cigarrillos y cerillas. Van Sarawak fumó y dijo quejosamente:

- Maldición! Ha debido de existir una época en que no hablaran ninguna de las lenguas que yo conozco. Pero estoy completamente resuelto a aprenderlas aun sin hipnosis. Le pediré a Deirdre que me enseñe.

- A usted y a mí; a los dos - replicó Everard -.

Pero escuche, Van - y le informó de cuanto había sabido.

- ¡Hum! - y el joven se frotó la barbilla -. No es muy bueno, ¿eh? Solo con que nos dejen subir a bordo de nuestro vehículo podemos despedirnos a la francesa. ¿Por qué no seguirles el juego?

- No son tan tontos - respondió Everard -. Pueden creer en la magia y no en el puro altruismo.

- Es extraño que estando tan atrasados intelectualmente tengan motores de combustión.

- No. Es muy comprensible. Por eso les pregunté sobre su religión. Esta ha sido siempre puramente pagana; aun el judaísmo parece haber desaparecido y el budismo no ha influido mucho sobre ellos. Como hace resaltar Whitehead, la idea medieval de un Dios Todopoderoso era importante para el progreso de la ciencia, pues les inculcaba la noción de legalidad en la Naturaleza. Y Lewis Mumford añadió que en los primitivos monasterios se inventó el reloj mecánico por la necesidad que de él tenían para sus oraciones. Las campanas parecen haber venido a este mundo más tarde.

Y Everard sonrió amargamente para ocultar la tristeza que sentía.

- Es raro hablar así; Mumford y Whitehead no han vivido nunca.

- Sin embargo...

- Espere un minuto - volvióse hacia Deirdre -.

- ¿Cuándo fue descubierto Afallon?

- ¿Por los blancos? En 4827.

- ¡Hum! ¿Desde cuándo empieza usted a contar?

Deirdre parecía inmune a ulteriores alarmas.

- Desde la creación del mundo. Por lo menos, desde la fecha que algunos filósofos nos han dado.

Esto es, hace cinco mil novecientos sesenta y cuatro años.

Lo cual coincidía con el parecer del obispo Usher, que la fijaba en 4004 antes de Jesucristo - quizá por simple coincidencia - pero, en cualquier caso, era un elemento semítico en esta cultura. La historia de la Creación según el Génesis era también de origen babilónico.

- ¿Y cuándo se usó el vapor por vez primera para mover vehículos?

- Hace unos mil años. El Gran Druida Boroihme O'Fiona...

- No importa - Everard encendió su cigarro y meditó largo rato antes de volverse hacia Sarawak.

- Voy comprendiendo el cuadro - le explicó -. Los galos eran algo más que un pueblo bárbaro, como la gente cree. Aprendieron mucho de los comerciantes fenicios y colonizadores griegos, así como de los etruscos de la Galia Cisalpina. Eran una raza muy enérgica y emprendedora. Por su parte, los romanos eran unos estólidos con pocas aficiones intelectuales. Hubo escaso progreso técnico en este mundo hasta la Edad Oscura, cuando el Imperio desapareció.

- En *esta* Historia, los romanos desaparecieron pronto, y lo mismo les ocurrió, casi de seguro, a los judíos. Mi sospecha es que, sin el equilibrio de poderes representado por Roma, los sirios suprimieron a los macabeos. Lo mismo, aproximadamente, que pasó en nuestra historia. El judaísmo desapareció y, por tanto, no existió el cristianismo. Pero, sea como fuere, hundida Roma, los galos obtuvieron la supremacía. Emprendieron exploraciones, construyeron mejores barcos, descubrieron América en el siglo IX. Pero no adelantaron tanto respecto a los indios que estos no pudieran alcanzarles e incluso, estimulados, constituir imperios propios, como el hoy existente Huy Braseal. En el siglo xi, los celtas empezaron a experimentar con aparatos de vapor. Parece que también obtuvieron pólvora..., quizá de China, y que inventaron otras vanas cosas. Pero todo esto son hipótesis mías, sin base real, científica.

Van Sarawak asintió.

- Creo que tiene usted razón. Pero... ¿qué sucedió en Roma?

- No lo sé aún. Pero nuestro punto clave está ahí, poco más o menos.

Everard volvió su atención a Deirdre.

- Esto puede sorprendería. Pero nuestro pueblo visitó este mundo hará unos dos mil quinientos años. Por eso sé yo el griego, aunque ignore lo ocurrido desde entonces. Me gustaría saberlo con su auxilio. Creo que es usted una buena estudiante.

Ella se ruborizó y bajó las pestañas largas y oscuras, como no suelen verse en las pelirrojas.

- Celebraré ayudarle en cuanto esté en mi mano - y, repentinamente, suplicó -: Pero, en cambio, ¿nos ayudará usted?

- No lo sé - repuso, vacilante, Everard -. Me satisfaría hacerlo, mas no sé si podremos. *Porque, después de todo, mi tarea consiste en condenarte a muerte a ti y a todo tu mundo.*

5

Cuando Everard entró en su habitación, advirtió que aquella hospitalidad era más que generosa. El estaba harto cansado para aprovecharse de ello, pero, al menos (pensó al borde del sueño), la esclava al servicio de Van no quedaría defraudada.

Se levantaban allí temprano. Desde sus ventanas, Everard vio guardias paseando por la playa; no les retraía el fresco matutino. Bajó con Van Sarawak a desayunar, y allí el tocino, los huevos, las tostadas y el café dieron el último toque a su ensueño. Ap Ceorn había bajado a la ciudad a conferenciar, según les dijo Deirdre, la cual, depuesta toda desconfianza, charló alegremente de trivialidades. Everard supo que ella pertenecía a un grupo de aficionados al teatro que, a veces, daba representaciones de clásicos griegos en su idioma propio; de ahí su soltura al hablarlo. Le gustaba cabalgar, cazar, navegar a vela, nadar...

- ¿Vamos a hacerlo? - propuso.

- ¿El qué?

- Eso; nadar.

Y Deirdre saltó de su asiento. Estaban en el prado, entre flores color de llama.

Se despojó inocentemente de sus ropas y echó a correr. Everard creyó oír un sordo crujido cuando Sarawak cerró las mandíbulas.

- ¡Vengan!. - rió ella -. ¡Paga el último! Ya estaba casi en el agua cuando los dos hombres echaron a correr. El venusiano gruñó:

- Yo procedo de un planeta cálido. Mis antepasados eran indonesios. Pájaros tropicales.

- Y también había algunos holandeses, ¿no? - preguntó Everard.

- ...que tuvieron el buen sentido de marchar a Indonesia.

- Muy bien; quédese en la playa.

- ¡Diablo! Si ella puede hacerlo, yo también.

Y Sarawak metió un pie en el agua y refunfuñó de nuevo.

Everard se dominó con gran esfuerzo y corrió tras él. Deirdre le echó agua; él buceó, y agarrando un delgado tobillo, la hizo chapuzar. Aún juguetearon unos minutos antes de volver a la casa en busca de una ducha caliente. Sarawak les siguió malhumorado.

- ¡Y hablan de Tántalo! - murmuraba - la muchacha más bonita de todo el continuo espacio-tiempo, y no puedo hablar con ella y es casi un oso polar.

Ya secos y vestidos por los esclavos, al uso de allí, Everard volvió a sentarse ante el fuego que ardía en el cuarto de estar.

- ¿Qué distintivo es este? - preguntó, señalando al tartán de su faldellín.

Deirdre alzó su rojiza cabeza y respondió:

- El de mi propio clan. Un huésped a quien se honra es considerado siempre como un miembro del propio clan mientras dura su visita, aunque haya contra él una venganza de sangre - y al decirlo sonrió tímidamente -. Y no la hay entre nosotros.

Aquello produjo en Everard un efecto terrible. Recordó cuál era su propósito.

- Me gustaría preguntarle sobre Historia - insinúo -. Es un interés especial mío.

Ella se ajustó a los cabellos una redecilla de oro y tomó un libro de un repleto estante.

- Creo que es este el mejor libro de Historia. En él puedo buscar cualquier detalle que a usted le interese.

«¡Y decir que he de destruirte!»

Se sentó a su lado en un lecho. El mayordomo trajo merienda.

Everard comió poco y a disgusto.

Siguiendo en su propósito, inquirió:

- ¿Estuvieron siempre en guerra Roma y Cartago?

- Si. Dos veces, en realidad. Al principio fueron aliadas contra el Epiro, mas luego riñeron. Roma ganó la primera guerra y trató de restringir la iniciativa de los cartagineses - e inclinó su neto perfil sobre las páginas, como una niña estudiosa -. La segunda guerra estalló veintitrés años después y duró... once en total, aunque los tres últimos fueron solo un juego desde que Aníbal tomó a Roma y la incendió.

- ¡Ah! - Everard no se sentía feliz por este éxito. La segunda guerra púnica (aquí la llamaban la guerra romana), o más bien algún incidente decisivo de ella, era el punto critico. Pero, parte por curiosidad, parte porque temía sugestionarse, Everard no intentó identificar en seguida la desviación. Primero tenía que grabar en su mente lo que había sucedido. (No...; lo que no había ocurrido. La realidad estaba allí, cálida y viva, a su lado; el fantasma era él.)

- ¿Y qué pasó luego? - preguntó inexpresivamente.

- El Imperio cartaginés llegó a incluir a España, Galia meridional y el pie de la bota italiana - respondió ella -. El resto de Italia era impotente y caótico, después de rota la confederación romana. Pero el gobierno cartaginés era demasiado venal para conservarse fuerte. Aníbal fue asesinado por hombres a quienes estorbaba su honradez. Entre tanto, Siria y Parthia luchaban por el Mediterráneo oriental, venciendo Parthia y quedando así bajo mayor influencia helénica que antes. Unos cien años después de las guerras romanas, algunas tribus germánicas recorrieron Italia - serían los cimbros, con sus aliados los teutones y ambrones, a quienes Mario había detenido en el mundo de Everard -. Su paso destructor, a través de la Galia, había puesto también en movimiento a los celtas, eventualmente en España y norte de Africa, cuando Cartago declinaba. Y los galos aprendieron mucho de Cartago. Siguió un largo período de guerras, durante el cual se desvaneció Parthia y los Estados célticos crecieron. Los hunos destrozaron a los germanos en la Europa central, pero, a su vez, fueron vencidos por Parthia, con lo que los galos se desplazaron, y los únicos germanos que quedaban residían en Italia y en Hiperborea - debía de referirse a la península escandinava -. Como los buques mejoraban, creció el comercio con el Lejano Oriente, desde Arabia y alrededor de Africa - en la Historia sabida por Everard, Julio Cesar había quedado atónito viendo a los venetos construir mejores barcos que nadie en el Mediterráneo.

Los celtas descubrieron Afallon del Sur, al que creyeron una isla (de ahí el nombre de Ynys), pero fueron expulsados por los mayas. Las colonias británicas de más al Norte sobrevivieron y lograron ganar su independencia.

Entre tanto, Littorn estaba creciendo aprisa. En un instante se tragó la mitad de Europa. El extremo occidental del continente solo recuperó su libertad como parte de un tratado de paz, y se modernizó mientras, a su vez, declinaban los países occidentales.

Deirdre levantó la vista del libro que hojeaba y aclaró:

- Pero esta es sola una brevísima exposición. ¿Quiere que continúe?

Everard movió la cabeza.

- No, gracias - y tras un momento, añadió -: Es usted muy sincera respecto a la situación de su propio país.

Deirdre repuso ásperamente:

- Muchos no quieren confesarlo, pero yo creo que es mejor mirar la verdad de frente - y, con cierta ansiedad, pidió -: Háble me de su propio mundo. Debe de ser algo maravilloso.

Everard suspiró, apartó la preocupación y se puso a reposar.

La sorpresa se produjo aquella tarde.

Van Sarawak había recobrado su tranquilidad y estaba aprendiendo afanosamente la lengua afallonia, que le enseñaba Deirdre. Paseaban ambos por el jardín, cogidos de la mano, parándose a nombrar objetos o poner verbos en acción. Everard les seguía, dedicando la mayor parte de sus pensamientos al problema de la recuperación de su vehículo.

Un cielo sin nubes extendía su brillante luminosidad. Un arce era como un grito de escarlata, un montón de hojas amarillas que el viento arrastraba sobre la hierba. Un esclavo viejo rastrillaba la hierba cachazudamente, y un joven guardia indio, de buen aspecto, vagaba con el rifle sobre el hombro, mientras dos perros lobos escarbaban junto a un seto. Era una escena de paz y resultaba difícil creer que los hombres preparaban el asesinato más allá de estos muros.

Pero, en cualquier historia, el hombre es el hombre. Esta civilización podía no tener la despiadada voluntad y la crueldad artificiosa de las occidentales; de hecho, en ciertos aspectos, parecía de rara inocencia. Aunque no por falta de intentos.

Y en tal mundo no podía surgir nunca una verdadera ciencia; el hombre repetiría indefinidamente el ciclo: guerra, imperio, hundimiento y guerra.

En el futuro de Everard, la raza rompería finalmente tal circulo vicioso.

¿Para qué? Honradamente no podía afirmar que uno u otro continuo fuera mejor o peor. Simplemente, era distinto. ¿Y no tenía este pueblo tanto derecho a la vida como el suyo, condenado a la nulidad si él fracasaba?

Se retorció las manos. Ningún hombre había tenido que decidir cosa igual. En último análisis, él sabía que no era ningún sentido abstracto del deber el que le obligaba a hacer aquello, sino el recuerdo de pequeñas cosas y pequeñas gentes.

Rodearon la casa, y Deirdre, señalando al mar, pronunció:

- Awarlann.

Su cabello suelto ardía al aire.

Van Sarawak rió.

- Esa palabra, ¿significa *océano, atlántico* o *agua?* Veamos.

Y la llevó hacia la playa.

Everard los siguió. Una especie de lancha a vapor, larga y rápida, flotaba en las aguas, a una o dos millas de la playa. Unas gaviotas volaban en torno a ella, en una nevada tormenta de alas. Pensó que si él estuviese a cargo de aquello, un buque de la Armada estaría anclado allí.

- ¿Tendría por fin que decidir algo? Había otros agentes patrulleros en el pasado prerromano. Volverían a sus respectivas eras y...

Everard se puso tenso. Un escalofrío le recorrió la espalda y le llegó al corazón.

Volverían y, viendo lo sucedido, intentarían corregir el trastorno. Si alguno de ellos lo lograba, este mundo desaparecería del espacio-tiempo llevándole a él consigo.

Deirdre se detuvo. Everard, en pie y sudoroso, apenas percibió lo que ella contemplaba hasta verla gritar y señalar.

Entonces se le unió y miró de soslayo al mar.

La lancha estaba parada cerca, atada a una alta estaca, vomitando humo y centellas, que iluminaban la serpiente dorada de su mascarón. Pudo ver a bordo siluetas de hombres y algo blanco con alas. Aquello surgía de la toldilla e iba atado en la punta de una cuerda, subiendo. ¡Un planeador! La aeronáutica celta había llegado por lo menos a eso.

- No está mal - comentó Sarawak -. A lo mejor tienen globos también.

El planeador soltó su cuerda de remolque y se dirigió a la playa. Uno de los guardas que allí había, gritó. Los demás salieron apresurados de detrás de la casa, y sus fusiles relumbraron al sol. El planeador aterrizó, abriendo un surco en la playa.

Un oficial dio una orden e hizo a los patrulleros señal de retroceder. Everard vislumbró a Deirdre, pálida y desconcertada. Luego, una torreta del planeador giró - Everard sospechó que movida a mano -, y tronó un cañón ligero. Everard se tiró al suelo. Sarawak le imitó, arrastrando consigo a la muchacha. La metralla llovía horriblemente sobre los hombres de Afallon. Se oyó un espantoso crepitar de fusiles. Del planeador saltaron hombres de rostros oscuros con turbantes y *sarongs* («¡Hinduraj!», pensó Everard), que cambiaron tiros con los guardias sobrevivientes, reunidos ahora en torno a su capitán.

Este gritó, mandando dar una carga. Everard alzó la cabeza para verlo casi encima de la tripulación del planeador. Van Sarawak se levantó de un salto. Everard se le echó encima, le cogió por un tobillo y le derribó antes que pudiera incorporarse a la lucha.

- ¡Déjeme ir! - se retorció el venusiano, sollozando.

Los heridos y muertos por el cañón vacían despatarrados, como una roja pesadilla.

- ¡No, loco rematado! Es a nosotros a quienes buscan, y el viejo escocés hizo lo peor que podía haber hecho.

Un nuevo estallido atrajo la atención de Everard hacia otro lado.

La lancha, impulsada por su hélice, había irrumpido en la playa y estaba vomitando hombres armados. Demasiado tarde comprendieron la afallonios que iban a ser atacados por retaguardia.

-¡Vengan acá! - y Everard tiró de sus camaradas haciéndoles levantarse -. Tenemos que salir de aquí. Hemos de prevenir a los vecinos.

Un destacamento procedente de la lancha le vio y disparó. Everard sintió, más que oyó, el sordo impacto de una bala al hundirse en el suelo. Los esclavos chillaron histéricamente dentro de la casa. Los dos perros lobos atacaron a los invasores y fueron muertos a tiros. Agacharse y andar en zigzag, eso era lo que procedía; trepar por el muro y a la carrera! Everard podía haberlo hecho, pero Deirdre tropezó y cayó. Van Sarawak se detuvo para protegerla. Everard también; y luego fue demasiado tarde. Estaban copados. El jefe de los hombres morenos gritó algo a Deirdre. Esta se incorporó, dando una respuesta desafiadora. El rió brevemente y señaló a la barca con el pulgar.

- ¿Qué quieren? - preguntó Everard en griego.

- A ustedes...- y le miró, horrorizada -. A ustedes dos. Y a mí, como intérprete.. - ¡No!

Ella se revolvió entre las manos que la habían aprisionado; se libertó en parte y arañó una cara. El puño de Everard describió un corto arco y terminó aplastando una nariz. Aquello iba demasiado bien para durar. Un fusil, empleado como maza, cayó sobre Everard, que apenas se dio cuenta vagamente de su traslado a la lancha.

6

La tripulación dejó atrás el planeador, llevó la lancha a más profundas aguas y montó en ella. Dejaron allá, en tierra, a los defensores muertos o heridos, pero se llevaron sus propias bajas.

Everard se sentó sobre un banco en la mojada cubierta, y miró con ojos cada vez más despejados la playa, que se iba esfumando. Deirdre lloraba sobre un hombro de Van Sarawak y el venusiano trataba de consolarla. Un frío y ruidoso viento les daba directamente en los rostros.

Cuando dos hombres blancos surgieron de la cámara del puente, el cerebro de Everard se puso en acción. Después de todo, no eran asiáticos.

- ¡Europeos! Y al mirarlos de cerca vio que el resto de la tripulación tenía también rasgos caucásicos. Las caras negras estaban pintadas con grasa, sencillamente.

Se irguió y miró cautamente a sus nuevos captores. El uno era un hombre rollizo, de edad y peso medios, que vestía una blusa roja de seda, pantalón bombacho blanco y una especie de gorro de astracán; estaba pulcramente afeitado y llevaba el negro cabello trenzado en coleta. El otro era algo más joven, un peludo gigante rubio, que llevaba una túnica sujeta con aros de cobre, pantalón corto y ceñido con polainas, una capa de cuero y un yelmo con cuernos puramente ornamentales. Ambos llevaban revólveres en el cinto y eran tratados cortésmente por los marineros.

- ¿Qué diablos ? - Everard miró una vez más en torno suyo. Habían ya perdido casi de vista la tierra y se dirigían al Norte. El casco de la lancha viraba a impulsos de la máquina y venían rociadas cuando su proa rompía las olas.

El más viejo habló, primero en afallonio, y Everard se encogió de hombres. Luego, el barbudo probó suerte; primero en un dialecto incomprensible; después dijo.

- *Taelan tjízí Cimbric?*

Everard, que hablaba varias lenguas germánicas, entrevió una posibilidad cuando Van Sarawak enderezó sus holandeses oídos. Deirdre se echó atrás, atónita, demasiado aturdida para moverse.

- Ja - respondió Everard -, *ein wenig.*

Y como «Rizos de oro» parecía desconcertada, enmendó:

- Un poco.

- *Ah, aen lit Gode!*

Y el hombretón se frotó las manos.

- *Il hait Boierik Wulfilesson ok main gefreod heer erran Boleslav Arkonsky.*

Aquello no era un lenguaje que Everard hubiera oído - ni siquiera podía ser cimbrico primitivo, después de tantos siglos -, pero el patrullero pudo comprenderlo con cierta facilidad. La dificultad estaba en hablarlo, pues no podía predecir cómo habría evolucionado.

- ¿Qué diablos *erran du maching? Ik bin aen man auf Sirius la stern Sirius mit Planeten ok all. Set uns gebacb or w'illen be der Teufel* pagar.

Boierik Wulfilason pareció apenado y sugirió que la conversación prosiguiera dentro, con la damita por intérprete.

Abrió él mismo la marcha hacia la cámara del puente, que resultó contener un pequeño, pero cómodo salón, bien amueblado.

La puerta quedó abierta con guardias de vista armados y otros más al alcance de la voz.

Boleslav Arkonsky dijo algo en afallonio a Deirdre. Ella asintió y él le sintió un vaso de vino. Parecía vigilarla de cerca, pero ella habló a Everard en voz baja.

- Hemos sido capturados. Sus espías descubrieron dónde estabais escondidos. Otro grupo se encargó de robar tu máquina viajera. También saben dónde está.

- Así me lo figuraba. Pero, ¡por Baal!, ¿quiénes son?

Boierik rió a carcajadas, celebrando su propia agudeza. La idea era hacer creer a los sufetas de Afallon que el culpable era Hinduraj. En aquel período, la alianza secreta entre Littorn y Cinberlandia había montado un eficaz servicio de espionaje. Ahora se dirigían a la residencia veraniega de la Embajada littorniana en Ynys Llangollen (Nantucket), donde se obligaría a los brujos a explicar sus sortilegios y donde se prepararía una sorpresa para los grandes poderes.

- ¿Y si no lo hacemos?

Deirdre tradujo literalmente la respuesta de Arkonsky.

«Lo sentiré por ustedes. Somos gente civilizada y pagaremos bien en dinero y honores su *libre* cooperación. Si nos la rehusan, la obtendremos por la fuerza, pues la existencia de nuestros países está en peligro.»

Everard les miró fijamente. Boierik parecía molesto y desdichado; su jactancioso júbilo parecía haberse desvanecido. Boleslav Arkonsky tamborileaba en la mesa y apretaba los

labios; pero había cierta súplica en sus ojos. «No nos obliguéis a hacerlo. Tenemos que vivir en paz con nosotros mismos.»

Eran, probablemente, esposos y padres; debía de gustarles un trago de cerveza o una amigable partida de dados tanto como a cualquiera; quizá Boierik criaba caballos en Italia y Arkonsky era un próspero vendedor de aves en las playas del Báltico; pero ni uno ni otro harían a sus prisioneros el menor bien cuando la omnipotente nación ponía cuernos en sus cascos.

Everard se detuvo a admirar lo artístico de su operación, y después se preguntó qué debía hacer. La lancha era rápida, pero necesitaría unas veinte horas para llegar a Nantucken, si recordaba bien. Por lo menos, tendría tiempo.

- Estamos cansados - dijo en inglés -. ¿No podríamos dormir un rato?

- *Ja, deedly - dijo* Boierik con ruda benevolencia -. *Ok wir skallen gode geireond bin ni?*

El sol llameaba por el Oeste. Deirdre y Van Sarawak, apoyados en la borda, miraban la gran extensión de agua gris. Tres tripulantes, ya sin afeites ni disfraz, holgaban y pescaban a popa; otro llevaba el timón mirando a la brújula. Boierik y Everard paseaban por el alcázar vistiendo gruesas ropas para protegerse contra el viento.

Everard estaba adquiriendo soltura en la lengua címbrica; aún vacilaba, pero ya podía hacerse entender. Sin embargo, procuraba dejar que Boierik llevara el peso de la charla.

- Así que eres de los astros. Esos asuntos no los entiendo; soy un hombre sencillo. Si fuese independiente, si pudiera administrar en paz mi hacienda de Toscana, dejaría al mundo enloquecer como quisiera. Pero nosotros, los nobles, tenemos nuestras obligaciones.

Los teutones habían reemplazado totalmente a los latinos en Italia, corno los ingleses a los bretones en el mundo de Everard.

- Ya sé lo que sientes - contestó el patrullero -.

Es raro que tengan que luchar tantos, cuando tan pocos lo desean.

- Pero es nuestra obligación. Carthalagan robó a Egipto nuestra legítima propiedad.

«Italia irredenta», murmuró Everard.

- ¿Eh?

- Nada. De modo que vosotros, los cimbrios, estáis aliados con Littorn y esperáis echar mano a Europa y a Africa, mientras los grandes poderes luchan en el Este.

Nada de eso - respondió indignado Boierik -. Estamos simplemente sosteniendo nuestras justas e históricas reivindicaciones territoriales.

Pues el rey mismo dice... - y desgranó las justificaciones de siempre.

Everard se asió a la barandilla para resistir el balanceo de la lancha.

- Estimo que nos tratáis a los brujos un tanto duramente. Tened cuidado, no sea que nos encolericemos de veras.

- Todos nosotros estamos protegidos contra encantos y hechizos.

- Bien...

- Deseo que nos ayudes espontáneamente. Me complacerá demostrarte la justicia de nuestra causa, como lo haré si puedes disponer de algunas horas.

Everard movió la cabeza, anduvo unos pasos y se detuvo ante Deirdre, cuya faz era solo un borrón en la oscuridad creciente; pero él captó una desesperada furia en su voz.

- Espero que les digas que no te importan sus planes.

- No - repuso lentamente Everard -. Vamos a ayudarles.

Ella pareció fulminada.

- ¿Qué está diciendo, Manse? - preguntó Van Sarawak.

Everard se lo dijo.

- ¡No! - exclamó Van.

- ¡Sí! - afirmó Everard.

- ¡Vive Dios, que no! Yo...

Everard le cogió del brazo y añadió fríamente:

- Estese quieto. Sé lo que me hago. No podemos tomar partido en este mundo; estamos contra todos y será mejor que lo comprenda. Lo único que podemos hacer es seguirles el juego una temporada. Y no se lo diga a Deirdre.

Van Sarawak agachó la cabeza y estuvo un momento pensando. Luego convino mansamente:

- Bueno.

7

El refugio de los líttornianos estaba en la playa meridional de Nantucket, cerca de un pueblo pesquero, pero vallado y separado de él. La Embajada lo había construido al estilo de su madre patria: casas largas, de troncos, con tejados curvos, cual el lomo de un gato; un vestíbulo principal y dependencias accesorias, que incluían un pequeño corral. Everard, tras una noche de sueño, tomó un desayuno que hicieron penoso los ojos de Deirdre, y permaneció sobre cubierta mientras llegaban a un muelle particular. Otra lancha mayor estaba allí ya; y los campos rebosaban de hombres de aspecto rudo. Los ojos de Arkonsky brillaron de entusiasmo al decir, en afallonio:

- Ya veo que han traído el aparato mágico. Ahora podemos ir derechos al trabajo.

Cuando Boierik se lo tradujo, el corazón de Everard latió con violencia.

Los huéspedes - como el cimbrio insistía en llamarles - fueron llevados a una amplísima estancia, en la que Arkonsky dobló la rodilla ante un ídolo con cuatro caras; aquel Svantevit que los daneses habían hecho astillas en la otra Historia. Un fuego ardía en el hogar, a causa del frío invernizo, y había guardias apostados junto a las paredes. Everard solo tuvo ojos para el saltador, que relucía sobre el suelo.

- Oí decir que la lucha fue ardua en Catuvellaunan en torno a este aparato - comentó Boierik -.

Murieron muchos, pero los nuestros escaparon con él sin ser seguidos.

Tocó uno de los mandos.

- Y este chisme, ¿puede verdaderamente aparecer en el aire donde desee?

- Sí - respondió Everard.

Deirdre le dirigió una mirada de reproche, tal como muy pocas veces hiciera. Se apartó altivamente de él y de Van Sarawak.

Arkonsky le dirigió unas palabras que deseaba le tradujera. Ella le escupió a los pies. Boierik suspiró y dirigió la palabra a Everard.

- Deseamos una demostración del aparato. Tú y yo daremos un paseo en él. Te advierto que tendrás un revólver a tu espalda. Antes me dirás dónde piensas ir, y si ocurre algo distinto, dispararé. Tus amigos quedarán aquí, en rehenes, y se les matará también a la primera sospecha. Pero estoy seguro - añadió - de que todos seremos buenos amigos.

Everard asintió. Se puso tenso, sintió las palmas de sus manos húmedas y frías.

- Primero debo recitar un conjuro - respondió. Sus ojos llamearon. Una mirada le permitió leer las coordenadas espacio-tiempo en los cuadrantes del saltador; otra le mostró a Van Sarawak sentado en un banco, guardado por la pistola de Arkonsky y los fusiles de los guardias. Deirdre estaba, también rígidamente sentada, todo lo lejos de él que podía.

Everard hizo un cálculo de la posición del banco respecto al vehículo, levantó los brazos y empezó a decir en temporal:

- Van; voy a intentar sacarlos a ustedes de aquí. Permanezcan exactamente donde están; repito: exactamente. Les recogeré en vuelo si todo va bien; ello sucederá, aproximadamente, un minuto después que yo haya desaparecido con nuestro peludo camarada.

El venusiano permaneció impasible, pero un ligero sudor apareció en su frente.

- Muy bien - continuó Everard en su jerga címbrica -. Monta en el asiento de atrás, Boierik, y pondremos en marcha este caballo mágico.

El rubio asintió y obedeció. Como Everard ocupaba el asiento delantero, sintió en la espalda la débil presión de una pistola.

- Di a Arkonsky que estaremos de vuelta dentro de media hora.

Los dos mundos tenían las mismas medidas de tiempo aproximadamente, puesto que ambos las tomaron de los babilonios. Después de esta precaución, Everard le indicó:

- Lo primero que haremos será aparecer en pleno aire, sobre el océano, y revolotear.

- E... es... tupendo - replicó Boierik, sin parecer muy convencido.

Everard fijó los mandos espaciales para quince kilómetros al Este y trescientos metros de altura, y accionó el conmutador principal.

Iban sentados, como brujas en su escoba, mirando hacia abajo, a la inmensidad verde-gris que era el mar y a la distante mancha que la Tierra parecía. El viento era fuerte y Everard se afirmó sobre sus rodillas al sentirlo. Oyó una exclamación de Boierik y sonrió con disimulo.

- Bien - preguntó - ¿qué te parece?

- Pues... es admirable. Los globos no son nada junto a esto. Con máquinas como esta podemos elevarnos por encima de las ciudades enemigas y llover fuego sobre ellos.

En cierto modo, aquellas palabras hicieron a Everard sentirse menos culpable por lo que iba a hacer.

- Ahora - anunció - volaremos hacia delante - y lanzó el vehículo deslizándose en el aire. Boierik gritaba entusiasmado -. Y ahora - añadió - daremos el salto instantáneo hacia tu tierra natal.

Everard accionó el control de maniobra. El vehículo rizó el rizo y descendió a triple aceleración. Aun prevenido, el patrullero apenas se sostuvo.

Nunca supo si fue la curva que describió el aparato o la zambullida lo que precipitó al espacio a Boierik. Solo un momento tuvo el atisbo del hombre precipitándose en el mar a través del espacio, y deseó no haber hecho aquello.

Durante algunos instantes, Everard estuvo suspendido sobre las olas. Su primera reacción fue un estremecimiento. («Supongamos - se dijo - que Boierik hubiese tenido tiempo de disparar.») La segunda, de una gran culpabilidad. Pero se impuso a ambas, concentrando su pensamiento en el problema de rescatar a Van Sarawak. Puso los micrómetros espaciales a medio metro de distancia del banco de los prisioneros, y los que medían el tiempo, a un minuto después de su partida. Mantuvo su mano derecha cerca de los controles y la izquierda libre.

- *Sujétense los gorros, camaradas. Allá vamos otra vez.*

La máquina surgió casi enfrente de Van Sarawak. Everard agarró al venusiano por la túnica y lo izó hacia sí, introduciéndolo en el campo de acción del artefacto, mientras su mano derecha impulsó hacia atrás el indicador del cuadrante del tiempo e hizo descender el conmutador.

Una bala abolió el metal. Everard vio por un instante a Arkonsky disparando. Luego todo desapareció y los dos patrulleros se encontraron sobre una herbácea colina que descendía a una playa. Habían pasado dos mil años.

Se desvaneció temblando sobre los controles. Un grito le trajo de nuevo a la conciencia. Se volvió a mirar hacia Van Sarawak, y vio al venusiano despatarrado sobre la ladera. Uno de sus brazos rodeaba aún la cintura de Deirdre.

El viento arrullaba, el mar se mecía en la blanca y extensa playa y altas nubes cubrían el cielo.

- No puedo decir que le censure, Van - Everard paseaba ante el vehículo y miraba el suelo -. Pero esto complica las cosas.

- ¿Y qué iba yo a hacer? - preguntó el otro con tono áspero -. ¿Dejarla allí para que la mataran aquellos canallas o para ser aniquilada con todos los suyos?

- Recuerde que estamos juramentados. Sin autorización, no podemos decirle la verdad, aunque queramos. Y yo, por mi parte, no lo deseo.

Everard miró a la muchacha. Ella se puso en pie, respirando lentamente, pero con una luminosa mirada. El viento jugaba con sus cabellos y con las largas y finas vestiduras.

Sacudió la cabeza, como para desechar una pesadilla, y corrió hacia ellos batiendo palmas.

- Perdóname - murmuró -. Yo debía haber sabido que no nos traicionarías.

Los besó a los dos. Sarawak respondió al beso con la impetuosidad que era de esperar, mas Everard no pudo obligarse a ello. Le habría recordado a Judas.

- ¿Dónde estamos? - continuó ella -. ¿Nos has traído a las Islas Afortunadas? Se parece a Liangollen, pero sin habitantes - se sostuvo sobre un pie y bailó entre las flores -. ¿Podemos descansar un poco antes de volver a casa?

Everard suspiró largamente.

- Tengo malas noticias para ti, Deirdre - le dijo. Ella permaneció silenciosa y él pudo observar cómo se recogía en si misma.

- No podemos volver.

Ella aguardó en silencio.

- Los..., los encantamientos que tuve que usar para la salvación de nuestras vidas (no tenía otros) nos impiden volver a la patria.

- ¿Y no hay esperanza? - apenas podía oír su voz quebrada, pero sus miradas le atormentaban.

- No - rechazó.

Ella se volvió y echó a andar. Van Sarawak se disponía a seguirla, pero lo pensó mejor y se sentó junto a Everard, preguntándole.

- ¿Qué le ha dicho usted?

Everard repitió sus palabras y terminó:

- Me parece la mejor solución. No puedo devolverla allá, con lo que le espera en su mundo.

- No - Van Sarawak permaneció un rato quieto, mirando al mar; luego preguntó -: ¿En qué año estamos? ¿Cerca de la época de Cristo? Entonces estamos aún antes de la crisis.

- Si. Y tenemos que descubrir cómo fue.

- Vamos a buscar alguna oficina de la Patrulla en el lejano pasado. Podemos reclutar ayudantes allí.

- Quizá - y Everard se recostó en la hierba, mirando al cielo. La reacción le abrumaba. Terminó -: Creo que podré localizar el hecho clave sin movernos de aquí si Deirdre nos ayuda. Despiérteme cuando ella vuelva.

Ella volvió con los ojos secos, pero con claras señales de haber llorado. Cuando Everard le preguntó si quería ayudarle en su tarea, comentó:

- Desde luego. Mi vida es tuya, puesto que la has salvado.

«Después de haberte metido en el lío»

Everard dijo con cautela:

- Todo lo que necesito de ti es alguna información. ¿Has oído hablar de... de hacer dormir a la gente en un sueño en que pueden hacer lo que se les dice?

Ella asintió, dudosa:

- He visto a médicos druidas que lo hacían.

- No quiero hacerte daño. Solo deseo dormirte para que puedas recordar todo cuanto sabes, incluso cosas que crees olvidadas. No será por mucho tiempo.

Era duro para él soportar su confianza. Usando los procedimientos de la Patrulla, la puso en total trance hipnótico para que recordase cuanto hubiera oído o leído sobre la segunda guerra púnica, lo que, agregado a cuanto él sabía, bastaba a su propósito.

La interferencia romana en las conquistas cartaginesas al sur del Ebro, violando inexcusablemente el tratado, fue el golpe final. El año 219 antes de Jesucristo, Aníbal Barca, gobernador de la España cartaginesa, sitió a Sagunto. A los ocho meses la tomó, provocando su ya planeada guerra con Roma.

A principios de mayo de 218 cruzó los Pirineos con noventa mil hombres de infantería, doce mil jinetes y treinta y siete elefantes; atravesó la Galia y alcanzó los montes Alpinos. Sus pérdidas, en el camino, fueron horribles; solo veinte mil infantes y seis mil caballos llegaron a Italia, ya al fin del año. No obstante, cerca del río Tesino encontró y derrotó a fuerzas romanas superiores en número. Durante el siguiente año riñó varias sangrientas batallas victoriosas y avanzó por Apulia y Campania.

Los apulios, lucanios, brutios y samnitas se pasaron a su bando. Quinto Fabio Máximo hizo una formidable guerra de guerrillas que asoló a Italia y no resolvió nada. Pero, entre tanto, Asdrúbal Barca estaba organizando España, y en el 211 llegó con refuerzos. En 210 tomó a Roma y la quemó. Y hacia el 207 se le rindieron las últimas ciudades de la confederación.

-¡Eso es - exclamó Everard, y acariciando la dorada cabellera de la muchacha, que yacía ante él añadió -: Ve a dormir ahora. Duerme bien y despiértate con el corazón alegre.

- ¿Qué le dijo? - preguntó Van Sarawak.

- Un montón de detalles. La historia entera habría requerido más de una hora. Lo importante es esto: conoce bien aquellos tiempos, pero nunca mencionó a los escipiones.

- ¿Los qué?

- Publio Cornelio Escipión mandaba el ejército romano en el Tesino, y allí, en efecto, fue derrotado, según nuestra Historia. Pero más tarde tuvo el talento de volverse hacia el Oeste y atacar la base cartaginesa en España, lo que determinó que Aníbal fuese copado en Italia; y el poco refuerzo ibérico que se le pudo enviar quedó destruido. El hijo de Escipión, que llevaba su mismo apellido, ostentaba también un alto mando, y fue el que definitivamente acabó con Aníbal en Zama; es decir, Escipión el *Africano.* Padre e hijo fueron, con mucho, los mejores jefes militares que tuvo Roma. Pero Deirdre jamás oyó hablar de ellos.

- Así que.. - Van Sarawak miró hacia el Este a través del mar, donde galos, cimbros y partos trepaban sobre las ruinas del mundo clásico destruido -. ¿Y qué les sucedió en aquella línea de tiempo?

- Mi propio recuerdo total me dice que ambos Escipiones estuvieron muy cerca de la muerte en el Tesino. El hijo salvó al padre durante la retirada, la cual, a mi juicio, fue más bien una desbandada. Apuesto diez contra uno a que, según *esta* historia, los Escipiones murieron allí.

Alguien debe de haberlos suprimido - apuntó Van Sarawak con voz tensa -. Algún viajero del tiempo. Solo puede haber sido eso.

- Sí; de todos modos, parece probable. Veremos - dijo Everard mirando la soñolienta cara de Deirdre -. Veremos.

8

En el refugio Pleistoceno, media hora después de haber salido para ir a Nueva York, depositaban los patrulleros a la muchacha en manos de una simpática matrona que hablaba el griego, y requerían la presencia de sus colegas. Luego comenzaron a expedir mensajes espacio-temporales.

Todas las oficinas anteriores al año 218 antes de Jesucristo, la más próxima era Alejandría (250 a 230), estaban «aún» allí con unos doscientos agentes en total. Se confirmó la imposibilidad de un contacto escrito con el futuro, y unas pocas gestiones corroboraron la prueba. Una apurada reunión tuvo lugar en la Academia, sita, como se sabe, en el periodo Oligoceno, y a ella concurrieron agentes libres ya experimentados. Everard se vio a si mismo presidiendo una reunión de oficiales superiores. En ella todos convinieron que habría que reparar el daño. Pero se temía por aquellos agentes que se habían internado en el tiempo, como lo había hecho el mismo Everard, y que no estuvieron de vuelta al reconstituir la Historia. Everard envió partidas para recogerlos, pero sin gran confianza en el éxito. Les advirtió a todos que estuviesen de vuelta en un día del tiempo local o se atuvieran a las consecuencias.

Un hombre del Renacimiento científico expuso otra cuestión. Concedido; los sobrevivientes tenían el claro y pleno deber de restaurar la Historia, pero también de conocerla a fondo, por lo que habrían de hacerse varios años de trabajo antropológico. Everard rechazó con dificultad la sugerencia. Habían quedado pocos agentes para correr el riesgo. Grupos de estudio debían determinar el momento exacto y las circunstancias del cambio. La disputa sobre los métodos se hizo interminable. Everard escrutó la noche prehumana y acabó preguntándose si los megaterios no estaban haciendo su papel mejor que aquellos antropomórficos sucesores suyos.

Cuando, por fin, recogió todas las partidas despachadas, vació una botella con Van Sarawak, y ambos se emborracharon.

En la reunión del día siguiente, el comité directivo oyó a sus comisionados, que habían recorrido una gran cantidad de años en el futuro. Una docena de patrulleros habían sido rescatados de situaciones más o menos ignominiosas; a otra veintena de ellos había, simplemente, que darles de baja. El informe del grupo espía era más interesante. Parecía ser que dos mercenarios helvéticos se habían incorporado a las fuerzas de Aníbal, en los Alpes, y ganado su confianza. Después de la guerra alcanzaron elevadas posiciones en Cartago. Con los nombres de Phrontes e Himilco, planearon el asesinato de Aníbal y establecieron nuevas marcas de vida lujosa. Uno de los patrulleros había visto sus casas y a ellos mismos.

- Estas presentaban una cantidad de mejoras inauditas en los tiempos clásicos - informó el espía -; ellos me parecieron neldorianos del milenio 205.

Everard asintió. Aquel período era una Edad de bandidos que «ya» había dado a la Patrulla muchísimo trabajo.

- Creo que hemos dado en el clavo - dijo -. No importa que estuvieran o no en Tesino con Aníbal. Tenemos el tiempo justo para detenerlos en los Alpes sin armar una confusión tal que seamos nosotros los que alteremos la Historia. Lo que interesa es que parecen haber suprimido a los Escipiones, y eso es lo que tenemos que evitar.

Un inglés del siglo XIX, competente, pero con el genio del coronel Blimp, extendió un mapa y explicó sus observaciones sobre la batalla, usando un telescopio de rayos infrarrojos para mirar a través de las nubes bajas.

- Y aquí estaban los romanos...

- Ya lo sé - contestó Everard -. Es una delgada línea roja. El momento en que huyeron los que perseguimos es el instante crítico; pero la confusión reinante nos da una probabilidad. Necesitaremos rodear discretamente el campo de batalla, pero no creo que lo podamos conseguir solo con dos agentes en escena. Los malvados van a estar alerta, ya se sabe, vigilando una posible intervención. La oficina de Alejandría puede proporcionarnos los trajes a Van y a mi.

- ¡Oiga! protestó el inglés -, yo creí tener el privilegio...

- No; lo siento - Everard sonrió levemente -. No caben privilegios. Arriesgamos el cuello, precisamente, para anular a un pueblo lleno de gente como usted.

- Pero ¡caramba!

- Tengo que ir yo - afirmó sencillamente -. No sé por qué, pero tengo que ir yo.

Van Sarawak fue detrás de él.

Dejaron su vehículo tras un grupo de árboles y atravesaron el campo.

Rodeándolo, y arriba, en el espacio, había cien patrulleros armados, pero aquel era un triste consuelo para los que se hallaban entre lanzas y flechas. Bajas nubes eran barridas por un viento frío y ululante. Llovía. La soleada Italia estaba disfrutando su caída definitiva.

La coraza le pesaba sobre los hombros a Everard al andar sobre un barro resbaladizo y sangriento. Llevaba yelmo, grebas, un escudo romano en el brazo izquierdo y una espada al costado; pero en la mano derecha sostenía un tronador. A su lado trotaba Van Sarawak, análogamente vestido y armado, entornando los ojos bajo el penacho de oficial, agitado por el viento.

Atronaban el espacio trompetas y tambores, lo que era trabajo perdido entre los gritos de los hombres y el ruido de los pasos, los relinchos de los caballos sin jinete y las silbantes flechas. Solo algunos capitanes y exploradores estaban aún montados. ¡Cuán a menudo, antes de inventarse los estribos, lo que comenzara siendo una carga de caballería se terminó en batalla a pie, cuando los lanceros habían caído de sus monturas! Los cartagineses atacaban, martilleaban con un afilado metal entre los escudos de las filas romanas. Aquí y allá, la lucha se iba resolviendo en pequeños núcleos, en que los hombres maldecían y acuchillaban al extranjero.

El combate había sobrepasado ya su área inicial. La muerte rondaba a Everard. Corría este tras las fuerzas romanas, hacia el distante resplandor de las águilas. Pisando yelmos y cadáveres, descubrió un pendón rojo y púrpura que ondeaba triunfal. Resaltando monstruosos contra el cielo gris, levantando sus trompas y barritando, venía un escuadrón de elefantes.

La guerra fue siempre igual; no un asunto limpio, cuestión de líneas sobre un mapa, sino hombres que sudaban, sangraban y boqueaban aturdidos.

Un joven esbelto, moreno, yacía herido, retorciéndose y tratando débilmente de arrancarse una jabalina clavada en su estómago. Era un hondero cartaginés, pero el robusto campesino que estaba a su lado, mirándose sin creer el muñón de un brazo, no le prestaba atención.

Una bandada de cuervos los sobrevolaba, meciéndose en el viento y esperando.

- ¡Por aquí! - murmuraba Everard -. ¡Aprisa, por amor de Dios! La línea va a ceder de un momento a otro.

Alentaba roncamente, mientras trotaba tras los estandartes de la República. Pensó que siempre había preferido que venciese Aníbal. Encontraba algo repelente la fría y prosaica codicia de Roma. Y ahora estaba allí, tratando de salvar la ciudad. ¡Ah!, la vida es a veces una cosa rara.

Era algo consolador el que Escipión fuese uno de los pocos hombres decentes que quedaran después de la guerra.

Los gritos y clamores crecían, y los italianos retrocedían. Everard vio algo así como una ola que avanzaba a estrellarse contra una roca; pero era al revés: la roca se adelantaba gritando y apuñalando.

Echó a correr. Un legionario pasó, aullando de pánico. Un canoso veterano escupió en el suelo, se ató las sandalias y permaneció en su puesto hasta que acabaron con él. Los elefantes de Aníbal barritaban y atacaban por doquier. Las filas de cartagineses se mantenían firmes, avanzando al salvaje compás de sus tambores.

Everard vio hombres a caballo que sostenían las águilas en alto y gritaban, pero nadie les hacía caso.

Un grupo de legionarios pasó corriendo. Su jefe llamó a los dos patrulleros.

- ¡Eh, vosotros; aquí! ¡Vamos, a la lucha, por Venus!

Everard sacudió la cabeza y siguió su camino. El romano saltó hacia él y gritó:

- ¡Ven acá, cobarde! - un rayo atontador cortó sus palabras y lo hizo caer en el barro. Sus hombres se estremecieron, alguien sollozó, y todo el grupo le siguió en su huida.

Los cartagineses estaban ya muy cerca; escudo contra escudo, y las espadas tintas en sangre.

Everard pudo ver una lívida cicatriz en la mejilla de un hombre y la grande y ganchuda nariz de otro. Una lanza arrojada hizo resonar su yelmo. Bajó la cabeza y corrió. Se trababa combate ante él. Quiso dar un rodeo y tropezó en un acuchillado cadáver. Un romano cavó sobre él, a su vez. Sarawak maldijo y lo quitó de en medio. Una espada atravesó el brazo del venusiano. Más allá, los hombres de Escipión estaban cercados y se batían sin esperanza. Everard se detuvo, aspiró el aire y miró a través de la lluvia. Su armadura relucía, mojada. Una tropa de jinetes romanos galopaba, cubierta de barro hasta los ollares de sus monturas. Debía de ser Escipión, hijo, que acudía a salvar a su padre. El ruido de los cascos atronaba la tierra.

-¡Por allí!

Van Sarawak gritó y señaló. Everard se agazapó en su sitio, mientras la lluvia chorreaba de su casco y corría por su cara. Desde otro punto venía una tropa cartaginesa al encuentro de las águilas, y a su frente destacaban dos hombres cuya estatura y extrañas facciones los identificaban como neldorianos. Vestían igual que los legionarios, pero cada uno llevaba un arma de fino cañón.

-¡Por este lado! - Everard se irguió sobre sus talones y se lanzó al encuentro. El cuero de su coraza crujió. Antes de ser vistos, estaban los patrulleros casi encima de los cartagineses. Entonces, un jinete dio la alarma. ¡Dos locos romanos! Everard le vio refunfuñar entre sus barbas. Uno de los neldorianos levantó su aniquilador. Everard sintió qué se le contraía el estómago. El cruel rayo azul y blanco zigzagueó donde él había estado. Hizo un disparo, y uno de los caballos africanos se abatió con estrépito metálico. Van Sarawak se afirmó y disparó rápido. Uno, dos, tres, cuatro..., y uno de los neldorianos cayó en el barro.

Los soldados formaban el cuadro en torno a los Escipiones. La escolta neldoriana gemía de terror. Debían de conocer ya los efectos del barreno, pero aquellos golpes invisibles eran otra cosa: fulminaban. El segundo de los bandidos dominó su caballo y se volvió para huir.

-¡Cuidado con el que usted derribó, Van! - avisó Everard -. Sáquelo del campo de batalla; quiero hacerle una pregunta.

Se arrastró hasta hallar un caballo sin jinete y se montó rápidamente, persiguiendo al neldoriano, antes que este se diera cuenta de ello.

Tras él, Publio Cornelio Escipión y su hijo luchaban por incorporarse a sus tropas, que se batían en retirada. Everard volaba a través de aquel caos. Exigía velocidad a su montura, satisfecho de perseguir al neldoriano. Si este alcanzaba el vehículo, se escaparía la presa.

El mismo pensamiento pareció habérsele ocurrido al que huía, que refrenó el caballo y apuntó. Everard vio el cegador relámpago y sintió en la mejilla la picadura de un proyectil que falló por poco. Puso su aniquilador a toda fuerza y avanzó disparando.

Otro rayo enemigo alcanzó a su caballo en pleno pecho. El animal se vino abajo y Everard cayó de la silla. Sus adiestrados reflejos suavizaron la caída; saltó sobre sus pies y atacó a su enemigo.

Había perdido su arma, caída en el barro, y no tenía tiempo de buscarla. No importaba; podría recuperarla después, si vivía. El rayo aniquilador, a tal amplitud, no era bastante fuerte para derribar a un hombre dejándole sin sentido, pero el neldoriano arrojó su arma, y su caballo, debilitado, cerraba los ojos.

La lluvia azotaba el rostro de Everard. El neldoriano saltó del caballo y desnudó la espada. Everard lo hizo también.

- Como desee.. - dijo en latín -. Uno de nosotros quedará sobre el terreno.

9

La luna apareció sobre las montañas y arrancó a la nieve un pálido resplandor. A lo lejos, en el Norte, un glaciar reflejó su luz y un lobo aulló.

Los Cro-Magnon cantaban en su cueva, y el sonido de sus voces se esparcía, penetrando débilmente por el pórtico.

Deirdre permanecía en la oscuridad, mirando al exterior. La luz de la luna, al dar en su cara, descubrió un brillo de lágrimas. Empezaba a llorar cuando Sarawak y Everard se le aproximaron por la espalda.

- ¡Qué pronto volvéis! - se alivió ella -. Me dejasteis aquí esta mañana.

- No ha sido una tarea larga - le contestó Van Sarawak, que había aprendido el griego ático por hipnosis.

- Espero.. .- y trató de sonreír - que hayáis acabado vuestro cometido y podáis descansar del trabajo.

- Sí - respondió Everard -; lo acabamos.

Estuvieron juntos un rato, contemplando un paisaje invernal.

-¿Es cierto que, como decís, no puedo volver a mi tierra?

- Me temo que no. Los encantamientos...

Everard cambió una mirada con Van Sarawak. Habían obtenido el permiso oficial para decir a la muchacha la verdad de cuanto quisiera saber y llevarla a donde quisiera.

Van Sarawak insistía en llevársela a Venus y al mismo siglo en que vivían, y Everard estaba demasiado cansado para discutir.

Deirdre respiró largamente.

- Que así sea - concedió -. No voy a desperdiciar mi vida lamentándome. Pero ¡quiera el Gran Baal que los míos vivan felices en mi país!

- Estoy seguro de ello - afirmó Everard.

De pronto, no pudo hacer nada más. Solo quería dormir. Dejó a Van Sarawak decir lo que había de decirse y obtener las recompensas que hubiera. Saludó con el gesto a sus compañeros y dijo:

- Me voy a acostar. ¡Buena suerte, Van! El venusiano cogió a la chica por el brazo, mientras Everard se retiraba lentamente a su habitación.

FIN